



O. C. TAVIN

PUNTO FINAL



OBRAS PUBLICADAS DE O. C. TAVIN

EN F. B. I.:

- «La redada», núm. 10.
- «¡Traidor!», núm. 17.
- «Persecución», núm. 24.
- «Trampas mortales», núm. 30.
- «Secuestro», núm. 35.
- «A la desesperada», núm. 41.
- «Armour, expulsado», núm. 47.
- «Misterio en Viena», núm. 54.
- «Pavorosa elección», núm. 57.
- «Killer» a sueldo», núm. 67.



SAN BERNARDO, 68. - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—[CULPABLE], por Alf Manz. (5.ª edición.)
2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (4.ª edic.)
4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair. (2.ª edición.)
6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz. (3.ª edición.)
7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair. (2.ª edición.)
9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
12.—GUERRA DE GANGTERS, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
13.—[SANGRE], por Frank McFair. (2.ª edición.)
14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet. (2.ª edición.)
15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy. (2.ª edición.)
16.—TANGER, por Alf Manz. (3.ª edición.)
17.—[TRAIDOR], por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
19.—ALTA TRACION, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO, por Alf Manz. (2.ª edición.)
21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.

- Núm. 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin
 » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 » 32.—NUEVA YORK-SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
 » 33.—ENTRE REJAS, por Alf Manz
 » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet
 » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
 » 36.—EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny
 » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy
 » 38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter
 » 39.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair
 » 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
 » 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
 » 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet
 » 43.—TINIÉBLAS, por Alf Manz.
 » 44.—ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter
 » 45.—FIDELIDAD, por Alar Benet.
 » 46.—SIN CUARTEL, por A. G. Murphy.
 » 47.—ARMOUR, EXPULSADO, por O. C. Tavin
 » 48.—
 » 49.—LA MAFFIA, por Alf Manz
 » 50.—ALASKA, FINAL DE RUTA, por Lewis Haroc
 » 51.—TRAS EL TELON DE ACERO, por Alar Benet
 » 52.—GANGSTERS DE GUANTE BLANCO, por John L. Martin
 » 53.—¡ACUSADO!, por A. G. Murphy
 » 54.—MISTERIO EN VIENA, por O. C. Tavin.
 » 55.—EL GENIO DEL MAL, por A. Benet.
 » 56.—HOMBRES ARMADOS, por Jak Brooklyn.
 » 57.—PAVOROSA ELECCION, por O. C. Tavin.
 » 58.—LA BESTIA ESCARLATA, por Frank McFair
 » 59.—HUELLAS DE ULTRATUMBA, Thomas Settee
 » 60.—S. O. S., por Lewis Haroc
 » 61.—BELLETES MALDITOS, por Frank McFair.
 » 62.—CAMINO DE PERDICION, por John Nebot
 » 63.—CAMARADAS ENEMIGOS, por Frank McFair.
 » 64.—A LA DERIVA, por Alar Benet
 » 65.—ODIO, por Alf Manz
 » 66.—CITA DE MADRUGADA, por Frank McFair.
 » 67.—«KILLER» A SUELDO, por O. C. Tavin.
 » 68.—MUERTE EN EL ATARDECER, por Eddie Thorny.
 » 69.—LOUP'GAROU, por Frank McFair.

En preparación.

¡MIRAD A LAS SOMBRAS!

**El hombre no puede evitar nunca
sus malos pensamientos. La honesti-
dad consiste en no convertirlos en
actos.**

Fichte

I



UANDO Pearl, la sirvienta por horas se marchó, ella se vistió rápidamente un vestido de calle, se puso su sombrero de fieltro, los zapatos, y corrió al despacho de su marido, pisando quedamente sobre la alfombra. Era allí, detrás de los gruesos cortinones de pana de seda, rojos, que colgaban pesadamente, donde había decidido esconderse. Douglas había telefoneado a aquel Adamowsky que le recibiría a las once y media de la mañana, y eran ya las once y quince. Douglas tampoco tardaría en llegar.

Estuvo arrimada a la pared, escuchando ansiosamente los ruidos de la casa, del piso. Había dejado abierta la puerta del despacho para oír cuando llegaran, puesto que el «*hall*» comunicaba con esta estancia. Afuera, a través de las cristalerías de la ventana, sonaban los ruidos de Van Burem Street, con su gran tráfico. Si volvía un poco la cabeza, podía ver los autobuses, los trolebuses y coches, las gentes, yendo y viniendo continuamente, la mayoría hacia la Union Station, en la cercana Jackson Street.

El reloj de pie del «hall» dio con campanadas armoniosas, imitando la sonería de Westminster, las once y media. Douglas era muy puntual y le gustaba que los demás lo fuesen, especialmente cuando acudía a citas o las daba él. No tardaría en llegar. Tampoco Adamowsky, aunque era de suponer que antes habría de llegar su marido, para abrirle la puerta.

Sonó el zumbido del ascensor, afuera. Y cómo se detenía en el piso sexto, corriendo la puerta sobre su carril. Cerrándose después, y zumbando el ascensor al bajar.

El ruido de una llave, al entrar en la puerta del piso, la hizo sobresaltarse, erguirse, sintiendo un escalofrío en la espalda. Douglas, su marido, entraba. Era muy puntual, como siempre.

Pero no llegaba solo. Hablaba con otro hombre, que se expresaba en un inglés algo extraño, aunque no incorrecto ni carente de giros puramente americanos. Como si hubiese residido mucho tiempo fuera de Estados Unidos y tuviese alguna dificultad en adaptarse a la soltura del que desde siempre no ha hablado, sino un mismo idioma.

—Pase, Adamowsky, pase. Voy a ver si está mi mujer y la criada —dijo con voz queda Douglas Petz, cerrando la puerta.

Sintió los pasos de Adamowsky al penetrar en el despacho y cómo se quedaba en pie en medio del despacho.

—¡Patricia! ¡Pearl! —gritaba su marido, avanzando sobre el *parquet* encerado—. ¡Patricia! —Y su voz se fue alejando al penetrar en las habitaciones, buscándola a ella o a la criada. Regresó enseguida.

—Bueno, resulta que no hay nadie. Mejor —dijo Douglas en tono festivo—. Con eso no habrá testigos.

—No sé por qué hemos de hablar siempre aquí, inspector —murmuró en tono desabrido Adamowsky, y ella sintió cómo se sentaba en el diván, haciendo crujir los muelles. En un sillón, frente a él, lo hizo su marido. No asomó la cabeza para verlos, porque no hacía falta. Su marido le daba la espalda, y Adamowsky solamente podría ver los cortinones de costado. No obstante, se pegó bien a la pared, como arropada por el cortinón, que dejaba entre ella y la pared un espacio suficiente como para no mover la tela si ella se cansase de estar en la misma postura.

—Y ya le he dicho más de una vez que yo no puedo citarme con

usted en ningún café, ni lugar público, porque soy muy conocido, porque mis hombres andan siempre husmeando, así como los de la Metropolitana.

—Pero en casa... —arguyó Adamowsky. Y ella oyó el ruido de los encendedores al funcionar, prendiendo fuego a los cigarrillos.

Igual, hombre. Mire, cuando yo hago esto, es porque creo que es lo mejor —dijo el inspector en tono terminante—. ¿Es que le molesta venir a mi propia casa?

—No es eso. Pero no conozco a su esposa ni sé si ella será de fiar, ni la criada. Menos mal que hoy no están.

—Mi mujer es un alma cándida, que no se mete en nada, que no entiende de nada de lo que yo hago, como no se lo diga yo. Cuando usted se case, si alguna vez lo hace, escoja a una mujer buena, pero que sea mucho menos inteligente que usted, y que le adore sin reservas, creyendo todo cuanto usted la diga. La patente que da el ser inspector jefe de la División del

F. B. I.

en Chicago, ¿no vale de nada? —rió sarcásticamente, imitándole Adamowsky.

Ella apretó las manos contra su pecho, cerrando los ojos para contener las lágrimas de dolor y despecho. Así hablaba su marido de ella, de su gran amor por él... y a un hombre que era un granuja, lo veía ahora aún más claramente. Burlándose de ella y haciendo que Adamowsky se burlase, lo que era doble escarnio.

Su marido se levantó y oyó ella el rechinar de la nave en el armario biblioteca. El chocar de dos copas de cristal, al ser colocadas en una bandeja de metal.

—¿«Whisky» o «Jerez»? —preguntó Douglas.

—«Whisky» —contestó Adamowsky—. Bueno, le he traído los cinco mil acordados. Esta vez las cosas han salido bien. Mi emisario habrá pasado ya la frontera con el Canadá, seguro. Falta la segunda parte...

Su marido se había sentado. Sonó el rumor del licor al caer en las copas. Un silencio, y Adamowsky chasqueó la lengua, respirando fuerte.

—Dentro de tres días —replicó su marido—. Hoy los recibiré de Washington y haré la copia y se la entregaré. El hombre que está en el Pentágono no puede trabajar aprisa. ¿Y qué hay de las drogas?

No habrá encontrado obstáculos, ¿eh? Envié a mis muchachos al otro lado de Chicago para que les dejasen en paz.

—Está hecho también. Se va a hacer usted más rico que yo, compadre —exclamó riendo Adamowsky—. Solamente me inquieta ese niño guapo de Crowe, su futuro cuñado. Con eso de que tiene confianza con usted, parece que obra un poco por su cuenta y razón, no obedeciéndole como los otros. Mis hombres me han dicho que le vieron rondando los muelles. Lo sentiría por él, Petz, porque si se pone pesado, lo «liquido» sin remisión...

—Usted no se mete con mis hombres, amigo, y menos cuando ellos no les estorban. En eso hemos quedado, ¿eh? —Gruñó su marido, de mal talante—. Si me matan un hombre no lo sentiré por él, sino por los perjuicios que ello nos puede acarrear a usted y a mí. Ya sabe que el

F. B. I.

se encrespa cuando uno de los suyos es asesinado. Yo haré que Crowe me obedezca más, descuide. Y ¿qué hay del dinero por la gestión de las drogas?

—Tome, tome, ávaro... Cinco mil, y tres mil más —rezongó Adamowsky en tono gruñón—. En paz, hasta que me traiga los documentos de las armas secretas del Pentágono, ¿no?

—Eso es. Ahora, amigo, le aconsejo no haga ostentación del dinero, ni verifique compras para su amiguita que llamen la atención. Se lo digo porque en la Metropolitana se han recibido confidencias sobre usted, como un extranjero...

—Soy americano, como usted —refutó Adamowsky, soliviantado.

—Ya lo sé, pero su acento parece extranjero, por haber estado en Polonia mucho tiempo. ¿A qué fue usted a la patria de sus padres, amigo?

—No le importa lo más mínimo, inspector —replicó crudamente Adamowsky—. Usted me sirve y yo le pago, ¿estamos?

—Si no fuera yo del

F. B. I.

no sabría que sus idas y venidas son para asuntos de espionaje y la importación de estupefacientes por Rumania, para traerlos aquí —murmuró riendo su marido—. No se haga de nuevas, ni me crea tan tonto... como usted. Y no tenga miedo, hombre...

—¿Miedo a usted? ¿Acaso ignora que si intenta perderme, le arrastro conmigo, Petz? Mire, dejemos esta conversación, en la que usted parece querer olvidar que está a mis órdenes. Si sabe usted mucho de mí, y no es tanto como cree, yo sé más de usted. Somos dos canallitas... —rió el polaco-americano con sarcasmo—. Y dos buenos compadres y amigos.

—Estamos de acuerdo. Con mi sueldo de inspector no tengo ni para que mi mujer se compre un vestido cada seis meses. Y tampoco ella...

Se llevó ambas manos al corazón, que parecía querer dejar de latir. Ella... Luego era cierto. Tenía su amiguita, que le costaba mucho dinero, y por eso se había metido a traicionar al

F. B. I.

Los dos hombres reían sus propias agudezas mientras bebían y fumaban.

—Necesito que mañana por la noche, desde las once a las tres de la madrugada, no haya vigilancia por la playa del norte de Glencoe —dijo Adamowsky, levantándose—. Cuide de que los del

F. B. I.

no tengan nada que hacer allí. Llegará una gasolinera con carga... ¿Entendido?

—Entendido. ¿Del Canadá?

—Sí. Cuando traigo las drogas, las dejo en cierto sitio de la costa del lago, en la frontera, y después van viniendo conforme hace falta. Si aquí tuviese la mala suerte de que me pescasen, no sería todo, sino una parte. Y me marchó, inspector. Cuide de que sus muchachos no metan las narices donde no les importa. Mientras el

F. B. I. se esté quieto todos ganaremos mucho, compadre. Tendrá usted para su mujer y para Rachel. Por cierto que se ha llevado usted una mujer, amigo, soberbia...

Ella sintió cómo su marido reía, satisfecho, halagado.

Se despedían en la puerta del piso. Y después Douglas cerró, penetrando en el despacho de nuevo. Se sentaba a su mesa, y abría un cajón, donde hurgaba durante un par de minutos. Sintió cómo cerraba con llave, se levantaba y salía del despacho silbando entre dientes, al parecer contento. Cómo iba por el pasillo adelante. Penetraba en el cuarto de baño y abría los grifos mientras seguía

silbando. Si iba a bañarse, ella podría salir de su escondite como había pensado.

Había cerrado él la puerta del cuarto de baño. Era el momento de salir de detrás del cortinón. Lo hizo y fue, andando quedamente, hasta el «hall». Abrió la puerta del piso y después la cerró, pisando con fuerza mientras iba por el pasillo.

—¡Doug! ¿Estás, Doug? —gritó alegremente mientras se quitaba el sombrero, llevándolo en la mano. Se detuvo ante la puerta del cuarto de baño, dando en ella con los nudillos.

—¿Qué hay? —gritó también alegremente Douglas—. ¿Saliste?

—Sí. A ver un vestido... —rió socarronamente—. Pero no te apures, no es caro. Andarás mal de dinero, ¿verdad?

—Regular, nena. He cobrado unas dietas... Hasta... trescientos puedo darte para eso.

—¿Has tenido visita? He visto dos copas en tu despacho —sonrió ella tristemente. A ver qué mentira inventaba.

—Sí. Me encontré con Adamowsky, ese polaco-americano, y subió a beber un poco y charlar.

—¿Qué es ese tipo, Doug? ¿Qué hace? —inquirió ella con infantil curiosidad—. Debe tener dinero, ¿eh?

—Es corredor de apuestas en el hipódromo de Aurora y gana mucho, en efecto. Tiene suerte... y la compartimos.

—¿Quieres decir que tú juegas también? —preguntó con asombro ella, haciendo un gesto de tristeza. Mentía con absoluto cinismo él.

—Un poco. No creas que me meto mucho. Pero no he salido mal. Ese hombre conoce bien el asunto y cuando él apuesta puede uno confiar en sus vaticinios. Siempre he ganado siguiendo sus instrucciones. ¿Te parece mal para ser un inspector del F. B. I.?

—terminó él riendo.

—No creo que el apostar a las carreras de caballos vaya contra la ética de un inspector del F. B. I.,

en efecto. Cualquiera puede hacerlo. Que sigas teniendo suerte.

Siguió hasta la alcoba, donde se cambió de ropa, poniéndose una bata de lana. No podía ocultar las lágrimas, que bajaban por su bello rostro. Era terrible tener que reconocer que él había tomado

un camino lleno de infamias e inmoralidades, acuciado por su afán de riquezas, de gozar de la vida y conocer los placeres. Aquel Douglas Petz, cuyos padres eran alemanes, estudioso, de una honradez absoluta, entregado de lleno a su profesión de agente de la Policía Federal, cuando aún no había sido creado el

F. B. I.,

exacto cumplidor de su deber, hasta el inspector jefe de la División del

F. B. I.

en Chicago, desde hacía un año a esta parte, había una diferencia enorme y terrible. Cuando se casaron, de esto hacía quince años, Douglas era un modesto agente, sin más recursos que los que le proporcionaba su empleo. Ella aportó unos miles de dólares, no muchos, heredados de sus padres. Fue a vivir con ellos Sally la hermana de Patricia, que también había heredado otros miles de dólares, y se puso a trabajar para no ser gravosa a su hermana.

Petz, no obstante, siempre tuvo una gran ambición, un deseo inmoderado de subir, de tener fortuna, y no pequeña. Sus buenas cualidades, la honradez, el cumplimiento exacto del deber, su germánica tozudez, ya que no una inteligencia despierta, quedaban a veces nubladas por su desaparición al ver que en su profesión no era fácil subir tan aprisa como él deseaba. El escalafón, la disciplina, que impedía obrar libremente, acumulando méritos en actuaciones no ordenadas por sus superiores, eran como un freno que le irritaba, sobre manera. El ostracismo, casi el anonimato, era cuanto veía en el horizonte, tan contrario a su ambición. Entonces se irritaba hasta el paroxismo y declaraba, entre raptos de furor y desaliento, que no desaprovecharía la más mínima ocasión que se le presentase de ser rico, de gozar de la opulencia, legal o extralegalmente. Y ahora esto lo recordaba Patricia con gran precisión, para afirmarse que, en efecto, su marido fue honrado mientras no tuvo ocasión de dejar de serlo, si el premio era la riqueza, el lujo, los placeres. Fue como un alma que estuvo al acecho, vestida de honorabilidad aparente, pero deseosa de arrojar aquellas vestiduras para trocarlas por las que él deseó, de la ostentación, las riquezas, el boato. Y, al parecer, la transmutación se estaba verificando. Douglas se había entregado al Diablo con armas y bagajes. Iba teniendo dinero, se divertía, tenía una amante,

mentía, traicionaba al

F. B. I.

y se aliaba con aquéllos a quienes tenía el deber de destruir.

¿Cuál era el deber de ella ante este nuevo Douglas, el amado esposo? Porque ella le amó y le amaba con toda su alma, con todas las fibras más sensibles de su ser. Se casó con él por puro amor Douglas no era sino un modesto agente federal, de exigua paga. Le amó porque él sufría con su humildad, tan en pugna con su ambición. Quizá un instinto maternal la empujó a quererle más y más cuanto más sufría él. Le instó a estudiar, a especializarse en aquello que más podía ayudarle a subir en la estimación de sus jefes. Quiso que fuese un experto en investigación, trocando su racial tarda mentalidad por la constancia, la tenacidad, el estudio microscópico de los casos que le encargaban y hallar una solución satisfactoria. Lentamente, fue ascendiendo Douglas, cuya inteligencia era Patricia, con su ingenio y vivacidad irlandeses. Y cuando más ascendía él en el Cuerpo, más ambición tenía y menos pagado se consideraba con lo que recibía.

Al crearse el

F. B. I.

ingresó en él como inspector. Patricia vio el porvenir que la Organización tenía y lo que en ella podía ser su marido, con su constancia, su tesón germánico, su disciplina férrea. Pero Douglas estaba siempre descontento. Pensó que uno de los más elevados puestos debió ser para él, en vez de quedar como inspector, con tantos otros traspasados de la Policía Federal y de la Metropolitana. Y al no obtenerlo, su desilusión fue tremenda, haciéndole pensar que el camino recto y honorable era el camino de los tontos, de los que no sentían el espolazo de la ambición y el deseo de poseer lo mejor, fuese como fuese. Y ella, cuanto más sufría él, desilusionado, desechado, más le amaba y deseaba complacerle en sus gustos, silenciando su dolor al verle exasperado y anunciando su decisión de no dejar escapar la ocasión de prosperar «fuese como fuese». Confió en la innata rectitud de él, pese a sus protestas de abandonarla como una pesada carga. Creyó en su honradez, en su bien ganada fama de hombre recto, severo, ejemplo de fiel cumplidor del deber en la División del

F. B. I.

en Chicago. Ella le amó siempre y le amaba infinitamente. Creyó que él la correspondía, aunque de otra forma, pero ahora la duda luchaba fieramente en su dolorido corazón. Si él la amaba, ¿por qué tenía aquella amiga, aquella Rachel, a la que compraba vestidos y tal vez cuanto se le antojase?

Douglas era un descarriado, pero un descarriado de aquéllos cuya redención es casi imposible lograr. Tenía cuarenta y dos años, era de una mentalidad no brillante, pero sí disciplinada, como su voluntad. Férreo en sus decisiones, en el

F. B. I.

se sabía que cuando se lanzaba tras una presa era como el que lanza un «bulldog» sobre un maleante y consigue atraparle una pierna. Jamás soltará su presa mientras su amo no se lo mande. Ahora, aquella voluntad y tesón germánicos había derivado unos propósitos y fines funestos. Lo seguiría sin meditar hasta que cayese en el abismo de la infamia, la deshonra, la expulsión del Cuerpo y quizá el procesamiento, la cárcel.

Y si por culpa de su complicidad se vertía sangre, la fatídica silla eléctrica podría ser su último asiento, el que aspiraba al de la gloria de los bienes materiales, superiores para su mentalidad al de los ideales que el mismo

F. B. I.

tenía como lema.

¿Qué deber era el suyo al comprobar la deslealtad de su marido, no ya hacia ella, sino hacia lo que era consustancial en su profesión?

Tembló, estremeciéndose de angustia, al ver con meridiana claridad, tanto si quería como si no, que no tenía otro camino que elegir que el denunciarle ante sus superiores. El inspector jefe de la División del

F. B. I.

en Chicago era la máxima autoridad en el Estado de Illinois de la Organización. La cabeza rectora. Sus actos solamente debían ser explicados en Washington, y si a Washington engañaba con falsedades e informaciones inexactas, su impunidad era absoluta. Todo el personal a sus órdenes seguía el camino que él trazaba, y era obedecido con inflexible disciplina. El mal, pues, podía ser incalculable para el mismo

F. B. I.

y para el bien común. La misma seguridad de la Nación estaba en peligro. Aquel Adamowsky había hecho mención de planos sobre armas secretas, y un agente de Douglas estaba infiltrado en el Pentágono, en el Estado Mayor General, trabajando en contra de la defensa nacional al extraer o copiar planos secretos para enviárselos a Douglas y éste venderlos a Adamowsky, agente de potencias enemigas de Estados Unidos.

Su deber era denunciarlo al Estado Mayor del

F. B. I.

en Washington. Sin paliativos, esto era lo que debía hacer sin tardanza.

Le amaba tanto... Comprendía tan bien lo infantil de la ambición de su marido, un hambre cuya espiritualidad era tan deficiente, tan estrecha... Era un descarriado, un obcecado por lo material, lo sensual, lo que nunca pudo obtener porque no supo ir por ello sin salirse de la moral; y no lo supo obtener por su conformación mental, limitada. Quizá pudiera ser encarrilado si se le hacía ver, con la crudeza real, el abismo al que estaba bajando. Si esto fuera posible...

No era posible. Douglas no retrocedería jamás en el camino emprendido. Su terrible tenacidad, la misma que le había valido ascender hasta inspector jefe de la División, pese a su limitada inteligencia y claridad de percepción, le empujaba ya por el derrotero que se fijó, y era inútil totalmente tratar de disuadirle. En el cajón de su mesa de despacho tenía ya dinero, lo que él quería, ganado sin esfuerzo, y mucho más llegaría a sus manos. Con el dinero, la amante, los placeres, la buena vida. Esto era lo que siempre había deseado apasionadamente, «pasase lo que pasase y fuese como fuese», y no era posible hacerle renunciar a lo que ya iba teniendo.

Los pasos de su marido la sacaron de sus pensamientos. Se enjugó los ojos precipitadamente, lavándose la cara con agua fresca, y salió de la alcoba. Douglas estaba en el gabinete, con un periódico en las manos, sentado, fumando un cigarrillo. Hacía como que leía, como vio ella claramente. También él estaba preocupado. Quizá la conciencia... Pero no. Ella quería engañarse concediéndole esa facultad que parece innata en todos; la de sentir el grito del alma

recta al rebelarse contra una acción que no aprueba. Douglas había logrado ir acallando las repulsas de su alma, de su conciencia en un trabajo constante, duro, inflexible, desde hacía muchos años. Ya lo dijo en varias ocasiones diferentes. Tan pronto se presentase ocasión, él no dejaría escapar a la Fortuna, fuese como fuese. Si la conciencia no le prohibió obrar infamemente la primera vez, ahora era imposible que lo lograra. Y debía hacer por lo menos seis meses que Douglas estaba en tratos con los «gángsters». Hacía unos seis meses que gastaba más, que la compraba más vestidos, sombreros, zapatos; que la llevaba con más frecuencia al teatro y sitios de diversión. Y hacía un mes se había comprado el «Buick», aunque a plazos, vendiendo su viejo «Dodge» modelo 39.

Se sentó frente a él, cogiendo de la mesita un «Fortune», que ojeó distraídamente, sin ver lo que allí había. Le miró rápidamente, escrutando su rostro ancho, grueso, apoplético, de raza germánica, con cuello de toro. Tampoco él leía. Sus ojos azules oscuros permanecían fijos en un sitio, sin el movimiento peculiar de cuando se está leyendo rápidamente. Estaba preocupado, tanto como ella, pero en muy diferente sentido. Quizá hacía mentalmente cuenta de los ingresos obtenidos con su traición y los que pensaba obtener. Quizá estaba pensando, también, en aquella Rachel...

La criada entró en el piso. Ella la había enviado a un recado para quedarse sola y poder esconderse tras los cortinones del despacho. La conducta de Douglas le decidió a hacer aquello. Desde muchos días atrás, Adamowsky llegaba y se encerraba con Douglas, charlando largo rato. Después, su marido exteriorizaba su alegría con efusión no acostumbrada, sintiéndose insólitamente generoso con ella. Hablaba él de mejorar de medios de vida, de «que ya era hora, de que saliesen un poco de apuros», y mostraba, o ella se lo veía, fajos de billetes en una abundancia insospechada. Ella, inteligente, astuta, siempre capaz de captar una idea que se le ocurriese a Douglas, hubo de pensar que algo anormal estaba pasando por su marido. Y que esto coincidía con la presencia de Adamowsky. Recordó lo que siempre había estado diciendo él respecto a su «oportunidad», que no desperdiciaría, de hacerse rico, fuese como fuese. Y la sospecha tomó cuerpo, pese a que intentó rechazarla vigorosamente, negándose a admitir la hipótesis de que Douglas fuera capaz de vender su alma al Diablo, encarnado en

aquel odioso Adamowsky, vertiendo el oro en las manos trémulas de Douglas a cambio de traiciones e infamias.

CHICOS Y MAYORES

VEN Y LEEN

AVENTURAS DEL F. B. I.

II



LEGÓ también Sally, la hermana de Patricia. Era de mediana estatura y contaba veintitrés años de edad, aunque por su forma de ser pareciese solamente una adolescente de no más de dieciséis. De mediana estatura, su cuerpo era esbelto, fino, por los deportes. Su cabellera, rubia oscura, estaba rizada naturalmente y al llevarla corta, daba a su rostro, gracioso, expresivo, aquel aire juvenil, de doncel revoltoso. Trabajaba solamente por las mañanas en la redacción del «Chicago News», donde percibía un sueldo muy aceptable como secretaria del director. Éste, de origen irlandés, ya sesentón y casado, sentía un hondo afecto por la muchacha, no sabía si por ser ella descendiente de irlandeses, o por el encanto, a veces entremezclado con arranques tan peculiares en los irlandeses, de furor, acometividad y fulgurante ingenio de la muchacha. Era él muy parecido a ella, y no

siempre se le podía tolerar, surgiendo los choques entre ambos, que terminaban cuando Sally se levantaba de la mesa y hacía ademán, fiero el semblante, chispeante la mirada, de marcharse «para siempre» del periódico.

El «abuelo» Doherty sabía muy bien que la chica no se marcharía, pese a todo; Sally sabía también que la sería imposible marcharse, aunque convenía asustarle cuando se ponía testarudo, insufrible. Y sin asustarse ninguno de los dos respecto a los peligros de una ruptura, que no les convenía en modo alguno, a las trifulcas sucedía aquella especie de luna de miel de la reconciliación.

Llegó media hora antes de que se sentasen a comer Douglas y su hermana Patricia. Ambos seguían en el gabinete, haciendo que leían. Douglas, pensativo, hosco, sin deseos de hablar. Patricia, vigilándole, tratando de escudriñar en aquel rostro, de gruesas facciones y mirada perdida, lo que en su alma sucediese.

—Hola —dijo la muchacha, y se sentó en otro sillón, cogiendo una revista de la mesita.

—Hola —contestó secamente Douglas sin apartar la mirada de su periódico.

—Hola —murmuró Patricia mirando a su hermana de reojo. Sally era perspicaz y podía notar que ella había llorado. De notarlo a preguntarlo no mediaría más de un par de segundos y esto atraería la atención de Douglas sobre su esposa, con las consabidas preguntas de qué le pasaba, cosa que había que evitar. Así, se levantó y salió del gabinete para ver si la comida estaba ya dispuesta.

Un rato después, los tres estaban comiendo silenciosamente. Más Sally no sabía estar callada. Su alma requería expansión, comunicación con las de los demás.

—Parece, Douglas —dijo encarándose con su cuñado, que ahora leía mientras comía, según su costumbre—, que se va a armar un escándalo por lo del contrabando de drogas, ¿eh? Eso dice el abuelo...

El abuelo era Michael Doherty, el director del «Chicago News».

Douglas Petz apartó la mirada del diario para fijarla en el rostro de la chiquilla revoltosa de Sally.

—¿Sí? ¿Qué hay del contrabando de drogas? ¿Sabe más de eso tu jefe que el

F. B. I.?

—Inquirió en tono gruñón.

—A veces, sí. Sabemos menos nosotros cuando tomamos la información del

F. B. I.,

pero cuando buscamos por nuestra cuenta, entonces es el

F. B. I.

el que ha de preguntarnos qué pasa con un asunto que lleva él —replicó riendo la muchacha—. Ahora ocurre esto último, me temo.

El inspector rió también, aunque Patricia comprendió que lo hacía muy a la fuerza. El espíritu de Douglas estaría ahora muy alerta, mucho más que cuando su misión era la de perseguir al mal donde quisiera se hallase. Ahora él se consideraba un delincuente, y por ello habría de sentir todas las zozobras y temores, todas las suspicacias inherentes al que teme ser descubierto y ha de guardarse de un enemiga poderoso.

—Eso es sensacionalismo, querida —dijo al fin el inspector, encogiéndose de hombros—. Y tu periódico lo practica hasta el absurdo. ¿Qué hay, en definitiva?

—Nada, nada, Dog, perdona —se excusó maliciosamente Sally, fingiendo indiferencia—. Solamente, que han pescado a tres muchachos en la Universidad de Illinois bajo los efectos soporíferos de la morfina. Y en sus cuartos, una buena provisión de ella. Nada más que eso. Y que han declarado...

Patricia miraba a su hermana y después a su marido con creciente interés. Sally tenía más confianza, más arrestos y claridad hablando con su marido, que ella misma. Douglas callaba cuando ella le hacía alguna observación... y hacía después lo que le parecía. Así no había forma ni de discutir ni de intentar hacerlo. ¿Para qué? Sally era acometedora y, con su ingenio chispeante, su inteligencia despierta, acorralaba a su cuñado y le hacía discutir y batirse en retirada.

—¿Qué han declarado? —Insistió Douglas dejando el periódico y encarándose decididamente con la muchacha, sin hacer caso de la comida—. Mira que es triste cosa, chica, que los del

F. B. I.

no sepamos nada de eso —rió de nuevo socarronamente.

—Pues quiénes les proporcionaban la morfina, la heroína,

todo... —replicó Sally, con gesto de indiferencia, mientras roía el hueso de una chuleta—. Y por eso se va a armar el escándalo.

—Muy bien. ¿Han formulado la denuncia ante nosotros? Esta mañana no he ido a la oficina. Pero me extraña que no me hayan llamado —el rostro de Douglas revelaba ahora cierta inocultable confusión, que Patricia captó en toda su intensidad.

—Eso no lo sé. Nuestro reportero Wilde olió que allí había algo y fue a la Universidad a coger la noticia calentita. Como siempre, un reportero suele ser más listo que el

F. B. I.,

exceptuando a un agente especial...

—¡A Ernest, por supuesto! —exclamó Patricia riendo—. Ya es raro que él no haya sido quien oliese la noticia...

—Porque Doug le tiene alejado de toda actividad —acometió Sally, mirando con fingido enfado a su cuñado—. Todos los honores te los quieres llevar tú, no lo niegues.

Douglas se encogió de hombros, volviendo a comer. Patricia adivinó que las palabras de su hermana habían dado en el blanco, y, como siempre, él callaba y rumiaba sus tardas ideas.

La comida terminó charlando de otras cosas, poniendo en ello gran interés el inspector, tal vez deseoso de no profundizar más en el asunto de la Universidad de Illinois. Patricia estuvo casi silenciosa. No podía tener ánimos para hablar, como no fuese de aquello que corroía su alma, y esto, por su gravedad, no podía confiarlo a nadie. Ni a su propia hermana siquiera. Sentía ese terrible dolor del que ha llegado a saber, sin lugar a dudas, que la persona más amada, por la que se daría todo, no merece nuestro cariño, y, sin embargo, no es posible retirárselo, debido a la misma fuerza del amor que se le tiene. Ella era apasionada, de ardiente temperamento, aunque sabía domeñarlo cuando se hacía preciso, y entonces se mostraba dulce, recatada, sumisa y discreta. Con sus treinta y seis años, siendo todavía muy bella, había adquirido esa madurez y experiencia que la vida proporciona. Y aquella experiencia y exacto criterio de mujer madura le dictaba el deber a seguir en aquel conflicto espantoso.

Douglas se había metido en el despacho, sin pasar al gabinete, como era en él costumbre, para terminar de leer el periódico, tomar su taza de café y charlar de sobremesa con Patricia y Sally. Patricia

oyó cómo él marcaba un número en el teléfono. Conjeturó que iba a hablar con aquel Adamowsky para ponerle en guardia. Sally, con su información sobre los estudiantes morfinómanos de la Universidad, le había hecho un gran favor, sin duda alguna.

Se levantó y fue pasillo adelante, caminando muy despacio y en puntillas, por si podía captar lo que él hablaba. Se sintió angustiada al pensar que en adelante su principal ocupación habría de ser la de espiar a su marido y ver de contrarrestar sus actividades traidoras.

Pero Douglas hablaba quedamente, además de haber cerrado la puerta del despacho. Solamente percibió un murmullo del que no podía sacarse nada en concreto. Era cierto, por tanto, que estaba hablando con Adamowsky. Traicionando de nuevo al

F. B. I.,

a su propia conciencia.

Volvió al gabinete, al lado de Sally, que leía una revista. Se sentó a su lado, en el sofá.

—Oye, Sally, ¿es cierto que Doug mantiene alejado de toda actividad a Ernest? ¿Se ha quejado él de tal cosa? —preguntó mientras se inclinaba sobre la revista que leía su hermana, fingiendo desinterés en la pregunta.

—Naturalmente. Y no solamente a Ernest, sino a todos los demás agentes. Esto no les parece mal, excepto a Ernest, que es la actividad personificada y el amor propio llevado al *summum*. Yo le digo que mejor, puesto que así no hay peligro de que un día le metan una bala en la cabeza.

—Piensas bien. Debes aconsejar siempre a tu novio que no se meta en líos, a no ser que le metan a él, sin buscarlos.

—Me figuro cómo se va a poner cuando se entere, de ese asunto de la Universidad. Me dijo hace pocos días que ya había advertido a Doug que se notaba una mayor afluencia de estupefacientes. Ernest anda siempre husmeando y busca las informaciones con una astucia magistral. Van a tener una agarrada, ya lo verás. Y yo defenderé a Ernest... —terminó impetuosamente Sally.

Patricia ahogó un suspiro de pesadumbre. Sally podía mostrarse así de acometedora, de franca y hasta de acusadora. Su novio era un muchacho de una cabal rectitud, un agente especial que habría de llegar muy lejos por sus propios merecimientos... si una bala no le cortaba para siempre su carrera. Recordaba las palabras de

Adamowsky respecto a Ernest. Que era un entremetido audaz y que sí seguía así se iba a encontrar con lo que no esperaba. Una sentencia de muerte, sencillamente. Ella podía, debía hacerlo, poner en guardia a Sally, al mismo Ernest, respecto al peligro que le amenazaba, y el origen de él. Pero el hacerlo equivalía a una confesión total y sin reservas de todo lo que ella sabía respecto de Douglas.

Doug no puede ser un adivino, Sally —replicó ella en tono exculpatorio—. A él llegan muchos informes, que ha de estudiar. Unos son aceptables, verídicos respecto a peligros, denuncias y suposiciones. Otros son bobadas de los agentes, que creen ver peligros donde no los hay. Si Doug alguna vez no ha prestado la debida atención a un informe, casi no es culpa suya, Sally. No es lo mismo ser una cabeza dirigente que un subordinado.

—No me digas que cuando Ernest afirma una cosa no es porque no tenga la seguridad de que es cierta. El mismo Doug le alaba y ha dicho multitud de veces que es su mejor auxiliar. ¿Por qué no le hizo caso cuando le señaló que se veía en los sitios habituales de mercado de estupefacientes más mercancía? —exclamó Sally mirando con enojo a su hermana—. ¡Ha tenido que ser Wilde, mi compañero del periódico, el que ha obtenido el triunfo de descubrir lo de la Universidad y demostrar que la venta de drogas está aumentando enormemente en Chicago! ¡Ese triunfo correspondía a Ernest, al

F. B. I.!

Pero tu marido no sé en qué piensa ni lo que hace...

—¡Sally! —reprochó con dulzura Patricia—. No seas injusta, haz el favor. Ya te dije antes...

El timbre de la puerta sonó de forma especial, haciendo que Sally se levantase sin hacer caso de lo que Patricia decía.

—Ahí está Ernest. Apuesto doble contra sencillo, hermana, a que él le pone verde a tu marido. ¿Diez dólares?

—Te suplico le hagas comprender que me disgusta que se peleen, Sally —murmuró Patricia, angustiada—. Anda, ve a recibirle y díselo. Te lo suplico, Sally...

La muchacha miró con cierto asombro a su hermana. Se encogió de hombros y salió del gabinete. Quedó ella sola, cerrados los ojos, pensando con horror que estaba defendiendo a Douglas, tratando de

disminuir su culpabilidad en aquel asunto de las drogas. En vez de denunciarlo, encubrirle. Y Sally se había quedado perpleja al verla defender a su marido en una cosa que no tenía disculpa. Había que tener gran cuidado con Sally, desde luego. Y con Ernest también. Ambos eran muy Inteligentes, muy perspicaces.

¿Qué estaría hablando Douglas, que llevaba tanto rato sin salir del despacho? ¿Qué órdenes estaría dando a Adamowsky para librarse de la responsabilidad, tal vez de la captura de sus secuaces por el

F. B. I.?

Porque ahora, sin duda alguna, Douglas se apresuraría a fingir una intervención tan aparatosa como inútil contra «los malvados traficantes en drogas», que ya estarían levantando el vuelo tranquilamente.

Sally y Ernest penetraron, cogidos del brazo, en el gabinete. Ernest Crowe, el agente especial del

F. B. I.,

perteneciente a la División de Chicago, tenía treinta años. De estatura media, era robusto, fuerte, con amplias espaldas y pecho muy saliente. Sus ojos, de color castaño oscuro, eran escrutadores, de aguda mirada. Por ellos se juzgaba su despierta inteligencia. De rostro delgado, anguloso, con nariz aguileña, mentón regular, irradiaba una singular simpatía, de la que no estaba exenta la bondad, la comprensión. De él decía Sally que, aunque siempre veía las humanas flaquezas al primer golpe de vista, sabía disculparlas y mostrarse comprensivo, benigno y afable. Quizá por ello, por no poseer «cara de policía», era por lo que Ernest era tan estupendo sabueso. El conocer rápidamente la psicología de aquéllos con quienes trataba, especialmente los maleantes, les permitía ganárselos con su ingenua cara de pastor protestante, sus modales suaves y su palabra comedida, sin llegar jamás a ser un hipócrita rastrero, un farsante.

Patricia adivinó, en el rostro de Sally, la franqueza, el candor, la carencia absoluta de disimulo, que ya Ernest estaba puesto al corriente de todo, de todo... Ernest sonrió al tenderla la mano, y en su apretón leyó que esto era cierto. Una corriente de comprensión se estableció entre ambos. Como si Ernest la hubiera querido decir: «De veras que eso es lamentable, pero no diré a Douglas lo que se

merece».

—Hola, Patricia —murmuró después Ernest, y se sentó al lado de ella, sonriendo a Sally, que hubo de tomar asiento en un sillón, haciendo un gesto de desagrado.

—¿Qué cuenta, Ernest? ¿Le ha dicho, mi chismosa hermana lo sucedido en la Universidad de Illinois? —dijo Patricia, deseosa de explorar los sentimientos del novio de Sally.

—Sí. No es sino un dato más que corrobora nuestra información de que ese vicio funesto se extiende lamentablemente en la juventud —contestó plácidamente Ernest—. Me figuro que Petz tomará más radicales medidas en adelante.

Ernest era encantador, pensó Patricia, mirándole con ternura. No solamente no demostraba su enojo, tan justificado, al verse ratificadas sus sospechas y no ser tomadas en consideración por el inspector, sino que le disculpaba y le concedía un crédito de competencia y lealtad, suponiendo que intentaría corregir su error. Si pudiera confiarle a Ernest lo que sabía de Douglas, lo... canalla que era... Pero esto no era posible. Ernest, ante la demostrada culpabilidad de Douglas, no vacilaría ni un segundo en proceder contra él, denunciándolo formalmente ante el Estado Mayor del F. B. I.,

en Washington. Ernest era bueno, un bendito, pero era también un leal cumplidor de su deber, un entusiasta de su profesión e insobornable funcionario del Gobierno. A él también trataron de comprarle, en alguna ocasión, los «gángsters», y dio con ellos en la cárcel, más o menos averiados sus físicos por el «suave» tratamiento a que los sometió.

Dejó a la pareja que charlasen de sus cosas y volvió al pasillo, silenciosamente, para comprobar si Douglas seguía hablando por teléfono. Escuchó ante la puerta del despacho. Ya no hablaba él. Quizá estaba escribiendo, o tal vez entregado a sus pensamientos, maduraba planes para seguir sus tratos infames con aquellas gentes.

Abrió la puerta y penetró decididamente. Estaba sentado, recostado sobre el sillón, fumando un habano, la vista perdida, reflexionando. Al ver a su mujer sonrió tranquilamente.

—¿Te molesto, querido? —preguntó ella sentándose en una silla, frente a él—. Como no ibas al gabinete... Ya está ahí Ernest.

—¿Sí? Le debo una satisfacción. Me advirtió hace días que

parecía había más movimiento entre los contrabandistas de estupefacientes. No le hice mucho caso, lo confieso. Estos agentes especiales, con tal de hacer méritos muchas veces aumentan la gravedad de sus informaciones...

—Pero no Ernest, Doug —protestó suavemente Patricia—. No tiene nada de tonto ni recurriría a eso para ascender. No necesita su sueldo para vivir, ya lo sabes.

—Desde luego. Pero yo no puedo dedicarme por entero a saber cuándo los muchachos exageran o no en sus informaciones. Mack, mi segundo, odia los asuntos burocráticos y prefiere andar de allá para acá, también en busca de sensacionalismo. Todo me lo echan a mí... —suspiró encogiéndose de hombros.

—Y ¿qué vas a hacer ahora, a la vista de ese caso de la Universidad?

—Que vaya Mack y lo investigue. Yo no creo que lo ocurrido suponga una verdadera agravación en el contrabando de drogas. Lo que pasa es que se ha descubierto uno de los muchos casos que deben existir y esto lo aprovecha la Prensa para meterse con nosotros. Pretender que esta plaga se pueda extinguir del día a la noche es tonto. Siempre habrá morfinómanos y gentes que les proporcionen las drogas.

Patricia se asombró de la pasmosa tranquilidad con que su marido acogía aquel estado de cosas, que tanto le perjudicaban como jefe de la División del

F. B. I.

local y encargado de la represión del funesto tráfico. Solamente se concebía aquella indiferencia cuando a él le tocaba, no combatirlo, sino ampararlo y aumentarlo. Estaba, pues, irremisiblemente entregado a su labor traidora e infame, vendido a los traficantes de drogas. Ni siquiera, como llegó a suponer ella por un instante, la inminencia del peligro de poder ser descubierto como amparador del crimen le hacía recapacitar y volver sobre sus pasos. Cegado por el ansia de riquezas, no veía la amenaza. Tal vez tampoco pudiera frenar su marcha hacia el abismo. Aquel Adamowsky ya le dijo, y ella lo oyó, que si él caía, arrastraría consigo a Douglas, y que éste no era sino un instrumento, bien «engrasado» en sus manos. Era el demonio, que así le pagaba sus traiciones.

—¿No crees que tu prestigio pueda sufrir si casos como ése se

repiteían? —inquirió Patricia, sondeando el alma de su marido aún más—. ¿Hasta llegar a destituirte o quizá acusarte de... complicidad, Doug?

Rió él sardónicamente. Movi6 la cabeza negativamente al decir:

—Ni lo pienses, hija. Dime en qué Estado no existen casos como éste y si los jefes de División no se encuentran con papeletas como la mía, que intentan resolver como pueden, igual que haré yo. Esto lo sabe el Estado Mayor y no se le ocurre destituir a sus mejores hombres porque a veces surjan rebrotes de ciertos males. Pondré empeño en acogotar a esos facinerosos, o cuando menos, reducir lo más posible sus actividades, y nada más.

Había llamado «facinerosos» a los traficantes de drogas. ¿Y él? ¿Qué era él, que, siendo la autoridad local del F. B. I.

amparaba a los «facinerosos»?

Se levantó ella, un poco pálida. Era demasiado fuerte oírle hablar así, con aquel cinismo que da la seguridad de verse impune, incontrolado, dueño de la confianza del Estado Mayor. Jamás pensó que su marido pudiese llegar a ser lo que era ahora. Había sido un cambio tan radical, que necesitaba comprobarlo, oírle de viva voz para convencerse de ello.

—Haz todo cuanto puedas, Doug —insistió ella con acento dolorido—, porque ese tráfico termine. Es horrible pensar que nuestra juventud, esos muchachos que nos han de suceder, puedan caer en una abominable degeneración. Si nosotros hubiéramos tenido hijos y ese vicio horrible se apoderase de ellos, figúrate, querido, qué espanto...

Douglas se levantó y fue al lado de su mujer, que sollozaba con un ímpetu grande. Sonrió al abrazarla, estrechándola contra su pecho y besándola.

—Bien, bien, hija. No dramatices excesivamente, por favor —dijo él en tono suave, acariciador—. Haré lo que pueda, ya lo sabes. ¡Hay tantas cosas que constituyen verdaderas plagas, tantos vicios y crímenes a los que hay que atender...!

Ella se aferró a él desesperadamente, como queriendo olvidar que aquel hombre, su marido, al que amaba con locura, pudiera ser un hipócrita, un farsante, un criminal consciente, meticoloso, alevoso... imposible de ser regenerado. Le devolvió los besos,

apretándose contra él más fuertes cada vez los sollozos, más angustiada. Estuvo a punto de encerrarse con él, bajo llave, y, sin separar sus brazos de él, mirándole cara a cara, enfrentadas sus almas, decirle que lo sabía todo y que era preciso que se salvase de la ignominia, de la vergüenza y del deshonor. Que deshiciese, con buenas obras; todo lo infame perpetrado por él. Que ella olvidaría todo cuanto sabía y le perdonaría su ofuscación amándole más, mucho más que nunca le amó.

Pero él la separó suavemente. En su rostro, de gruesas facciones, no había ninguna señal de emoción, de haber penetrado en el dolor de su esposa, siquiera por lo que se refería al ejemplo que ella citó, de tener hijos que pudieran ser unos degenerados. Douglas se había blindado el alma, la sensibilidad, el corazón, y era como un castillo roquero, insensible a los ataques de los hombres y del tiempo. No podía apelar a una llamada desesperada, cara a cara, alma contra alma, porque él tal vez llegase incluso a no negarlo, pero sin propósito de enmienda, sin arrepentimiento alguno. Hasta podría llegar a amenazarla, a quererla imponer el silencio, la complicidad... Aquella mente tarda, cuando una idea o un propósito se aferraba a ella, era como la araña que se lleva la presa al fondo de la tela para devorarla sin sentir lástima por la pobre mosca. Solamente la derrota, la impotencia, la muerte, podrían hacerle detener su paso fatídico hasta la perdición.

Salió del despacho, seguido de él. Ambos entraron en el gabinete. Ernest se levantó al ver a su jefe. Ambos se miraron fijamente, como cohibidos.

—Qué, ¿ya sabe lo que ha ocurrido en la Universidad, Crowe? —preguntó Douglas en tono amistoso—. Tenía usted razón...

—Como siempre —saltó la impetuosa Sally, mirando a su cuñado con desdén.

El inspector esbozó una sonrisa de conejo, compartida por el azorado Ernest. Éste, como si no diese importancia a lo dicho por su novia, dijo después suavemente:

—Supongo querrá usted, señor Petz, que se lleve a cabo una investigación más profunda sobre el tráfico de drogas de lo que hasta ahora se hizo, ¿verdad? Es un mal asunto, si se deja descuidado...

—Desde luego. Me voy a ocupar personalmente de eso. Voy a ir

a la Universidad y hablaré con esos muchachos y la dirección.

—Eso ya lo ha hecho mi compañero Wilde, te lo dije antes, y parece que ya han declarado los chicos lo que sabían. Vais a ir muy retrasados en la investigación —volvió a intervenir sarcásticamente Sally—. En vez de ser vosotros los que deis las noticias a los periódicos, serán ellos los que os indiquen el camino a seguir. ¡Bueno está el

F. B. I.

en Chicago!

Patricia hizo un gesto imperioso a su hermana para que callase. La muchacha, apasionada por su novio, a quién no le dejaba trabajar Petz, se vengaba lanzando verdades como puños, dirigidas a su cuñado. Menos mal que éste, cachazudo, exasperantemente tranquilo, no se encorajinaba por nada, y rumiando sus ideas, que creía siempre eran las mejores, no hacía caso alguno de los dardos que le lanzaba su bella y fogosa cuñada.

—Bien, bien —dijo tranquilo, esbozando una nueva sonrisa conejil—. Pues aunque ya la Prensa haya intervenido, no publicará nada más que lo que deba publicar. Y los chicos esos no se van a negar a decirme lo que ya dijeron a ese impertinente Wilde. Me gustaría saber cómo él logró saber lo que ocurría en la Universidad.

—Eso no lo debe preguntar todo un inspector del

F. B. I.

—saltó Sally, con su voz hiriente, pero mirando a su hermana en tono de desafío—. Es porque Wilde estaba investigando, sabiendo que el tráfico de drogas iba adquiriendo una importancia muy peligrosa. Lo contrario de lo que ha hecho el

F. B. I.

aquí... Y como buscaba, pues ha encontrado...

Petz baja, la cabeza, parecía no haber oído a su cuñada. Patricia conjeturó que su marido había perdido la sensibilidad, el amor propio. Ya no le importaba sino salir con la suya. Fomentar el «negocio» con Adamowsky.



=====

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡NO TIENEN RIVAL!

¿POR QUE? PORQUE LAS DEFIENDEN

Jack, agente del F. B. I.; **Bill Boy**, un muchacho
como hay pocos, y **Sam**, el hombre de la risa.
EN LOS MEJORES QUIOSCOS DE ESPAÑA

III



L siguiente día, Patricia se despertó ya con la preocupación lancinante de que aquella noche, como dijera Adamowsky a su marido, se iba a verificar un desembarco de estupefacientes en la playa al norte del vecino pueblo de Glencoe. Douglas había quedado en alejar de allí a sus agentes, impedir que hubiese obstáculos al alijo. Y eran estupefacientes para causar más víctimas, para aumentar el número de personas degeneradas...

Había que evitar aquel alijo. Y mientras desayunaba, teniendo frente a ella a su marido, que leía el periódico matinal, sin hacerla caso, se dio a pensar en la forma de hacer que aquel tráfico fuese interrumpido, ya que ella podía hacerlo, al conocer casualmente que iba a tener lugar. Bastaba con denunciar lo que iba a suceder con la debida antelación. Pero esto tenía sus dificultades.

¿Denunciar a Douglas, que iba a dejar el terreno libre a los contrabandistas? ¿Ir con el cuento al

F. B. I.,

aunque fuese de forma anónima? Si lo hacía así, Douglas sería enterada y lo más que se conseguiría sería que el alijo se suspendiese o se hiciese, por otra parte, otro día. Y el

F. B. I.,

por orden de su marido, buscaría a aquella anónima informante. Y la buscaría también Adamowsky... No. Había que pensar en otra cosa.

—Hasta luego, querida —Douglas se inclinaba sobre ella y la besaba en los labios, sonriendo.

Estaba contento. En la indagatoria acerca de los tres muchachos sorprendidos bajo los efectos de la morfina o la cocaína, declararon que se la había vendido un limpiabotas de un bar, en el barrio italiano de Harlem. Y el limpiabotas no fue hallado, naturalmente. La cosa había quedado «enterrada», como Patricia suponía habría de suceder, llevando las pesquisas Douglas.

Quedó sola en la casa ella, con la criada, ocupada en los menesteres habituales. Por otra parte, Pearl era una buena mujer, ya de cuarenta años, reservada, nada inteligente, que solamente se ocupaba de lo suyo.

Fue al despacho de su marido y se sentó ante la mesa, contemplando los escasos papeles que Douglas tenía allí, casi todos notas de expedientes que llevaba en tramitación, y que solía traer a su casa para despacharlos cuando no estaba de servicio.

Intentó tirar del cajón donde vio que guardaba los billetes que le diera Adamowsky. Pero los seis cajones laterales y el central estaban cerrados con llave. Eran cerraduras «Yale», buenas, y no se podía intentar descerrarlas. Douglas casi nunca los había tenido cerrados, años antes, pero desde que se convirtiera en un... canalla, ya adoptaba precauciones para que nadie supiese lo que allí encerraba. También era una seguridad para él, según pensaba con amargura Patricia, el que la creía absolutamente confiada, tonta, carente de inteligencia.

Fue a su alcoba y se vistió rápidamente para salir a la calle. Douglas no volvería hasta las dos, para comer, pues había ido a la División. Dijo a Pearl que se marchaba y que tomase nota de los

recados que hubiese por el teléfono.

En la misma Van Burén Street encontró un bazar, donde vendían cerraduras «Yale».

—Perdí mis llaves de la mesa de despacho, señorita —dijo a la dependiente que acudió a atenderla—. Son «Yale F. 453», lo recuerdo. ¿Podría facilitarme otras?

—Desde luego —contestó la dependiente, sonriendo. Y a poco volvió con un sobrecito de celofán, dentro del cual estaba un llavero con dos llaves.

Pagó el importe y salió, muy contenta, del establecimiento. Ahora podría saber tan bien como Douglas lo que había en los cajones de su mesa.

Seguía martilleando su cerebro la idea de que aquella misma noche, entre las once y las tres de la madrugada, se iba a verificar el alijo de drogas en la playa norte de Glencoe. Una cantidad considerable de aquellos terribles productos iban a entrar en el mercado clandestino, sembrando el vicio, la locura, la degeneración...

Ella podía evitarlo, si lograba hallar el medio de que las autoridades tomasen en consideración su denuncia. No podía hacerla al

F. B. I.,

que era quien debía tomar cartas en el asunto. Esto era lo más desesperante. Douglas se enteraría de la denuncia y pondría los medios para mediatizarla, avisando a sus cómplices. Después, indudablemente, y con gran aparato de fuerza, dispondría una emboscada para «capturar» a los «gángsters» en el sitio y a las horas indicadas. El fracaso sería rotundo, porque nadie acudiría, y volverían maldiciendo a aquella denunciante, que les había burlado: «Una excéntrica, seguramente. Una loca... Inconvenientes de admitir denuncias anónimas...»

Esto lo veía ella que habría de suceder si formulaba la denuncia de una forma anónima y al

F. B. I.

Le quedaba el denunciar a su propio marido, yendo a ver al inspector Mack. Decirle todo, todo... Y que esto fuese confirmado por el golpe de sorpresa contra los contrabandistas aquella noche. Sería definitivo para hundir absolutamente a Douglas,

descubriéndole lo que era: un traidor al

F. B. I.,

un canalla, un criminal.

Había ido paseando lentamente por Van Burén Street, contemplando distraídamente los escaparates de los buenos comercios, mientras pensaba cómo podría intervenir para que aquel nuevo alijo no se consumase. El denunciar a Douglas le parecía horrible; tan criminal como lo que él estaba haciendo.

Una esposa denunciando a su marido... Hacerle pasar por los trances espantosos de que sus camaradas del

F. B. I.,

sin él enterarse, fraguasen los planes para sorprenderlo. Hacerle caer en la trampa aquella misma noche. El horror de verle acusado de traidor por el Inspector Mack. El ser detenido y dar parte de su conducta al Estado Mayor del

F. B. I.,

la cárcel, el proceso, la Prensa, con sus sensacionales reportajes, mostrando a las gentes un traidor, un cómplice de los “gángsters” dedicados al tráfico de drogas, al espionaje. «¡La corrupción en el

F. B. I.!),

gritarían los enormes titulares en los periódicos. Y las emisoras de radio vociferarían hasta enronquecer lanzando al espacio sus anatemas contra el

F. B. I.

y sus altos jefes, corrompidos, traidores... Todo, porque un solo hombre del

F. B. I.

(tal vez dos, el que estaba en el Pentágono infiltrado, si es que pertenecía al

F. B. I.),

era un miserable, un loco entregado a la pasión de los bienes materiales, a poseerlos, costase lo que costase.

Cruzó a Canal Street y subió hacia el Norte, con su paso reposado. No encontraba la forma de detener el golpe sin acusar a Douglas. Eso de que fuese el

F. B. I.

quien llevase los asuntos de venta ilegal de drogas... Si se tratase de contrabando de bebidas, de otra cualquiera cosa...

Se sentó en un banco, en los jardinillos que rodeaban la Unión Station. Oleadas de coches y peatones entraban y salían continuamente por las enormes puertas. Un «cop» paseaba tranquilamente por los jardinillos, deteniéndose a veces para charlar con algún niño de los que por allí jugaban. El agente era asaltado por los chicos y admirada su enorme estatura.

La Policía Metropolitana. Hubo de pensar ella, contemplando al irlandés afable, que reía mientras luchaba contra tres críos que intentaban trepar por sus enormes piernas. La Policía Metropolitana, la rival del

F. B. I.,

según era bien sabido de todos. Douglas sentía muy poca simpatía por aquella organización, que a veces invadía sus atribuciones, según aseguró alguna vez.

La Policía Metropolitana, si recibía su denuncia anónima, en caso de que la tomase en consideración, por ser anónima, traspasaría el encargo al

F. B. I.,

y llegaría a manos de Douglas. Era desesperante...

Se levantó de repente, sonriendo maliciosamente. ¡Ya estaba!... Y con paso apresurado se dirigió a una de las entradas de la estación ferroviaria. Penetró en el enorme «*hall*», donde la gente iba y venía nerviosa, buscando las ventanillas de billetes, yendo otros con maletas hacia los andenes, saliendo ríos de viajeros, maleteros, chóferes de «taxis» y de «autos» particulares.

Pidió un níquel a una muchacha, ante las cabinas telefónicas. Diez o doce personas hacían lo mismo que ella. Fue a una de las cabinas telefónicas de conferencias para el interior y se encerró en ella, cerrando bien la puerta. Cogió la guía telefónica y la miró, hojeando nerviosamente. Se detuvo ante un anuncio: Una Sección de la Policía Metropolitana, Narcotic,

Sex & Vice

Section. Allí debía telefonear, pero ello era imposible, porque trasladarían la denuncia al

F. B. I.

y a Douglas.

Miró otra Sección: Confidence and Street Detail. Allí quizá la escuchasen. Ya sabía lo que había de decir.

Marcó el número. WA bash
2-4747.

Y esperó, mientras su corazón latía con una arritmia terrible. ¿Estaba traicionando a Douglas? Si la admitían la denuncia y la emboscada contra los «gángsters» se llevaba a efecto; si era detenido alguno de aquellos bandidos y declaraba... Si Adamowsky era capturado y «cantaba», denunciando a Douglas...

—¡Hable, hombre, hable! —Una voz ruda, ronca, poco amable, sonaba desde hacía tres segundos, sin que ella lo hubiese oído.

Se estremeció, y dijo en un hilo de voz:

—¿Policía Metropolitana? ¿Bureau de Confidencias, por favor?

—Diga, señora. Aquí es.

—Es algo... delicado. Yo no puedo ir a formular por escrito una denuncia, ni decirlo personalmente. Si ustedes quieren creerme...

—Espere un momento. No es regular lo que usted propone, pero espere.

Lanzó un gemido de angustia. Ya sabía lo que iban a hacer. Su marido se lo contó alguna vez. Cuando los denunciantes por teléfono decían lo que les parecía, se les entretenía un poco y mientras tanto el Gabinete Telefónico del Centre, daba órdenes a las Centrales de buscar al anónimo declarante por el número del teléfono. Y muchas veces, cuando el que denunció salía de la cabina desde donde había hablado, un agente le esperaba para llevarlo al Centro y hacerle decir quién era y por qué lo hacía.

Pero ahora no pasó esto, o al menos parecía que no. Otra voz sonó después de un ruido de clavijas.

—Veamos, señora. En efecto, su deber es venir a denunciar lo que sea. Respetamos el incógnito, siempre que la denuncia sea verdadera y suponga la evitación de un delito o crimen. Es un deber cívico el hacerlo...

—Pero yo no puedo hacerlo, por ahora, señor —murmuró Patricia, mientras sus piernas se doblaban de angustia—. Ha de creerme lo que diga. Mi vida correría un gran peligro sí formulo eso normalmente. ¿Quiere escucharme?

—¡Hum! Según lo que sea. ¡Vamos, hable y veremos!

—Esta noche, entre once de la noche y tres de la madrugada... ¿Me escucha?

—Siga, siga.

—Entre once y tres de la madrugada, en la playa norte de Glencoe, Glencoe —repitió Patricia, lentamente—, arribará una gasolinera que lleva contrabando...

—Diga de qué... señora —inquirió la voz del hombre de la Metropolitana.

—De bebidas, y otras cosas más, procedente del Canadá. ¿Ha tomado nota? ¿Harán por atender mi denuncia? Les juro por Dios que es verídica, y que no puedo formularla de otra manera que así. ¡Créame, señor!

—Está bien, señora. Tenga la seguridad de que si es falsa y con ello se acusa un mal a inocentes, daremos con usted y pagará su culpa. Si le hace con buena intención, la estaremos agradecidos.

Colgó ella rápidamente, temerosa de que la estuviese entreteniendo para buscar desde dónde hablaba y capturarla. Salió rápidamente de la cabina, mirando a un lado y a otro con disimulo. No vio agentes de uniforme por allí cerca. Ningún hombre de paisano parecía vigilar las cabinas.

Se metió entre la corriente de personas que entraban y salían, viéndose llevada violentamente de un lado a otro, sin tratar de evitarlo. Si algún agente vigilaba, entre aquella muchedumbre pasaría desapercibida.

Volvió a los jardinillos, sentándose en el mismo banco. Los niños charlaban con el buenazo «cop» de la Metropolitana. Todo había sucedido en menos de un cuarto de hora.

¿Tomaría en consideración la Metropolitana su denuncia? ¡Dios, si no la hacían caso, algo terrible iba a pasar! Una nueva remesa de estupefacientes se distribuiría, con todos sus males. Y Douglas percibiría más dinero, y se encanallaría más aún. Y planearía con Adamowsky nuevos alijos...

Había que esperar, forzosamente, a que llegase la noche. De once a tres. Los periódicos dirían a la mañana siguiente si algo había sucedido, si la habían hecho caso. Había tenido mucho ingenio, el ingenio irlandés, del que se burlaba Douglas, que no tenía ninguno, al formular la denuncia. No dijo que era contrabando de estupefacientes, sino de bebidas y otras cosas. Así la Policía Metropolitana podía intervenir sin dar traslado al

F. B. I.

de la denuncia. Sería la Metropolitana la que se lanzase sobre

aquellos miserables, creyendo se trataba de bebidas «y otras cosas», que habría de ver. Si luego resultaban estupefactos, lo mismo daba. El golpe estaba dado con todas sus consecuencias. Los «gángsters» quizá luchasen, como acostumbraban. Habría muertos: menos canallas, menos criminales... Y si eran detenidos otros, la banda sufriría enormemente, y quizá Douglas se retirase de aquellos sucios negocios, temeroso de caer en manos de la implacable Justicia.

Se levantó agitadamente. Adamowsky iría a ver a Douglas para contarle lo que había ocurrido, en caso de que todo saliese como ella deseaba. Y hablarían en el despacho de Douglas. No siempre era posible tener la fortuna de esconderse tras los cortinones de la ventana. Ya lo fue bastante el que sucediese una vez, para enterarse ella de lo... canalla que era su marido.

¿Cómo enterarse de lo que hablaban, sin tener que buscar el problemático recurso de esconderse tras los cortinones?

Marchó rápidamente por Canal Street y cruzó a Adams Street. Había allí una gran tienda dedicada al negocio de venta de juguetes científicos: meccanos, trenes eléctricos magníficos, cajas con despieces de aparatos de radio para montarlos, pequeñas emisoras, micrófonos...

Penetró en el interior. Un dependiente acudió, sonriente.

—Verá... —dijo ella, sonriendo también—. Mi hijo quisiera un chisme de esos que se colocan en una habitación, por un extremo, y el otro se coloca en otra estancia, y así puede hablar con un amiguito misteriosamente... Yo no sé si será posible. Ha leído novelas policiacas, y ya sabe...

—Sí. Un teléfono doble, receptor y escucha —dijo el empleado, maliciosamente, sonriendo aún más—. Vendemos muchos. También tenemos un micrófono que se coloca en una habitación y por él se oye lo que se habla en otra.

—¡Eso debe ser! Mi hijo hace de agente del

F. B. I.,

y quiere oír a su amiguito, que es el «gángster» —exclamó, jubilosamente, Patricia—. Deme los teléfonos y el micrófono espía. Ya me explicará cómo se emplea, ¿verdad?

—Muy fácilmente. Vea usted, señora.

Y cogió dos cajas de regular tamaño. Explicó la colocación de

aquellos juguetes científicos, que funcionaban con pilas secas y que tenían un micrófono que en la prueba que hizo el dependiente dio buen rendimiento, permitiendo oír a Patricia lo que él hablaba quedamente desde una distancia de diez metros.

Salió a toda prisa del establecimiento, llena de júbilo. Con aquellos juguetes, que le habían costado cuatro o cinco dólares, iba a poder saber cosas de un gran interés.

Abrió la puerta con su llavín y penetró, muy despacio, en el despacho, dejando bajo uno de los almohadones, escondidas, las dos cajas. Luego fue a la cocina, donde Pearl estaba guisando.

—Hola. ¿Ha venido alguien? —La preguntó—. ¿Ha habido algún recado?

—Nada, señora Petz.

Miró la hora en su reloj de pulsera y salió de la cocina. Como al descuido cerró la puerta del pasillo que daba a la cocina, para sentir si Pearl salía de allí. Después fue apresuradamente al despacho de Douglas. Eran las once y media de la mañana, y hasta las dos, en que volviese él, tenía tiempo de hacer lo que pensaba.

Desenrolló el carrete de hilo telefónico del micrófono, que tenía al otro un auricular. Media unos diez metros. Cogió después el cuadernito de instrucciones para el utilizamiento y montaje del aparato. Era muy sencillo, como para ser usado por muchachos.

Miró a su alrededor, y vio el radiador de la calefacción, que estaba oculto por un bastidor de madera barnizada, en el que había como una alambrada de latón muy brillante. Era como una especie de mueble que se usa para ocultar la escasa estética de los radiadores en las casas elegantes. Encima de la tabla, ella había colocado un jarrón de Sajonia con flores.

Lo quitó y se fijó en el radiador. Abajo, para dar entrada a uno de sus tubos de aire caliente, había un agujero en la pared que comunicaba con el inmediato gabinete. Por allí iba el tubo a empalmar con el otro radiador de la estancia de al lado. Cogió el paquetito con los tres elementos de pila seca del amplificador y lo montó, juntamente con el diminuto micrófono, circular, del tamaño de un dólar de plata. Buscó ansiosamente el lugar donde colocar aquellos aparatos. Con un suspiro de satisfacción, halló el hueco. Detrás del radiador justamente. Lo hizo así, y se levantó. No se veía nada, ni aunque se mirase con intención de buscarlo.

Colocó el bastidor que disimulaba el radiador, dejando ya el extremo del hilo metido en el agujero por dónde iba el tubo de hierro al gabinete después de desmontar el auricular.

Fue al gabinete y apartó igualmente el bastidor del radiador. Se inclinó y tomó el extremo del hilo, fijando a él el auricular. Después hizo un rollo con el hilo telefónico y lo dejó oculto detrás del radiador, volviendo a colocar el bastidor que ocultaba el radiador. Pero, después de hecho esto, pensó que era conveniente probar aquel aparato, un juguete realmente, no fuese a suceder que cuando llegase Adamowsky a hablar con Douglas no funcionase bien, perdiéndose lastimosamente de oír lo que dijese. Sacó, pues, el auricular y lo dejó fuera.

Fue a su alcoba y cogió el reloj despertador que Douglas tenía sobre su mesilla. Volvió al despacho y lo colocó sobre la mesa. Corrió al gabinete, tomó el auricular y lo aplicó a una de sus orejas, escuchando con ansiedad.

El

«tic-tac»

del reloj llegó a sus oídos débilmente. Lo escuchó unos segundos y lanzó un suspiro de satisfacción. Si se podía oír el ruido del reloj, mejor se oiría cuando hablasen Douglas y aquel miserable, por bajo que lo hicieran.

Dejó el reloj en su sitio y volvió al gabinete, ocultando el auricular detrás del bastidor. Cuando llegase la ocasión de utilizarlo no tenía más que meter la mano y sacarlo, desenrollando el hilo telefónico. Lo que hacía falta es que, siempre que hablasen su marido y su socio, ella estuviese sola para maniobrar con el auricular.

Bueno; aquello ya estaba terminado. Siguiendo las prácticas del F. B. I.

tantas veces relatadas por Douglas y Ernest, respecto a la vigilancia de locales sospechosos, colocando micrófonos, ella había aprovechado aquellos ejemplos para tender su red de tela de araña a uno de los hombres más calificados del

F. B. I.

mismo. Douglas la creía tonta, ¿eh? Perfectamente, habría que ver quién lo era más.

Quedaba por examinar lo que había en los cajones de la mesa

del despacho de Douglas. Miró la hora. Eran las doce y cinco minutos.

Había tiempo para hacer un registro.

Sacó de su bolso el sobrecito de celofán con las dos llaves que compró. Abrían las cerraduras perfectamente, como era natural, siendo del mismo modelo de la cerradura. Fue directamente al cajón de abajo, de los tres que había en el lado izquierdo, donde suponía estaban los billetes que le entregó a Douglas el «boss» Adamowsky.

Allí estaban, metidos en una cartera de mano de piel de cerdo. Los sacó y contó con mano temblorosa, haciendo un gesto de repulsión.

¡Quince mil dólares!... ¡Quince mil dólares tenía allí!

Quince mil dólares, a los que habría que agregar los que gastó en los plazos y la primera entrega para comprar el «Buick». Y lo que se hubiese gastado en sus juergas. Y lo que aquella mujer, Rachel, le habría sacado, además de lo que le dio a ella, a su mujer, para vestidos y otras cosas. No era descabellado suponer que, por lo menos, otros quince mil había gastado.

Miró la hora en su reloj. Las doce y media. Salió del despacho y fue pasillo adelante hasta llegar a la cocina. Debía saber lo que hacía Pearl. Si se presentase de improviso cuando ella estaba registrando la mesa de Douglas...

—¿Qué tal la comida, Pearl? —Inquirió, mientras examinaba la langosta, la ensaladilla rusa, las chuletas y las salsas que ella estaba haciendo.

—Bien, bien. No se preocupe, señora Petz —refunfuñó la criada.

No le gustaba que su señora interviniese en nada de la cocina. Tenía su amor propio exacerbado respecto a sus dotes culinarias, y cuando Patricia, buena cocinera, le daba consejos, ella torcía el gesto y procuraba hacerla salir de su santuario.

—Bien, bien. Ya sabe que a las dos vendrá mi marido. Tiene tiempo.

Volvió al despacho apresuradamente. Pearl no se movería de la cocina.

Abrió el cajón central de la mesa. Estaba casi vacío. Varios paquetes de cigarrillos de diferentes marcas, dos pipas de brezo y mazos de cigarros habanos.

Fue al primer cajón de la izquierda. Una pistola automática, «Luger», de grueso calibre, y varias cajas de proyectiles. Una funda con los tirantes para llevarla bajo la axila izquierda. Al fondo halló un pequeño revólver

«Smith & Wesson»,

calibre 22, y cuatro o cinco cajas de balas para él. Nada más.

En el segundo encontró una agenda, con tapas de piel de «écrasse» rojas. La hojeó, después de ver por su reloj la hora que era. Las doce y treinta.

En una de las hojas leyó:

«Dirección de D. A. 55, South Halsted. Tel. CA nal 3.1456».

D. A. debía ser Dave Adamowsky. Y lo miró en la guía telefónica, sobre la mesa. Exacto. Tomó nota en un papel, utilizando la pluma de soporte de su marido. Siguió hojeando la guía.

«Wash. Dir. de Tony Franze. Pent, y 245 Florida Ave».

Lanzó un contenido grito de alegría. Aquél debía de ser el agente que estaba infiltrado en el Pentágono. El que robaba los documentos secretos del Estado Mayor, o los copiaba, remitiéndoselos a Douglas, y éste se los vendía a Adamowsky.

Copió el nombre y la dirección de aquel hombre en Washington. Y cerró apresuradamente los cajones, guardándose el papel donde había escrito aquellos datos. Salió del despacho con paso vacilante, muy pálida. En aquellos cortos minutos de registro había averiguado lo... canalla que era su marido. Más que averiguado, confirmado lo que ya sabía.

Se sentó en un sillón, en el gabinete, y, apoyando los codos sobre los brazos del mueble, puso sus manos heladas sobre las ardientes sienes, que parecían querer saltar al paso de la sangre agolpada en su cabeza.

Douglas, un canalla, un traidor repugnante al
F. B. I.

Un hombre sin conciencia, sin escrúpulos, vendido a miserables criminales. Douglas, el hombre a quién había adorado por su

sencillez, porque le notaba desgraciado, insatisfecho de la vida, como un niño desvalido. A quien quería aún, pese a todo, porque su idolatría por él no podía terminar así, como si fuese un extraño, un novio de quince días. Porque le amaba con toda su alma, aún no podía denunciarle.



**En todos los buenos quioscos venden
AVENTURAS DEL F. B. I.**

**Los malos quioscos venden malos
cuadernos infantiles**

IV



las dos llegó Douglas, y un poco después, Sally, la impetuosa muchacha, que tomó asiento en un sillón, frente a su cuñado, que leía el periódico en voz alta, estando sentada a su lado, en el diván, Patricia.

—Esas noticias ya son atrasadas —dijo desdeñosamente la muchacha, señalando el periódico que tenía Douglas—. ¿No has vuelto a tener noticias del asunto de los muchachos de la Universidad? ¿No habéis sabido nada nuevo en la División?

Douglas contempló con su acostumbrada flema a Sally, moviendo negativamente la cabeza.

—Los dejamos en libertad, bajo fianza, después de que declararon. Ahora buscamos a ese limpiabotas —explicó sucintamente—. ¿Sabes tú algo más, que no sea sensacionalista, es decir, aproximado a la verdad? Vuestro periódico...

—A la noche lo leerás. Lo que si puedo decirte es que Wilde no ha hecho lo que vosotros, los del

F. B. I.,

que porque no habéis hallado al limpiabotas os habéis cruzado de brazos y estáis esperando que os lo traigan esposado y todo...

—Bueno, bueno. ¿Qué es lo que ha hecho ese Wilde? —insistió sonriendo el inspector—. ¿Le ha encontrado acaso?

—¡Lo encontrará hoy mismo! —gritó Sally en tono triunfal—. Pero no esperes que te lo lleve a tu despacho, ¿eh? Eso, no. Dice que cuando él tenga tu sueldo, tus gajes y tu influencia, además de ser inspector jefe de la División en Chicago, te echará una mano.

Patricia y su marido se miraron, sonriéndose. Douglas se encogió de hombros y volvió a coger el periódico.

—¡No tenéis amor propio los del

F. B. I.,

salvo un agente especial! —exclamó Sally en tono mordaz, burlón—. Ahí te quedas, tan fresco, cuñado remolón. No os dais cuenta de lo que supone la extensión de ese vicio en nuestra juventud. Dará asco casarse, si esto sigue así. No sabremos las mujeres sí el hombre que elegimos es un degenerado, un maníaco de la morfina, un loco en ciernes. Y nuestros hijos, tarados...

Patricia hizo un gesto a su hermana para que callase. Ella también se sentía inflamada de indignación, deseosa de dar la razón a Sally, la muchacha todo corazón, impulsiva, generosa, pero asaz charlatana. Douglas estaba aguantando el chaparrón con su flema acostumbrada, pero era indudable que en su fuero interno estaba echando pestes contra su cuñada, que ponía al descubierto su indudable parcialidad en aquel feo asunto de los estudiantes morfinómanos. Y era inútil, por otra parte, decirle nada, reprocharle o espolearle. Había tomado su rumbo y aquélla su tozudez germánica era granítica, irreducible. Solamente cabía combatirle como ella lo estaba haciendo: socavando sus maquinaciones, destruyéndoselas una a una.

La comida fue amenizada por las punzadas de Sally, que no encontraba enemigo a quién combatir como ella deseaba, en una lucha verbal, fogosa, que fuera capaz de hacer reaccionar a Douglas. Éste, metida la cabeza entre las páginas del periódico, escuchaba estoicamente las indirectas, las frases directas y las

acometidas, sin decir apenas nada que no fuese una excusa o una frase irónica de desdén.

Después de la comida, como siempre, se presentó Ernest Crowe, el novio de Sally. Tan serio, tan afable, impasible. Patricia creyó advertir en la expresión de su rostro, en la apagada mirada, cansada, cierto desánimo o pesimismo que la conmovieron. Aquel muchacho debía estar sufriendo también mucho al verse inmovilizado por Douglas, como lo estarían todos los demás agentes especiales. Era indudable que se darían cuenta de que aquel asunto de los estupefacientes requería mayor actividad, más interés y acometividad, estilo

F. B. I.,

del que imprimía Douglas. Y que el descontento entre ellos debía ser palpable, solamente frenado por la disciplina rígida que sabía imponer el jefe superior de la División.

Sally se dedicó a conversar con su novio, en voz baja, seguramente de cosas amorosas. Ambos se contemplaban largamente, olvidados del mundo y sus amarguras. Patricia esperó pacientemente una oportunidad para hablar con Ernest. Tenía que decirle algo. Preguntarle algo, por si podía darle una respuesta muy interesante. Así, cogió una revista de la mesita y se puso a hacer que leía. Sus pensamientos giraban vertiginosamente en torno a la forma de saber quién era aquel Tony Franze, que robaba los documentos en el Pentágono y se los enviaba a su marido. Aquello era aún más interesante que lo de las drogas. Era la defensa nacional, que estaba en peligro.

Un rato después, Douglas fue a arreglarse al cuarto de baño, para después partir para la División. Y Sally, llegada también la hora de marcharse, fue también a cambiarse de ropa. Saldría con Ernest de paseo, hasta las seis, en que él debía ir a la División.

Quedaron solos Patricia y Ernest. Ella le ofreció un cigarrillo, tomado de un estuche de la mesita. Le sonrió afablemente y él la correspondió.

—Le veo triste, Ernest. No lo niegue —dijo ella suavemente, encendiendo el suyo—. No está contento, no sé por qué. Tal vez eso de los estudiantes, ¿no?

—No es para sentirse muy optimista, Patricia —replicó diplomáticamente él—. Es lamentable que eso suceda pese a nuestra

vigilancia. Y más lamentable aún el que no... podamos dar con los autores de esas tropelías. No se trata de pescar a los revendedores, sino a las cabezas dirigentes. Espero que al fin lo logremos — terminó sonriendo fríamente.

—Tengo la impresión, Ernest, de que usted no se encuentra a gusto en la División, en Chicago —aventuró ella, acentuando la afabilidad de su tono de voz, hasta hacerla confidencial—. Su modo de ser, el de la juventud, se ve como frenado, cohibido por la frialdad, la cachaza de Douglas... Usted haría cosas seguramente muy diferentes a las que Douglas les ordena, ¿no? Más ímpetu, más audacia, y todo eso...

—Bueno, Sally es una chismosa, Patricia —contestó Ernest, sonriendo mientras se ponía colorado su rostro—. Algo hay de eso, en efecto, pero quizá el jefe tenga más razón que yo. Por lo menos, tiene mucha más experiencia.

—Yo me marcharía, de no estar contento, francamente —dijo Patricia en tono resuelto, mirándole fijamente—. Un porvenir no puede hipotecarse ni quedar como en suspenso porque haya quien nos lo intente desviar o refrenar su marcha. Me iría a Washington, por ejemplo. Creo que los agentes especiales que están en el Pentágono tienen un trabajo magnífico, de lucimiento. Contra el espionaje... ¿No le agradaría eso?

—Sí, desde luego. Pero si he de separarme de Sally, la verdad — hizo un gesto Ernest de disgusto—, prefiero esto.

—¡Cobardón! ¿Tiene más que casarse y llevársela? ¿Cuántos agentes del

F. B. I.

hay en el Pentágono? Creo que Douglas me habló de uno, un tal...

—Cerró los ojos, haciendo memoria—, un tal Franze, Tony Franze, me parece...

—No. Franze no es del

F. B. I.

—aclaró Ernest—. Ése pertenece al Servicio Militar de Contraespionaje.

—¿Le conoce usted? ¿No resultará que se suscitarán rivalidades entre los del

F. B. I.

y los de ese servicio? —inquirió Patricia, sintiendo una gran alegría

por las noticias que el bueno de Ernest le estaba dando. Y dio gracias a Dios porque aquel Franze no perteneciese al

F. B. I.

—No le conozco. Pero mis camaradas del

F. B. I.

en el Pentágono me han hablado de él como hombre de absoluta confianza. Tenemos allí cuatro agentes especiales y un inspector. Desde luego, están estupendamente —terminó con un gesto de desaliento.

—Piénselo bien, Ernest. Tal vez yo podría ayudarle, hablando a Douglas. Comprendo que con el carácter de mi marido no es fácil... acomodarse los jóvenes como usted. Él lo sentiría, porque le aprecia, pero es razonable, justo, y comprendería sus motivos. En fin, ya me dirá lo que piensen Sally y usted, ¿eh?

Sally estaba ya arreglada, con un vestido otoñal, sobre el que había puesto una capelina de piel de visón. Besó a Patricia y partieron ambos alegremente. Volvió ella a sus preocupaciones. De manera que los agentes del

F. B. I.

destacados en el Pentágono creían que aquel Franze era de absoluta confianza, ¿eh? ¡Pues estaban frescos! Lo que seguramente pasaba era que, vestido como estaba aquel tipo con la «coraza» de agente del Servicio Militar de Contraespionaje, nadie osaría pensar que pudiese ser un pícaro traidor. La confianza por el cargo, no por lo que inspirara la persona. Este error es muy corriente, desgraciadamente, y de él se han derivado siempre grandes calamidades. Franze podría husmear en todas partes por su cargo, y hacer lo que hacía sin inspirar sospechas de nadie. Estaba para vigilar a todos, no para ser él el vigilado. ¡Granuja! Y los del

F. B. I.

durmiendo la siesta al saber que nada podría ocurrir donde todo estaba vigilado, sin nadie que lo hiciese a conciencia.

Douglas, con su cara de hombre ocupado, y realmente lo estaba, el muy... canalla, entró en el gabinete a despedirse de su esposa.

—Esta noche tengo guardia, querida. Si te despiertas, piensa en tu maridito —dijo en tono melifluido, besándola en la frente.

—Pensaré en ti, amor mío —repuso ella en tono festivo, devolviéndole el beso. Le miró intensamente y sintió que sus ojos se

llenaban de lágrimas.

Le parecía imposible, monstruoso, que aquel hombre a quién creía conocer tan a fondo, con todas sus virtudes y defectos, pocos meses antes, la hubiese engañado de aquella forma catastrófica, inconcebible. Tan imposible le parecía, que todavía le amaba ciegamente, negándose todo su ser a admitir la espantosa realidad. Allí estaba, con su cara de bueno, de alemán pacífico, tan casero, tan familiar, tan cachazudo... Con su aparente manera de ser, que era la que había hecho que lo adorase, creyéndole honradote, simple, todo franqueza, llaneza...

—Hasta mañana, encanto. No debes llorar por eso, ¿eh? —advirtió él sonriendo al verla con los ojos húmedos—. Aún no te has acostumbrado, pobrecita, a que un par de noches a la semana no estés al lado de tu maridito... Yo también te echo de menos, pero que nunca sea peor que esto, ¿no te parece?

—Desde luego. Que jamás haya nada peor que esto —afirmó ella en un tono conmovido. Y de nuevo sintió deseos terribles de hacerle sentar y, cara a cara, decirle que lo sabía todo y que era preciso que una regeneración absoluta, radical, se verificase en él, si realmente la amaba. Describirle el horror de la situación en que iba a verse envuelto si seguía así. Que esto era fatalmente posible, aunque él creyese lo contrario.

Cuando abrió los ojos, vio que Douglas salía del gabinete con su paso lento, pesado, medido, rechinando las suelas de sus zapatos sobre el encerado «*parquet*». Le dejaba marchar porque sabía que era ya imposible hacerle razonar, volverle a la realidad de su situación. Douglas estaba lanzado, proyectado hacia el abismo, y nadie puede coger al vuelo a un hombre que cae vertiginosamente a un despeñadero.

Quedó sola, Pearl estaba en la cocina, fregando, limpiando. A las seis se marcharía a su casa, y entonces ella se quedaría más sola aún.

Fue a su alcoba y se echó en la cama, intentando dormir un poco, olvidar todo aquello que embargaba y martirizaba su mente, sus sentimientos más íntimos. Quizá hubiese sido mejor para ella no saber lo que era Douglas, lo que hacía y el peligro inmenso en que estaba envuelto. No podía hacer nada por él, y esto era lo más tremendo. Poder salvarle, pese a su deseo; sacarle de su error,

liberarle de la infamia y la deshonra, quizá de la muerte ignominiosa, tras la degradación, el proceso, la cárcel... Pero Douglas no podía ser salvado, porque él jamás lo toleraría. Si ella intentare hacerlo, hasta habría que admitir la posibilidad de que él la eliminase...

No había nada de exageración en tal supuesto, no. El carácter de Douglas era firme, como compacto, como su cabeza germánica, rasa por detrás, que le daba la forma de un bloque. Sus determinaciones eran irreducibles, como brotadas de una mente obtusa en cierto modo. Nada de reflexionar sobre una actitud ya tomada. Imposible hacerle reconocer un error, un dislate, por diminuto que fuese. El «lo había pensado bien» y no había que discutir lo que había madurado atentamente.

Consiguió dormir un buen rato, abrumada, rendida de tanto pensar angustiadamente. El dolor también necesitaba descanso para volver a imperar con nuevos bríos.

A las seis se marchó Pearl. Y, entonces, cogiendo las llaves de la mesa del despacho de Douglas fue allí y se dedicó a seguir registrando aquellos cajones. Lo hizo aprisa, pero inteligentemente, hojeando simplemente los papeles, muchos de ellos cartas antiguas, sin interés. Buscó la agenda con tapas de piel y vio una larga lista de cantidades, con fechas que se remontaban a seis meses antes. Eran las cantidades, indudablemente, que percibía de Adamowsky y las fechas de percibo. Total

33 000

dólares. Y tenía quince mil en aquella cartera. Sus cálculos eran casi exactos cuando por la mañana vio el dinero. Aquella Rachel le estaba explotando bien... Si pudiera saber quién era aquella mujer... Seguramente alguna de esas que suelen ser «ganchos» en las bandas de «gángsters». Una mujer «fatal», una «atrapa bobos», en cuyas redes cayó el simplón de Douglas. Ella sería la que, con sus supuestos encantos, le haría ingresar en aquellos sucios negocios, estando en la sombra Adamowsky. Quizá hoy le fuera imposible a Douglas volverse atrás, aunque se le hiciera reconocer su gran error. Chantaje, amenazas, perversión en ella... Ya lo dijo Adamowsky. Si él lo pasaba mal, le arrastraría en su caída. Y no sería vana su amenaza.

En el último cajón de la derecha halló un sobre grande, abierto,

rasgado, con sellos de correos matados por la oficina de Washington. Lo cogió mientras su corazón palpitaba aceleradamente. Tenía la dirección de Douglas, pero no la persona que lo remitía. Escrito a máquina.

Sacó el contenido. Un ferropusiano con un plano de gran tamaño, bien doblado. Lo desdobló y leyó en la cabecera; «Dispositivo de “radar” para tiro en piezas de 10,5 antiaéreas, para el Ejército de Tierra».

Lo soltó, como si sus manos hubiesen tomado contacto con una víbora furiosa. Lívida, lo contempló con los ojos terriblemente abiertos, llenos de espanto.

Una prueba más... Allí estaba un plano de arma secreta, hurtado de los archivos del Pentágono por Tony Franze y remitido a Douglas. Sí, ya lo había dicho el día anterior él, que recibiría algo de aquello, a Adamowsky. Allí estaba. Para ser entregado al polaco americano cuando fuese por él. Unos miles de dólares más y otra traición a agregar a su conciencia.

No tenía nada más el sobre. Era bastante. Lo metió y quedó con él en la mano, sollozando de angustia, de rabia, de humillación... Porque era el caso que no sabía qué hacer con aquel plano. Si Douglas lo había guardado allí, ¿cómo quitárselo, Dios Santo? Sería elemental en él, aunque no fuese muy inteligente, suponer que alguien de la casa lo hurtó. Y de allí a desconfiar de ella, de Sally, de Pearl, había un paso. Podía burlársele aquella vez, arrebatándole aquel plano, pero en adelante él tomaría sus precauciones y jamás guardaría en su mesa nada de interés. Quizá llegase, incluso, a no decir nada cuando notase la falta aquélla. Pero sus sospechas gravitarían sobre ella y los demás, además de alarmarse terriblemente al verse descubierto. ¿Y quién sabía lo que su desesperación y rabia podían impulsarle a hacer, en tal caso? ¿No peligrarían las vidas de todos ellos? ¿No se lo diría a Adamowsky, y éste no «eliminaría» a todos ellos con paciencia y astucia?

No saber qué hacer con aquel plano, que significaba una negra traición, una formidable acusación contra Douglas... No querer denunciarle, ni aun a la vista de aquella prueba más de su infamia... Convertirse en cómplice suyo, todo por un amor insensato ya, desquiciado, culpable...

Pateó el suelo, frenética, queriendo hallar la solución a aquel

problema de quitarle el plano sin que él lo echase de menos. Tal vez cambiándolo por otro, en el que los datos estuviesen trocados, tergiversados, convirtiéndolo en inútil...

Lanzó un grito de alegría. Su mentalidad irlandesa funcionaba maravillosamente. Y luego diría Doug que ella era torpe, tonta...

Cerró rápidamente los cajones, dejando el sobre la mesa. Con él, fue a su alcoba. Se vistió a toda prisa, monologando, jadeando. Cuando estuvo arreglada para salir a la calle, volvió al despacho. Miró la guía telefónica. En profesiones. Delineantes...

Allí había uno que vivía cerca. Richard Shepley, Cabrini Street, 135.

Bajó a la calle y tomó un «taxi», dándole la dirección. Llevaba el sobre con el plano. Era cosa de hacer aquello con gran urgencia, aunque Douglas no volvería hasta la mañana siguiente a las nueve.

En el piso octavo de una casa moderna vivía el delineante Shepley. Era un hombre de unos cincuenta años, de rostro afable, muy grueso, que llevaba una blusa blanca como la de un cirujano.

—Desearía que me hiciese una copia de este plano en papel-tela y que sacase después un ferropusiat como éste. Mi marido es ingeniero y lo necesita para sacar la patente —dijo al hombre, que la invitó a pasar a su despacho.

Shepley lo examinó y dijo:

—No hay inconveniente. ¿Copiarlo solamente, tal como está?

—No. Olvidé decirle que de este plano hay que suprimir ciertas cosas, que son modificaciones en el aparato. Yo sé las indicaré. ¿Entiende usted algo de «radar»?

—Ni palabra. Veamos lo que hay que suprimir. ¿Por qué no ha venido su marido a indicarlo? Esto va a escala y decirlo así, de palabra...

—Yo entiendo de esto, no se preocupe —contestó Patricia con gran sangre fría—. Usted dará los cortes por dónde yo le diga, haciendo las uniones de las conexiones como le indique.

El delineante, conforme, colocó el ferropusiat sobre un tablero y éste a su vez en la mesa inclinada de trabajo.

—Ponga el papel-tela encima y copie, excepto por aquí y por aquí —el dedo de Patricia señaló dos partes del dibujo—. Quiero que copie también el tipo de letra y todo, ¿eh? Mi marido tiene una bonita letra.

El delineante hizo un gesto como si quisiese decir: «Allá tú, pero me parece que va a salir un crucigrama en vez de lo que quieres».

—¿Cuánto tardará en sacar la copia y luego el ferroprusiato? —inquirió Patricia—. He de llevarlo al avión de Washington de las... ocho y media.

Shepley miró la hora en su reloj de pulsera. Eran las siete menos veinticinco.

—Antes estará. Vamos, dígame lo que he de copiar y lo que hemos de dejar sin tocar.

—Copie la parte de arriba íntegramente. Cuando llegue a la mitad, le indicaré las supresiones.

El delineante ofreció un cigarrillo a Patricia, encendiendo él otro, y ambos, inclinados sobre la mesa fueron trabajando en aquella tarea de hacer indecifrabable el dibujo. Patricia iba diciendo con voz serena, de entendida:

—Este condensador va suprimido por el transformador de baja... ¡No lo ponga! Haga la conexión con una paralela hasta ahí —señalando con el dedo—. Y una la otra conexión por esta diagonal al... —sonrió maliciosamente—, a la resistencia en baja. Siga ahora como está hasta el final. Se trataba de suprimir un paso de... amplificación, eso es.

El delineante obedeció sumisamente lo que le dijera Patricia. El dibujo era casi el mismo, pero convertido en un jeroglífico egipcio o cosa así.

—Voy a sacar el ferroprusiato. ¿No saco más que una copia?

—Nada más. Me quedo con el original de papel-tela. Dese prisa, por favor.

Patricia lanzó un suspiro de satisfacción. El golpe estaba dado. Pondría aquel ferroprusiato del jeroglífico en lugar del auténtico. Claro es que un técnico que lo examinase se quedaría atónito, sin comprender nada, pero como Douglas no entendía de aquello, ni posiblemente Adamowsky, no era de temer que ellos notasen el cambio. Cuando la persona competente que lo había de examinar lo hiciese, el jaleo sería formidable, pero entonces las culpas se repartirían entre los tres granujas: Franze, Adamowsky y Douglas. Y ya habría pasado cierto tiempo. El caso era que cuando lo cogiese Adamowsky no notase el cambio.

El delineante volvió al cabo de más de media hora con la copia

al ferroprusiato y el original de papel-tela. Ella había cogido ya la copia original.

—Listo, señora. Al mismo tamaño que el otro. ¿Conformes? Pues diez dólares y servidor de usted —dijo sencillamente.

Pagó sin regatear Patricia, aunque bien sabía que por hacer un simple calco y sacar el «ferro» era un precio excesivo. Guardó todo en el sobre y salió a la calle, tomando otro «taxi».

Penetró en su casa nerviosamente. No había nadie, por fortuna para ella. En el mismo cajón dejó el falso ferroprusiato, el jeroglífico, y volvió a cerrar. Entonces sintió como un vahído, producido por la emoción y la angustia. Había parado un terrible golpe asestado a la defensa nacional. Y el mismo golpe lo devolvía a Douglas y sus compinches, que lo acusarían cuando fuese.

Fue a su alcoba y buscó un sitio donde esconder el plano auténtico. Un buen escondite habría de ser. Aunque Douglas no andaba nunca en el armario de ella, si lo hacía Sally, que a veces hasta se ponía sus vestidos y sombreros o zapatos, con aquélla su frescura habitual. Y el meterse en explicaciones con Sally, si lo encontraba, era como comparecer ante el Fiscal del Distrito, o quizá peor, en un interrogatorio por doble homicidio.

En el fondo de una sombrerera, como viejos sombreros, lo guardó, colocando todo encima. Y la sombrerera, bien atada, la colocó en el fondo del armario.

Agitadamente, fue después al despacho y marcó el número de conferencias Interurbanas, dando el número del teléfono de su tía Cordelia, en Washington a la telefonista.

Sentada ante la mesa, esperó los diez minutos que tardaron en ponerla con Washington. Una voz gangosa, irlandesa cien por cien, preguntó quién llamaba.

—Soy Patricia, tía Cordelia. ¿Y tú reuma? —exclamó Patricia, sonriendo.

Hola, hola, querida. Regular nada más. ¿Y todos vosotros? ¿Y ese tonto de Doug? Ya me he enterado por la radio de lo de esos chicos de la Universidad de Illinois. Siempre dije que Doug es bueno para agente, y nada más. Demasiado bueno, parado...

—Sí, sí... —afirmó con sorna Patricia—. Exacto, tía. Oye, quiero pedirte un favor. Ando un poco... distanciada con Doug. No es nada de particular, de veras, pero creo que me conviene cambiar de aires

durante dos o tres días.

—Pues ya sabes, hija. ¡Vente aquí! Ese tonto de Doug, que no sabe lo que tiene por mujer...

—Desde luego, quiero ir ahí. Pero si le digo a Doug que me marchó, la cosa se va a agriar, ¿comprendes? Lo que quiero es que me pongas un telegrama diciendo que te encuentras peor y que vaya... pasado mañana, ¿eh?

—¡Menuda lagarta estás tú, pequeña! Irlandesa, al fin y al cabo... —murmuró tía Cordelia en tono socarrón—. Bueno, eso haré. El telegrama lo tendrás mañana. ¿Hasta pasado mañana, entonces?

—Hasta pasado mañana, encanto. Sí hubiese contraorden, te lo diré.

Colgó el aparato. Ya tenía motivo para ir a Washington, al lado de tía Cordelia, con un designio muy diferente, claro es. Aquel Tony Franze debía de cesar en sus traidoras maquinaciones.



CHICOS Y MAYORES

VEN Y LEEN
AVENTURAS DEL F. B. I.

V



Sally, siempre sofocada, charlando por los codos, metiéndose con el F. B. I.,

las nueve y media llegó menos con uno de sus agentes especiales, Ernest, y augurando una limpieza total en la división de Chicago, donde todos, menos su novio, estaban cruzados de brazos, viendo lo que pasaba con el inicuo contrabando de drogas.

Patricia la escuchaba pacientemente. Como a su hermana, la sangre también hervía en sus venas, y en ella con mayor motivo, pero no quería despotricar, imitando a Sally.

—Mi compañero Wilde va esta misma noche a dar con el limpiabotas que vendió las drogas a esos estudiantes —agregó Sally, ya sentadas a la mesa, cenando ambas—. Ése sí que vale... No es como los del

F. B. I.,

que como ya son funcionarios del Estado y tienen la paga segura y mil bicocas más, dicen que exponga el pellejo el diablo, por ejemplo, Wilde, no; ése tiene que buscar asuntos para sus reportajes, que se los pagan miserablemente. Y si no los hace, no come. Aguza el ingenio, se mueve, busca...

—¿Te habló Ernest de cierta indicación que le hice antes, sobre un traslado a Washington, agregado a la plantilla del Pentágono? —dijo Patricia, por hacerla variar a su hermana de conversación. También por el temor creciente que sentía respecto al peligro de muerte que pudiera correr aquél estupendo muchacho. Recordaba la amenaza de Adamowsky de suprimirle si se metía en sus asuntos.

—Sí; me lo dijo. Por mí no hay inconveniente. Con eso nos casaríamos antes —contestó, lanzando un suspiro patético Sally—. Pero me apenaría separarme de ti, hermana. Tienes un marido que parece un fantasma. Si está en casa, no lo parece. Si está fuera de aquí, tampoco da razón de existir...

—Deja en paz a Doug, oye —murmuró Patricia secamente—. Hablábamos de la proposición que hice a Ernest. Yo puedo, me parece, influir sobre Doug para que cuando tu novio lo solicite, sea apoyado. ¿Os conviene?

—No hemos llegado a una conclusión. Lo hablaré con él con más detalle. Hay que ver antes si en el Pentágono podría haber un hueco para él, y en qué condiciones. También podría quedar adscrito a la Central del

F. B. I.

Le he dicho que al lado de tu querido marido se morirá de asco y jamás ascenderá por méritos, porque aquí nunca pasa nada, y si pasa, Doug lo echa tierra...

—¡Sally, eres una estúpida charlatana que no sabes lo que dices! —exclamó indignadamente Patricia, lanzando una mirada de enfado a su hermana—. ¿Sabes lo que has dicho? ¿Qué es eso de que Doug echa tierra a qué o sobre qué?

—¡Lo dicen en mi periódico, lo dicen todos, y es verdad! —gritó bravamente la muchacha, dando con la cuchara sobre la mesa, echando chispas sus ojos inmensos, azules—. ¡Y Wilde se propone sacar al patio la conducta de tu maridito para que se airee! Será porque es idiota... o porque es demasiado listo, con toda su cara de

atontado alemán.

—Que lo hagan —contestó fríamente Patricia, doblando su servilleta y levantándose airadamente de la mesa—. Que lo hagan, pero que no difamen antes de tener pruebas de que Doug es un granuja o un tonto. Todavía un tonto... un buenazo, pase. Pero tú no debes alentar esas murmuraciones, ¿entiendes? ¿Qué dice a eso Ernest? Porque tú le habrás parloteado todo eso, claro...

—Ernest calla. Es ridículamente reservado. Siempre sonrío, como un bobo, y me besa, diciéndome que me ocupe de quererle más y más. Acabará por ser tan apático como Doug, y entonces no seré yo la que se case con él. ¡Si tuviera sangre irlandesa, pardiez!

Rieron ambas hermanas, cuyas disputas siempre terminaban de igual manera, aunque al comienzo de ellas pareciese que fuesen a pelearse a brazo partido.

—Me voy a la cama —dijo Sally, después de fumar un cigarrillo en el gabinete con su hermana. He llevado un día fastidioso y estoy deseando dormir, olvidar.

Yo voy a salir. Me dijeron por teléfono los Humber que si quería ir a su casa a jugar unas partidas de póker. Como no está Doug, puedo permitirme esa distracción.

—Los Humber son ingleses y no sé cómo los puedes tragar, hermana —dijo Sally, haciendo un gesto de asco—. Tienes que dejarte ganar, porque si no te dicen con mucha diplomacia que has hecho trampas, o cosa parecida. Bien, que te diviertas —la besó y fue hacia su alcoba, bostezando ruidosamente.

Patricia sonrió. Claro es que no iba a casa de los Humber a jugar, ni a nada. Pero puso aquel pretexto precisamente porque sí hubiese dicho que iba al cine o al teatro, tal vez su hermana hubiera querido acompañarla, pese al sueño que dijo tenía. Y ella quería ir sola... a Glencoe, a aquella playa donde iba a realizarse el alijo de drogas. Quería cerciorarse de si la Policía Metropolitana había tomado en consideración su denuncia anónima. No podría esperar, metida en la cama, sin dormir, hasta la mañana siguiente para saberlo por los periódicos, si es que lo daban, que a veces se lo reservaban hasta tender bien las redes o para no facilitar datos que favoreciesen a los malhechores.

A las diez y media telefoneó al garaje donde se guardaba el coche de Doug, cerca del domicilio de Petz, y pidió que se lo

dejasen en la puerta pasados quince minutos. En tanto, se vistió. Fue después al despacho de Doug y abrió el cajón donde tenía las armas. Cogió el pequeño

«Smith & Wesson»

y una caja de proyectiles, cargándolo. Lo examinó después, pensativa. Hubo de pensar cómo las circunstancias la iban precipitando, a velocidad cada vez más vertiginosa, en aquella serie de actos de acentuada gravedad, cuyo final no era previsible. Estaba haciendo las cosas de forma que Doug quedase, personalmente, fuera de la lucha entablada. No podía admitir que su deber fuese denunciarlo, aunque reconocía que esto fue lo primero que debió hacer. Doug era la cabeza principal de toda aquella serie de infamias que se estaban cometiendo. Gracias a su traición, Adamowsky podía comerciar con las drogas. Por él, aquel granuja de Franze robaba planos en el Pentágono. Él era el mediador y el apoyo de Adamowsky y de Franze. Inutilizado Douglas, todo se vendría abajo y los otros irían a la cárcel y quizá a la silla eléctrica.

El teléfono de la portería, comunicándola que el coche estaba esperando ya, la sacó de sus pensamientos agobiantes. Guardó el revólver en el bolso de piel, con las balas, y salió del piso.

El chófer del garaje se marchó después de recibir la propina de Patricia, sentándose ésta al volante del flamante «Buick» de su marido. Y partió rumbo al Norte, hacia Park Ridge para coger la ruta Cuarenta y Dos, por la costa del lago Michigan, a una velocidad moderada en el casco urbano. Una vez en la gran carretera de cuatro andenes, pisó el acelerador casi a fondo, pasando por Evaston, Willemette, Kenilworth, Winotka. La siguiente sería Glencoe, a 28 millas de Chicago.

Ya desde Kenilworth pudo ver en la carretera algunos motoristas de la Metropolitana, que parecían ejercer una vigilancia habitual, dado el gran tráfico que había hasta las once o poco más de la noche. Y en Winotka, tras el Kursaal, un edificio majestuoso, vio dos autocares de la Policía. Aquello la hizo estremecerse. El que los motoristas deambulasen por la carretera a velocidad moderada no tenía nada de particular. Pero aquellos autocares significaban una movilización desacostumbrada para aquellos sitios.

Media milla antes de llegar a Glencoe frenó el coche, después de internarlo en un bosquecillo de plátanos, a un centenar de yardas de

la carretera. Se bajó y siguiendo por el bosquecillo, distante de la playa doscientas yardas, se alejó un poco. Entre la carretera y la playa, desierta, había un andén herboso, con flores y arbustos. Aquello estaba desierto, al parecer.

No viendo vigilancia, volvió al coche. La Policía estaría al norte de Glencoe, como ella indicó, en la gran playa, recta hasta Lake Forest, en que torcía levemente, haciendo calas.

Pasó por Glencoe a velocidad muy reducida, mirando atentamente a su alrededor. No se veía ni un policía en la calle principal, silenciosa. Glencoe es casi una ciudad de estudiantes, ya que había allí numerosas escuelas públicas, de gran renombre en el Estado.

Dio vista a la gran playa, al norte del pueblo. La noche era clara, aunque aún sin luna. Las estrellas titilaban en un cielo despejado, y solamente por el lado del lago había como una bruma azulada.

Detrás de la cerca de una villa, rodeada de un jardín espacioso, dejó el «Buick». Miró la hora en su reloj de pulsera. Eran las once y veinte ya. Desde las once podía ocurrir «aquello». Hasta las tres, según indicara Adamowsky a Douglas.

Se sentó sobre la hierba, casi pegada a la tapia de aquella finca, teniendo delante, tras la carretera y el andén de paseo, con su zona verde, la blanca arena de la playa, la inmensidad del lago Michigan. Muy lejos, brillaban algunas movedizas lucecitas rojas, verdes, blancas. Debían ser *«ferrys»* o yates, embarcaciones de recreo. Tal vez alguna de ellas fuese la gasolinera contrabandista.

Pasaban cada vez menos coches por la gran carretera, iluminando con la blanca luz de sus faros, durante unos segundos, la negra cinta de asfalto. Los postes con los focos, cada cincuenta yardas, esparcían su blanca luz, haciendo parecer un canal de negras aguas, quietas, la pista.

Patricia esperaba pacientemente, muy abiertos los ojos, que pasase algo. El que una luz avanzase hasta la playa desierta. Que fuese la gasolinera contrabandista, y de ella bajasen unos hombres portando unos misteriosos paquetes. Tal vez, otros hombres, escondidos en tierra; les ayudasen a transportar la carga hasta unos coches. Todo en silencio, sin testigos... si la Metropolitana no intervenía. Si esto llegaba a suceder, una pequeña catástrofe sucedería después. Miles de morfinómanos recibirían nuevas dosis

para alimentar su vicio horrendo. Y Douglas recibiría el precio a su traición.

Las doce. Seguía sentada, espiando la playa, que podía ver en una gran longitud. Y el lago, por el que apenas si algún barco pasaba. El tráfico se había hecho también raro. Una gran quietud reinaba por doquier. El silencio era casi absoluto. Solamente se alteraba cuando un coche pasaba por la pista velozmente, roncando el motor y el ruido de las ruedas frotando sobre el asfalto velozmente. En algún jardín de los alrededores, un ruiseñor dejaba oír su canto.

Aquella espera la estaba adormeciendo. Eran las doce y media ya, y seguía el silencio, la quietud. En todas las villas y hoteles se habían apagado ya las luces. Hacía gran rato que no pasaba ningún coche. Hacía frío, un frío húmedo, que venía del lago. La luna comenzó a aparecer por encima de las aguas, dándolas un colorido maravilloso, como si fuesen de plata fundida.

La una. Se levantó para evitar el quedarse anquilosada, helada. Se subió el cuello del abrigo de paño, metiendo las manos dentro del pecho. Y sobre la hierba húmeda, brillante de rocío, comenzó a pasear dando fuertes taconazos para restablecer la circulación de la sangre.

Contemplando la playa, vio de repente elevarse sobre las aguas una bengala roja, que se elevó majestuosa a gran altura, brotando después de ella como un haz de chispas también rojas.

Eran ellos, los contrabandistas. Se estremeció y arremió a la tapia de aquel jardín, atentos sus sentidos a lo que iba a pasar.

Unos bultos negros, salidos de no sabía dónde, comenzaron a caminar por la playa, cerca de donde rompían las débiles olas. Eran seis o siete. Y otra bengala, disparada por aquellos hombres, se elevó raudamente hacia el cielo. Era de color rojo también. Avisaban, supuso ella, que podía acercarse la lancha, aún invisible porque llevaría las luces apagadas.

¿Y los de la Metropolitana? ¿Estarían también escondidos, al acecho, como lo estuvieron los «gángsters»? Era raro que hubiesen podido escapar a la vigilancia de aquellos malhechores, que seguramente llevarían allí desde muchas horas antes, vigilando el lugar para evitar emboscadas. Bien es verdad que como Douglas se había comprometido a alejar de allí a sus hombres...

El ruido apagado de un motor de gasolinera llegó a los oídos de Patricia. Marchaba muy despacio, y después de unos minutos llegó a divisar la embarcación, que se acercaba rectamente a la playa, sin luces. Los hombres se habían agrupado en determinado sitio de la playa, y uno de ellos agitaba los brazos.

Patricia, todo ojos, temblorosa de emoción. Si no la hubieran hecho caso los de la Metropolitana... Si aquellos bandidos descargasen su odiosa carga en la mayor impunidad... ¿Sería posible tanta estupidez por parte de la Policía, tanto empacho de legalismo al no dar crédito a una denuncia anónima, cierto, pero tan fácil de comprobar?

La lancha estaba encallando en la arena de la playa, inclinándose un poco de un costado. Los hombres, subidos los pantalones hasta los muslos, sujetaban ya algunos bultos y se los echaban sobre los hombros. Los tripulantes de la embarcación se los entregaban. La descarga comenzaba.

Patricia dio un tremendo respingo de pánico, de sorpresa y también de inmensa alegría. Fue como una escena de «film» policíaco, saturada de efectismo y espectacularidad. No se dio bien cuenta de ello, pero lo cierto es que de las tapias de los jardines de las residencias comenzaron a saltar hombres armados de rifles y ametralladoras de mano, después que un agudo silbido hendió la quieta atmósfera. Eran hombres uniformados, altos, fuertes. Varios de ellos salieron de detrás de la misma tapia donde ella estaba, pero por el lado de la carretera.

Lanzó un ahogado grito de alegría, levantándose y corriendo hacia la esquina, para no perder detalle de aquella escena, que ella había montado. Eran los de la Metropolitana... La habían hecho caso y ahora comprobarían que no les engañó. ¡Duro con ellos!

Más de veinte agentes bajaron a la playa, corriendo con todas sus fuerzas y estableciendo un cerco o anillo sobre la lancha y los hombres. Quedaron detenidos como a cien yardas de los contrabandistas, tendidos sobre la arena, espaciados para no ser blanco de los disparos de los sorprendidos «gángsters».

—¡Avancen con los brazos en alto! —gritó una voz tonante de entre los agentes—. ¡Pronto, o disparamos!

Apareció de entre la ligera bruma, sobre las aguas, una, dos embarcaciones a motor, que lanzaron los haces de sus proyectiles

sobre la gasolinera contrabandista, aún medio acostada sobre la playa.

Patricia esperaba, trémula de ansiedad, lo que iba a pasar. Si había lucha y cayese algún agente muerto... Una muerte que caería sobre la cabeza, de Douglas, el canalla, el traidor.

Hubo lucha, como suponía. Los «gángsters» rara vez se rinden si ven una pequeña probabilidad de escapar. Y creían que, embarcándose en la lancha, hallarían la salvación, lanzándose a toda velocidad por entre las aguas del tranquilo lago. Todos sus esfuerzos, sin hacer caso de la intimación de los agentes de tierra, fueron encaminados a embarcarse a toda prisa, desatracando la embarcación. Dos o tres, desde a bordo, abrieron el fuego sobre los agentes de la playa, que corrían hacia ellos.

Lo que siguió después lo juzgó Patricia espantoso, aterrador. Pegada a la tapia, lo vio claramente, a la luz lívida de la luna llena. Nunca pudo suponer que las fuerzas de la Ley pudiesen actuar con aquella firmeza y contundencia, exceptuando al famoso F. B. I.

De las dos embarcaciones de la Policía embarcada, una rama de la Metropolitana, brotaron haces de llamas con rapidísimas intermitencias. Cuatro ametralladoras pesadas, montadas sobre cubierta, comenzaron a tronar, llenando de ecos el quieto espacio, minutos antes tan silencioso. Y los agentes de tierra, a su vez, unieron sus fuegos de rifle automático y ametralladora de mano a los de las dos lanchas de la Policía embarcada.

Un terrible clamoreo de pánico surgió cuando la gasolinera de los «gángsters» se incendió, convirtiéndose en una inmensa llama roja, que comenzó a ir a la deriva, arrojándose de ella los contrabandistas.

Cesó el fuego por parte de la Policía. Varios hombres llegaron a la playa, levantando prestamente los brazos al pisar la arena. Otros bultos negros iban nadando alocadamente, procurando huir, y sobre ellos cayó el fuego de los agentes embarcados.

La gasolinera ardiendo fue remolcada a tierra y varada. Otros agentes se llevaban ya a los «gángsters» que se entregaron. Varios coches de la Metropolitana llegaron, con una ambulancia, con muchas motocicletas. Todo se había organizado con una eficiencia absoluta, en el mayor misterio.

Patricia se retiró lentamente de allí. No creía que ningún agente hubiese caído. Fue una acción rápida, aplastante, definitiva.

Subió a su coche y partió velozmente hacia Chicago. Había triunfado ella, ella. Aquella carga de drogas estaba ardiendo. No llegaría a su destino, para alimentar el repugnante vicio de los degenerados, para aumentar su número. Adamowsky había perdido varios miles de dólares, y algunos hombres, que merecían aquel castigo, como lo merecía él. Y Douglas había sido vencido por su tonta, poco inteligente mujer, perdiendo también mucho dinero. Al día siguiente, aquel mismo día, ambos compinches se tirarían de los pelos, haciendo conjeturas sobre cómo pudo suceder aquella catástrofe, cuando todo estaba preparado para que saliese perfectamente, en la mayor impunidad.

Dejó el coche en el garaje y fue andando hasta su casa por las calles casi desiertas. Eran cerca de las dos de la madrugada, pero por el Loop no faltaba la vigilancia. Miró con cariño a los gigantones de la Policía Metropolitana, que paseaban lentamente, enfundados en sus recios capotes azules.

Al empujar la puerta del piso, la extrañó ver encendida la luz del «hall». Sintió pasos agitados de mujer. Era Sally, que, poniendo los brazos sobre las caderas, la miró severamente. Estaba en bata, con el pelo suelto y ojos soñolientos.

—Vaya, hermanita, que la echaste larga, ¿eh? —dijo en tono arisco—. Me desperté a la una y fui a tu alcoba. Claro, no estabas...

—No te apures. Ya sabes que jugando no se termina siempre cuando una quiere. Ganaba y no era cosa de dejarles cuando querían la revancha una y otra vez.

—¿Ganaste? Lo digo porque si fue así, deberías prestarme cincuenta dólares —murmuro la muchacha aduladoramente.

—Los tendrás. Bueno, querida, me voy a acostar. Tantas emociones... —Se ruborizó, sintiendo que había dicho una tontería.

Pero Sally no había prestado atención a sus últimas palabras. Iba hacia su alcoba bostezando. Sintió cómo cerraba la puerta. Y entonces fue al despacho de Douglas, abrió el cajón de las armas y dejó el

«Smith & Wesson»

con las balas.

Durmió muy bien el resto de la noche. No quiso pensar lo que

estarían declarando en aquellos momentos los «gángsters» capturados por la Policía. Generalmente, no sabían quién era el «boss» verdadero del «gang» al que pertenecían. Un jefe visible era el que ordenaba, y éste recibía las órdenes del verdadero. Y mucho menos sabrían que Douglas era «socio» del «boss».

A las nueve y media de la siguiente mañana llegó Douglas, después de la noche pasada en su oficina de la División, de guardia. Patricia le contempló, disimuladamente, el rostro. Sí, estaba muy preocupado. Doug no podía ocultar nunca cuándo lo estaba, pese a sus esfuerzos. Ella le conocía muy bien en este aspecto. Estaba muy preocupado, y quizá temeroso.

—¿Qué tal la noche, querido? ¿Pudiste dormir algo? —le preguntó ella mientras, sentada a su lado, ante la mesa de comedor, le veía desayunar.

—Regular —contestó él evasivamente, pretendiendo esbozar una sonrisa—. ¿Y tú?

—Muy bien, querido. Fui a echar unas partidas a casa de los Humber, tanto me porfiaban que fuera, que aproveché tu ausencia para ir. Gané un poco.

—Aún tardaré en acostarme —dijo él después de desayunar, encendiendo un cigarrillo, ya en el gabinete—. Tengo que recibir a ese Adamowsky, que vendrá a las once.

—Puedes dormir en tanto. Yo te llamaré. Sin moverte del sillón, ¿no te parece? —sugirió ella cariñosamente.

De manera que Adamowsky iba a llegar para hablarle, pensó Patricia esbozando una débil sonrisa. Claro, para comentar la derrota sufrida y sacar, si podían, alguna consecuencia sobre cómo pudo suceder aquel accidente.

Dejó a Douglas casi dormido, recostado en el sillón. Fue a la cocina para dar instrucciones a Pearl. Ésta tenía ya en la mano el diario matutino, que leía con gran interés.

—Vamos, señora Petz, que esta vez no ha sido el
F. B. I.

—dijo guiñando un ojo, sonriendo burlonamente—. Los «cops» han descubierto un alijo de drogas por la playa de Glencoe y han matado a cuatro malditos y prendido a otros siete. ¿No dicen que eso no es cosa de la Metropolitana? Les han tomado la delantera a los niños del

F. B. I.,

eso es lo que ha pasado.

—Perdone —dijo secamente Patricia, quitándola el periódico—. Bueno, para el almuerzo, Pearl, ponga... el «roastsbeef» con puré de patata, los huevos revueltos con tomate y la ensalada de frutas con nata. Tenga, dinero —y le entregó un billete de diez dólares.

Fue a su alcoba y comenzó a leer el diario ansiosamente. No era muy explícito, explicando solamente cómo la Policía, enterada de que en la playa al norte de Glencoe iba a desembarcar una lancha su mercancía de drogas, que ellos suponían era de bebidas, había llegado en el momento preciso para dar el alto a los «gángsters», que ofrecieron resistencia, muriendo cuatro malhechores y siendo detenidos siete. Y que se había dado el oportuno traslado del expediente al

F. B. I.,

a quién correspondía actuar.

Rió silenciosamente Patricia, aunque, no sin amargura. Se había burlado ella de la Metropolitana, impulsándola a la acción al creer que el contrabando era de bebidas (asunto de su competencia), y al ver que eran drogas, se lo trasladaban, seguramente que con mucha guasa, al asombrado

F. B. I.,

ignorante de todo...

Ahora comprendía perfectamente por qué Douglas tenía aquella cara de apabullado, de humillado... No solamente se había perdido aquel «negocio», con fatales consecuencias, sino que como inspector jefe de la División le habrían entregado los de la Metropolitana el asunto entre burlas y sonrisas de mal gusto; indicándole que mientras el

F. B. I.

sesteaba, ellos trabajaban por la renombrada entidad.

Nada decía el diario respecto a cómo la Metropolitana se enteró de que el alijo iba a verificarse. La Policía guardaba el secreto a sus confidentes, y ella lo había sido. Seguramente se lo estaban agradeciendo, como ya le indicó el que se puso al aparato en el Bureau of Confidences.

El teléfono, en el despacho, sonó reiteradamente. Douglas acudió rápidamente. Ella le siguió, escuchando lo que decía su

marido.

—Ponte tú —dijo a Patricia—. Es tu hermana.

—Oye —la voz de Sally demostraba alarma—. Es que Wilde ha desaparecido. Desde ayer por la mañana no ha aparecido por el periódico. En su casa tampoco. Dice el viejo que lo han asesinado seguramente. Díselo a Doug. Que lo busquen, por Dios... Como andaba husmeando tras el limpiabotas aquel de las drogas...

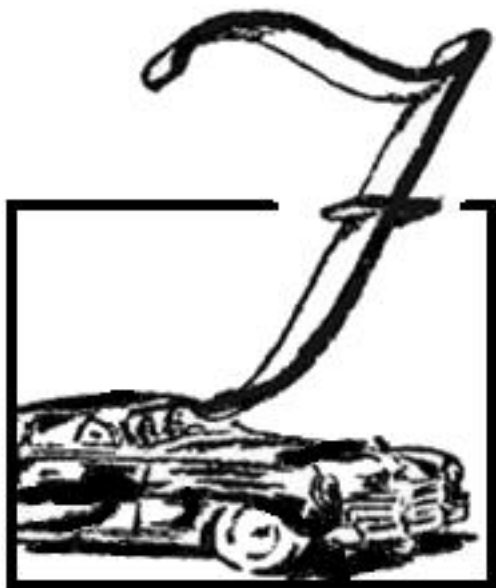
—No creo, mujer... —dijo débilmente Patricia mientras sus piernas se doblaban, acometida de una súbita angustia—. Se lo diré a Doug, descuida. Díselo también tú cuando vengas. Adiós, querida.

—Dice que Wilde, el reportero, lleva veinticuatro horas sin aparecer por el periódico ni por su casa. Están alarmados. Que indagues, si puedes —indicó a Douglas, que la miraba fijamente.

—Telefonaré a Mack. Esos reporteros se meten hasta el cuello en cosas que no les importan y cuando les pasa algo, aquí estamos para librarles de los peligros —rezongó el inspector, de mal talante.

Patricia salió del despacho lívida de horror. Era verdad que Wilde se había metido a husmear en aquel asunto de los estupefacientes. Y que estaba a punto de descubrir algo importante. No tenía duda alguna de que Adamowsky le había salido al paso, con la anuencia de Douglas. Un horrible crimen más sobre la conciencia de aquel hombre poderoso, cegado por el Diablo.

VI



BA tomando un cariz bastante más horrible de lo que ella creía aquella conducta de Doug, pensaba cuando se sentó en el gabinete, cerca del radiador de la calefacción. Hasta la fecha, que ella supiese, no había habido crímenes por el asunto de los estupefacientes, desde seis meses atrás. Es decir, que Douglas no se había manchado las manos de sangre, directa o indirectamente. Ya era bastante que recibiese un oro contaminado de infamia. Pero la desaparición del pobre Wilde... Ya Doug, cuando le atacaba Sally, la impulsiva y generosa, no dejó de expresar su disgusto por el hecho de que el reportero Wilde anduviese a la caza del limpiabotas que dio las drogas a los estudiantes, todo ello sin marchar de acuerdo con el

F. B. I.,

es decir, sin contar con su inspector jefe, que era él, Doug. Y como,

al parecer, Wilde estaba sobre la segura pista, pues... había sido eliminado. Sangre, sangre...

El timbre de la puerta sonó. Sintió ella cómo el mismo Douglas abría y hablaba quedamente con un hombre de ceceante acento. Era Adamowsky...

Se levantó precipitadamente y salió del gabinete, yendo por el pasillo hacia la cocina. Allí se puso a hablar con Pearl sobre la comida. Y oyó los pasos de Douglas, metódicos, pesados, haciendo rechinar el «*parquet*».

—Ha venido mi amigo —dijo mirando a su esposa distraídamente—. No me interrumpas, ¿eh? Vamos a ver si en las carreras del domingo sacamos algo.

—Bien, querido —contestó ella sonriendo—. ¿Podrías apuntarme alguna cantidad para mis gastos? Si siempre gana...

—Siempre, no. Pero casi siempre, sí. Te apuntaré cincuenta dólares —y se alejó él riendo.

«Has venido a ver si yo os vigilaba», pensó ella, frunciendo el ceño. Y cuando sintió que la puerta del despacho se cerraba, fue muy despacio, en puntillas, al gabinete. Apartó sigilosamente, un poco nada más, el bastidor del radiador y tiró del hilo telefónico con el auricular. Se sentó después, cerca del radiador, que esparcía un suave calor, y disimuló el hilo tras un almohadón. Si entrase Douglas, ella, con un simple movimiento podría esconder el pequeño auricular bajo el almohadón, así como el conductor. Se puso una novela en el regazo y, latándole el corazón fuertemente, apoyó el auricular en uno de sus oídos. Escuchó lo que hablaban en el inmediato despacho. El sonido llegaba con una potencia suficiente para no perder palabra. Aquel juguete era estupendo.

—... inesperado —decía Adamowsky con su voz fuerte, ceceante, aunque pretendía contenerla—. Yo no sé cómo ha podido ser.

—Por la torpeza de sus hombres, sin duda alguna. Se fueron de la lengua...

—No digas bobadas. Ellos no sabían que el
F. B. I.

se desentendía de la operación. Mi segundo, Kreml, no iba a decirles semejante cosa. Y Kreml tiene toda mi confianza, ¿sabe?

Patricia apuntó con un lapicero, en un papelito, el nombre de

Kreml, el segundo de Adamowsky.

—... por cierto que el pobre pasó lo suyo —seguía Adamowsky—. Pudo escapar de la encerrona de anoche y la pasó vagando por el bosque de alrededor de Glencoe. Pero en la madrugada, esos condenados de la Metropolitana, que también tienen aviones, enviaron uno a reconocer el bosque. Kreml, me lo ha contado, le vio pasar y repasar, en vuelo rasante, con la ametralladora en proa. Le vieron y durante varios minutos hubo de correr por entre la arboleda y los barrancos, huyendo de las ráfagas de ametralladora del avión. Cuando se retiró el aparato, regresó él también.

—Oiga, Dave —dijo Douglas, siempre quedamente—. Lo de Wilde se hizo, ¿verdad? Hace un momento me han dicho que ha desaparecido —rió de una forma que le hizo a Patricia estremecerse de repugnancia—, y mi cuñada me ha pedido que intervenga en la búsqueda. ¿Se hizo bien?

—No se preocupe. Mis hombres le dieron un paseíto delicioso hasta el muelle dieciséis del Canal del Michigan. Está debajo del mismo muelle, con una cadena y un peso al cuello, y con varias puñaladas. Tardará varios meses en aparecer, si aparece.

Patricia ahogó un grito de espanto. Y apuntó febrilmente: «muelle 16 del Canal Michigan». Escuchó después conteniendo las lágrimas de conmiseración y rabia. De aquello tenía la culpa, por lo menos en la mitad, el canalla de Douglas. Le habían liquidado al pobre Wilde...

—... mi parte no estoy dispuesto a perderla, Adamowsky —decía Douglas en tono seco—. Yo no tengo la culpa de que el alijo saliera mal. Hice por mi parte lo que pude, apartando la vigilancia del F. B. I.

Por lo menos, deme dos mil.

—¡Narices! —exclamó el «boss» tajantemente—. Usted cobra cuando las operaciones llegan a buen fin, recuérdelo, y siempre que medie usted en ellas. ¿Sabe lo que tengo que gastar yo ahora en abogados para librar a mis siete hombres de la cárcel, de penas largas? Bueno, y usted a ver si echa tierra al asunto, ¿eh? No me los forme un expediente del que no puedan salir... Nada de tercer grado, por supuesto. Ya están aleccionados para contestar, pero usted no los apriete.

—Está bien. Tengo ya el plano del Pentágono, Dave —dijo

Douglas, contemporizador—. Es un esquema estupendo sobre aplicación de «radar» a cañones antiaéreos del diez y medio, para Tierra. Mí «proveedor» me ha pedido cuatro mil, y yo quiero otros tantos. ¿Hace?

—Hecho. Venga eso. Dentro de ocho días lo tengo bien vendido —replicó Adamowsky—. Y dígame a su hombre que envíe más cosas. Esto es mejor que las drogas, sin tantos peligros ni el empleo de un «gang». Es preciso que averigüe cómo la Metropolitana se enteró de que iba a hacer mi alijo.

—Una confidencia, si usted asegura que sus hombres son de confianza. Ya indagaré quién les fue con el soplo. Desde luego, es un hombre listo, porque la Metropolitana no sabía que el contrabando era de drogas. Me lo hubiera traspasado, de saberlo. Bien se han burlado del

F. B. I.,
esos idiotas...

—Cuando lo sepa, me lo dice. Mis hombres se encargarán de ese soplón.

Patricia hizo un gesto de burla, sonriendo. Oyó después cómo Douglas abría un cajón de su mesa, sacando el sobre con el plano.

—¡Los ocho mil, Adamowsky! —dijo Douglas.

Toma y daca... Cuatro para mí y los otros cuatro para mí «proveedor».

—Tenga, tenga... —refunfuñó el polaco americano—. Uno, dos, tres, cinco, siete y ocho. No sé si su «proveedor» cobrará eso que dice usted, compadre... —objetó riendo Adamowsky—. Es usted un granuja de cuidado...

—Poco nos llevamos —replicó riendo también Douglas—. Ahora, lárguese. Está mi mujer en casa, y aunque la pobre no «huele» nada, no conviene hacerla sospechar.

—No descuide a mis muchachos, Petz. Los necesito para preparar otro alijo. Vea si es posible que se evadan, hombre... Aunque tengan que liquidar a algún niño guapo agente especial. A ese cuñado suyo, cuando lo sea. Le tengo atragantado, porque es listo. Bien, adiós.

Patricia escondió rápidamente el auricular detrás del radiador y dejó todo en su sitio. Después salió por la puerta que daba al comedor, llevando el libro en la mano. Se sentó en un sillón, junto a

la ventana y se puso a leer.

Unos segundos después, los pasos de Douglas sonaron en el pasillo. Había penetrado en el gabinete, saliendo de él seguidamente. Apareció en el comedor y miró a su esposa fijamente, aunque sonriendo.

—¿Dormías? —La preguntó al ver el rostro de ella, con los ojos soñolientos.

—Casi. Como anoche me acosté tarde... ¿Se marchó tu amigo? No te olvidarías de decirle que ponga cincuenta dólares en las apuestas que él haga.

—Ya se lo dije. Bueno, yo me voy a acostar, querida. Que me lleve la comida a la cama Pearl cuando sea la hora. Ya he dado órdenes de que busquen a ese muchacho Wilde, aunque no sé, no sé... —Hizo un gesto de desesperanza.

—Sí, vete a descansar, pobre. Yo he de salir un rato ahora. A ver si encuentro unos zapatos baratos por ahí.

Douglas se metió en su alcoba y ella esperó un rato, dejando el libro sobre una mesita. Tornaron sus ideas a invadir el cerebro, acosándolo. Habían matado al pobre Wilde... Estaba bajo el muelle 16 del Canal, con un peso al cuello, para que no flotase su cadáver. Cosido a puñaladas...

¡Canallas! No poder denunciar a Adamowsky, ni a Douglas. Amar todavía a aquel hombre, con todo lo que estaba haciendo, y lo que haría si se le dejaba... ¿No era un amor criminal ya? ¿No era una complicidad consciente, tan criminal como lo que él hacía? ¿Hasta cuándo iba ella a estar tapando la conducta de Douglas? ¿Qué era preciso que hiciese para que se sintiese impulsada a denunciarlo? No bastaba que ella hubiese hecho abortar el alijo de las drogas y que diese el cambiao a los planos, anulando la traición. Ellos habían matado al pobre Wilde, y de esto era ella ¡culpable! porque si hubiese denunciado a su marido a tiempo, el muchacho viviría y Adamowsky estaría, con todo su «gang» en la cárcel.

Se apoyó en los cristales de la ventana, temblando de pavor. ¡Se iba sintiendo culpable, cómplice de su marido, de aquellos malhechores! La sangre vertida de Wilde estaba cayendo sobre su cabeza. ¡Pudo evitar aquella muerte! ¡Pudo evitar todo lo ocurrido desde hacía unos días; hasta evitar la muerte de aquellos cuatro

«gángsters» en la playa de Glencoe! Quizá alguno de ellos pudo haber sido regenerado, salvado, de vivir.

Se enjugó las lágrimas, tan amargas, y fue a su alcoba, donde se vistió sin hacer ruido, ya que en la inmediata dormía Douglas.

Dijo a Pearl que iba a la calle y, que no tardaría en volver, y salió del piso. En el portal, pensó dónde podría telefonear, como lo hizo la mañana anterior desde la estación del ferrocarril, No juzgaba conveniente volver allí. Tal vez la Policía vigilase, interviniendo las líneas, por si ella pretendiese darle otro recado.

Anduvo lentamente por Van Burén Street. Vio, en el número 300, un gran bar, dentro del cual había mucha concurrencia. Penetró en él y pidió a una camarera un níquel. La muchacha se lo dio sin apenas mirarla, muy ocupada en servir a los de la barra.

Al fondo había dos cabinas para telefonear. Entró en una de ellas y cerró la puerta de cristalera, Metió el níquel en la ranura y marcó el número: WA bash

2-4747,

Bureau of Crime. Information. Policía Metropolitana.

—Hable, hable... —dijo una voz de hombre—. Hable...

—¿Bureau de Información criminal? —inquirió ella en voz contenida.

—Sí. Diga, por favor.

—Escuche. Soy la misma que les dijo lo del alijo de anoche en la playa de Glencoe...

—¡Ah! Gracias, señora. Le debemos mucho. ¿No quiere venir por aquí? Le aseguramos que se guardará su incógnito, si lo desea...

—Gracias. Escuche, señor. Bajo el muelle dieciséis del Canal del Michigan... ¿me escucha?

—Siga, siga. Muelle dieciséis del Canal Michigan. ¿Qué pasa allí?

—Está el cadáver del periodista Wilde...

—¡Por Cristo! ¡Le conozco, señora!

—Le apuñalaron. Está sujeto con una cadena y un peso, para que no flote —dijo precipitadamente Patricia, sollozando—. ¡Le juro que no pude evitar su muerte, señor! Buenos días.

—¡Espere, espere, señora! ¡Debe usted venir, venga, venga! Usted sabe más de lo que dice, pero está aterrada... ¡Venga sin temor! ¡La protegeremos!

Colgó el aparato ella tristemente. Sacó un pañuelo del bolso y se enjugó los bellos ojos. Salió de la cabina y con paso rápido abandonó el bar sin ser notada su presencia.

Lo que había hecho no tenía mucha importancia. Tan sólo hacer que el cuerpo del desdichado Wilde fuese rescatado y recibiese cristiana sepultura. No había denunciado a sus asesinos, y por lo tanto seguía siendo cómplice de ellos, encubridora.

Se metió en una zapatería y compró unos zapatos de ante no muy caros. Regresó después a su casa. Pearl la dijo que no había ninguna novedad. Y fue a sentarse en el gabinete, intentando inútilmente leer el diario de la mañana. Su cabeza parecía arderle, sintiendo los latidos de las sienes como martillazos. Era seguro que enloquecería si seguía así, acosada por la conciencia. ¿Cómo podría Douglas aguantar aquella lucha con la conciencia? ¿Porque ya no la tenía? ¿Era esto posible, no tener en absoluto conciencia, temor de Dios, de la humana justicia, del mal que se hacía a personas buenas? ¿Podía haber llegado ya Doug a tal extremo, cuando nunca dio pruebas de ser un hombre de sentimientos abyectos, aunque protestase de la injusta suerte que el destino le deparaba?

Sally llegó un rato después. Tenía el rostro hinchado de llorar, y también revelando una gran excitación nerviosa. Tiró el sombrero sobre una silla, en el «*hall*», y se encaró con su hermana.

—¡Han encontrado el cadáver de Wilde en un muelle del Canal! ¡Apuñalado!

—¡Pobre muchacho! —murmuró Patricia sinceramente. Era admirable lo bien que trabajaba la Metropolitana— pensó. —¿Cómo lo has sabido?

Iban ya por el pasillo, hacia el comedor. Sally no podía contener su nerviosismo, ni los sollozos de rabia.

—Telefonaron al periódico los de la Metropolitana, que son los que han encontrado el cadáver —contestó en tono sarcástico la muchacha—. Otro asunto, que correspondía al

F. B. I.,

y que les birla la Policía, esa pobre Policía, según tu estupendo maridito.

—Psss —murmuró Patricia quedamente—. Está durmiendo Doug. Habla más bajo.

—¡Eso es lo que hacen los del

F. B. I.

local! —gritó la muchacha en tono mordaz, brillantes sus ojos de furor—. Dormir, dormir... Bueno, todos menos uno. El pobre Ernest... Ya le he dicho que pida el traslado al Pentágono. ¡Aquí da asco! Cuando un calzonazos de jefe...

—¡Si sigues hablando así no podré escucharte, Sally! —exclamó Patricia altivamente, levantándose de la mesa—. Pareces una vendedora del mercado...

—¿Sabes cuántos hijos tiene el pobre Wilde, tú, gazmoña alelada? —exclamó Sally dando fuertes puñetazos sobre la mesa, medio incorporada también, temblándole el mentón de rabia—. ¡Tres... y, lo que venga! ¡Eso es lo que ha salido ganando un hombre que ha luchado por el bien común! Bueno, me vas a perdonar, pero le he dicho al viejo que mi sueldo de este mes se lo en... —Volvió a llorar con rabia, limpiándose con la servilleta los ojos—, entregue a la viuda. Todos vamos a hacer una colecta... por... esa pobre familia. Ya te lo pagaré, hermana, poco... a poco.

Patricia bajó la cabeza, apesadumbrada. No podía llorar ya. Todas sus lágrimas se habían ido con el dolor de tener que reconocer que su deber era denunciar a Doug.

—No te preocupes por eso, querida. Dios hará que esos malvados paguen sus culpas —pudo decir con voz débil.

—Hermanita, tú eres demasiado buena —murmuró Sally un poco desdeñosamente—. Deberías irte a nuestra Irlanda y meterte en un convento. Tienes un maravilloso corazón, inocente, lleno de dulzura... No estás acostumbrada a sufrir.

—Es posible —dijo suavemente Patricia—. No sé lo que es el sufrimiento, ¿verdad? Es posible... Soy cobardona, irresoluta.

Apenas comieron las dos hermanas. Sally, fogosa, parecía no poder estar sentada, alternando las exclamaciones llenas de apasionamiento, bien a favor de la Metropolitana, bien contra los «jetazos» del

F. B. I.

en Chicago. Patricia, enloquecida de dolor, que pugnaba por callarlo, acabó por dar por terminada aquella comida, en la que apenas si se comió. Pearl estaba atendiendo a Doug, llevándole su almuerzo.

Sally se asomó a la alcoba del inspector. Le miró sarcásticamente

cómo, apaciblemente, almorzaba con buen apetito.

—Que te siente bien, cuñado —le dijo festivamente—. Después de tanto trabajar persiguiendo a ciertos malhechores, nada mejor que dormir y comer bien, ¿verdad? Mis felicitaciones, por cierto. Gracias a vosotros, la Metropolitana descubrió el alijo de Glencoe, y hace un rato fue encontrado el cadáver de Wilde. ¡Admirables! Hasta dormidos...

Patricia la cogió de un brazo, tirando de ella para sacarla de la alcoba.

—¿Ha aparecido el cadáver de ese chico? —exclamó con sincero asombro Douglas, abriendo mucho los ojos—. ¡Diablo, qué pronto!

—Eso es todo lo que se te ocurre decir, ¿verdad? —rugió Sally, tirando a su vez de Patricia—. Ya suponías que lo habían asesinado, ¿eh? ¿Para qué interesarse por un hombre que desea acaben tantas infamias? ¡Dios, si yo fuese Hoover! ¡A patadas iba a echar a ciertos calzonazos del

F. B. I.!

—¡Sally! —exclamó Patricia, roja de cólera. Y tiró de ella fuertemente, sacándola de la alcoba mientras la muchacha seguía lanzando histéricas imprecaciones contra su cuñado. Douglas rió sarcásticamente, limpiándose los labios con la servilleta.

—Déjala, Patricia —dijo él en tono reposado, sereno—. No me molesta lo que dice. Ignora lo que es el

F. B. I.

La llegada de Ernest Crowe puso fin al incidente. El agente especial también tenía el rostro de pocos amigos. Patricia vio en él el hastío, el disgusto profundo. Se sentó al lado de Sally, después de saludar a Patricia, y aceptó el cigarrillo que éste le ofreció.

—He pensado, Patricia —dijo el joven, después de consultar con la mirada a Sally— que me parece muy aceptable su sugerencia respecto a mi traslado a Washington. Yo... —Se movió en la silla nerviosamente, baja la mirada— encuentro que tal vez no hay una verdadera ocupación para mí. Discúlpeme, Patricia, no quisiera molestarla. Mi temperamento requiere más... actividad de la que me puede proporcionar su marido. Me ha afectado mucho saber que la Metropolitana ha podido sacudir bien el pelo a esos «gángsters» en la playa de Glencoe, en un asunto que nos correspondía plenamente, mientras nosotros estábamos despistados. Lo de Wilde

es también lamentable...

—Se lo diré a mi marido, Ernest. Que apoye su traslado. Creo que no pondrá ningún inconveniente a ello —replicó dulcemente Patricia. Sabía ella que, por el contrario, no solamente no se enfadaría Douglas, sino que se apresuraría a quitarse de encima al mejor agente que tenía, al que le inspiraba más inquietud—. Pero yo espero —siguió después en un tono un poco profético que después de que pase un poco de tiempo y se hagan ciertas modificaciones, podrá volver a Chicago, si esto le agrada más.

—Gracias, Patricia. Sally se casará conmigo muy en breve, ¿verdad? —Le miró sonriendo felizmente—. Crea que la echaremos mucho de menos.

—Yo también a vosotros, Ernest. Sally me aconseja que me meta monja —sonrió tristemente— porque cree que llevo una vida muy regalona, sin saber lo que es sufrir. Es posible...

Poco después, Ernest y Sally se marcharon y quedó sola Patricia en el gabinete. Sonrió amargamente al pensar en las palabras de su hermana respecto a que ella era como insensible a los dolores del prójimo; resguardada tras una coraza de egoísmo, dedicada a querer a su marido, sin tener hijos y con una posición, tanto social como económica, bastante desahogada.

Esto era lo que creía Sally, la impulsiva hermana. Si ella supiera la realidad de las cosas...

Estuvo intentando leer una novela distraída de Mark Twain, llena de humor y optimismo, pero encontró que esto la ponía de mal talante. No comprendía en aquellos instantes cómo podía haber personas optimistas y alegres.

Douglas, al levantarse, pasadas las siete de la tarde, hizo que dejase sus cavilaciones para dedicarse a él, poniéndole la ropa, a punto para salir.

—¿Vas al

F. B. I.?

—le preguntó secamente.

Creo que sí. He de hacer antes unos recados. Patricia pensó que a dónde iría sería a ver a aquella Rachel. Había recibido él ocho mil dólares y por lo visto pensaba hacerle algún buen regalo, o divertirse con ella. No se sentía celosa, con amarle tanto. Consideraba que una cosa era que le amase y otra el que él se lo

mereciese. Y no se lo merecía, desde luego. Que se fuese con la otra, si gustaba. Un hombre es muy libre de darse de cabezazos contra una pared, si luego no sé queja excesivamente por su estupidez. Si prefería Rachel a su mujer, allá él. Entre una honrada, decente mujer, y aquella otra, sin duda alguna una desdichada descentrada, un detritus de la Sociedad, siempre habría una diferencia esencial.

La besó cuando se iba a marchar. Ella le devolvió el beso. No podía remediarlo. Tal vez era una extraña mezcla de cariño de esposa siempre habituada a ser cariñosa porque le amaba, y otro amor, maternal, al considerarle como un descarriado, una víctima de terrible equivocación, más digno de lástima que de ser castigado implacablemente. No acababa de entrar en su atormentado cerebro que Doug fuese lo malvado que ella estaba viendo era. Parecía que era otro; como un perturbado mental, accidental, pero que acabaría por curar y volver a ser el de siempre.

Hacia las nueve, el repartidor de telegramas dejó uno para ella. Recordó a tía Cordelia, sonriendo compasivamente. Lo abrió y leyó:

«Que venga lo antes posible Patricia. Me encuentro muy fastidiada. Si no viene, no hay herencia. Abrazos. Cordelia».

Tía Cordelia tenía una buena fortuna y siempre dijo que su heredera sería Patricia, su sobrina predilecta. Era una viuda, sin hijos, sin más parientes que Sally y Patricia. Una vieja irlandesa llena de acometividad y buen humor, aunque a veces sus bromas eran un tanto pesadas.

Hubo de imponerse, durante la cena, a Sally para que no se pelease de nuevo con el silencioso Douglas, que, amparado en el periódico de la noche, despachó rápidamente la comida.

Dio a leer a su marido el telegrama de tía Cordelia, llamándola a su lado con urgencia.

—Ya sabes que mi tía no tiene a nadie más que a nosotros —le dijo para reforzar su deseo de marcharse a Washington—. No creo que sea nada de particular, pero por si acaso, iré, ¿no te parece?

—Desde luego. Y si fuese de gravedad y muriese... —sonrió él maliciosamente—. Tú la heredas, ¿verdad? No estaría mal, mira.

Douglas, pensó ella, se alegraba de que se fuese. Quedaría él en libertad de ir a ver a aquella Rachel con más frecuencia, sin tener

que inventar excusas. Solamente tenía el temor de que, en su ausencia, Sally y él se pelearan más encarnizadamente, no pudiendo ella mediar para frenar a su agresiva hermana. Y quedó acordado que a la mañana siguiente, en el avión de las 10,30 partiría para Washington.

VII



A anciana tía estaba esperando en el National Airport de la capital federal. Muy erguida, con su rostro enérgico, delgado, enormemente expresivo, en el que brillaban sus ojos grises, siempre inquietos, curiosos, avanzó hacia su sobrina, estrechándola entre sus delgados brazos con efusión. Era de pequeña estatura, delgada, nerviosa. Y vestía un poco a la antigua moda, aunque con prendas de alto precio. Llevaba igualmente joyas costosas, quizá en abundancia excesiva.

—Te saliste con la tuya, hija —murmuró cuando salían hacia el aparcadero de coches, apoyada en el brazo de Patricia—. No me gusta que se me dé por enferma como pretexto, porque el diablo anda siempre enredado y puedo no solamente enfermar, sino morirme. Bueno, y ese Doug majadero, ¿qué es lo que te ha hecho?, vamos a ver.

Subieron al «Cadillac» de la vieja tía, cuya portezuela abrió el chófer.

—A casa, Daniel —dijo con voz seca—. Te preguntaba qué te ha pasado con tu marido, tú —refunfuñó tía Cordelia, cuando el coche arrancó, rumbo Norte—. Si puede saberse, claro.

—Pequeñas diferencias. Nada que sea intranquilizador. Doug está excesivamente ocupado. Tiene mucho mal humor. Unas veces se ha puesto impertinente y otras yo, disputando... Pensé que lo mejor era apartarnos durante unos días, tía.

—¿Solamente unos días? Mira, pensé que esto era una separación, amistosa, pero separación. Tienes demasiada paciencia con ese burro filósofo de marido. Yo no le hubiera aguantado tanto.

—Tía, Doug no es un burro filósofo. No hagas que ahora me pelee contigo, ¿eh? —rechazó Patricia, sonriendo—. Vengo a cambiar de aires, a estar contigo. Espero que serás amable, ¿verdad?

Tía Cordelia rompió a reír, apretándose contra su amada sobrina. El coche pasaba ya por los hermosos jardines que rodeaban el monumento a Jefferson, a orillas del lado interior en la pintoresca península East Park.

—¿Y Sally? Tan salvaje como siempre, ¿verdad? Esa muchacha es mucho más que una simple irlandesa, como tú o como yo. Yo no temo ni al mismo demonio, pero a ella, sí. Me recuerda mucho a tu padre, mi pobre hermano. Pero ni aun Patricio era tan salvaje como Sally, tan agresivo. Y lo buena que es, no obstante...

—Está muy bien. Te traigo un regalo de su parte —contestó Patricia.

—¡Guapa chica! Oye, he modificado mi testamento —siguió después la anciana, espionando de reojo a su sobrina—. Te quiero a ti más que a ella; pero después he pensado por qué iba a hacer una diferenciación tan... dura, dejándote todo y nada a ella.

—Me parece encantador, tía. Creo que, llegado el momento, y Dios quiera tarde mucho en llegar, hubiera compartido con Sally lo que te dignases dejarme.

—Iréis a medias. Tú eres tan bobalicona, ya lo has dicho, que me hubieses llevado la contraria. ¿Sigue ella con Ernest?

—Se van a casar muy pronto. Vendrá destinado a Washington él, me parece.

—¡Estupendo! Pero desde luego, tu hermanita no viene a vivir conmigo, te lo advierto. En mi casa, la única persona que despotrica y regaña soy yo, y nadie me contesta. No quiero que sea ella la que me regañe a mí, para que mis criados me falten al respeto. Puedo pasarla un tanto, si Ernest gana poco aún, pero ellos en su casa y yo en la mía.

Cruzada la ciudad de sur a norte, el coche llegó ante la verja de hierro labrado de la mansión de la anciana. Un espléndido jardín rodeaba al edificio, estilo Tudor, situado en Connecticut Avenue, lindando con las verjas del jardín Zoológico, por la puerta de Hawthorne.

Como siempre, prefiero la vecindad de las fieras a la de las personas —dijo tía Cordelia al bajarse ante la escalinata del porche, con grandes columnas de piedra—. Sus rugidos son mi música preferida. Creo que el león «Churchill» está algo enfermo, según me dijo el guardián ayer.

Patricia se asomó a la ventana de su alcoba, al lado de la de su tía. Veíase, en efecto, desde allí la gran pradera, el bosque y las grutas donde vivían los animales. El arroyuelo Rock serpenteaba por aquel terreno, y a él acudían a beber las jirafas, los antílopes y cebras. Era, desde luego, un lugar delicioso, y no parecía estar situado en la gran ciudad, sino a muchas millas distante, en la paz de los campos silenciosos.

Tía Cordelia no era realmente una persona que se desviviese por atender a sus huéspedes. Al menos, con Patricia. Desde el primer momento la indicó las horas de las comidas, agregando después que tenía plena libertad para salir y entrar, sin necesidad de molestarla a ella para acompañarla. Unas veces tendría humor para salir, pero otras no, y la fastidiaba en alto grado tener que violentarse por atender a su sobrina.

Patricia, siempre que fue a Washington, agradeció aquella forma de ser de su tía. Esto era mejor que no molestarla, cuando la anciana ya no estaba para jaleos, con sus setenta y tres años, algo achacosos por el reuma y el asma.

Cogió la guía telefónica y miró por el apellido Franze. Encontró la dirección que concordaba con la que ella tomó de la agenda de Douglas.

Florida Avenue, 245. Descolgó y marcó el número que indicaba

la guía.

—¿El señor Franze, por favor? —preguntó a una mujer que acudió a la llamada.

—El señor está en el Pentágono. Volverá hacia las dos.

—Gracias. Llamaré allí.

—Llame al número tres, tres mil cuatrocientos treinta y tres. Le pondrán enseguida con él, si está en el edificio.

—Gracias. Eso haré.

Colgó y volvió a descolgar, marcando el número

3-3433

que le había indicado la que parecía una criada. Unos segundos después, una voz preguntó quién llamaba.

—Quisiera hablar con el señor Franze, por favor.

—Un momento. ¿Quiere decirme quién le llama?

—Una señora que ha llegado de Los Ángeles —repuso secamente Patricia—. Con eso basta.

—Espere.

Medio minuto después oía Patricia la voz de un hombre. Parecía simpática, joven, alegre.

—Señora de Los Ángeles —dijo en tono algo burlón—. Al habla Franze. ¿Con quién tengo el gusto de...?

—Buenos días, señor Franze. Soy la esposa del inspector Petz —dijo ella en tono quedo, reservado—. Quiero hablar con usted lo antes posible. Es algo... ¿comprende?

—¡Ahí! —la voz de Franze se hizo un poco menos firme—. Ya... Mucho gusto. ¿Algo desagradable?

—Regular. ¿Cuándo puedo verle... a solas?

—Desde luego. Vaya a mi casa, doscientos cuarenta y cinco Florida Avenue, a las... cinco. Estaré solo. ¿Le conviene?

—Sí. Deseo estar a solas con usted, naturalmente. Que nadie sepa que voy a ir a verle. Ya comprende...

—Sí, sí. Vaya sin temor.

—Hasta luego, señor Franze.

Colgó el aparato sonriendo de tal forma que si su tía la hubiese visto se habría sentido justamente alarmada, pensando si realmente su querida Patricia era tan buena, tan infelizota como ella pensó siempre.

Pasó después al gabinete donde tía Cordelia estaba sentada en

un inmenso sillón haciendo un jersey destinado, según aseguró muy seriamente, a uno de los viejos orangutanes del Parque Zoológico.

—Me da pena verle tiritar, hija —dijo en tono lastimero—. Tiene el pobre mucha edad y el invierno se aproxima. No le basta la calefacción.

Así era tía Cordelia. Sonrió Patricia al considerar que la anciana podía estarse media hora regateando medio dólar en un gran almacén donde vendiesen los artículos a precios fijos, y, sin embargo, entregaba grandes donativos al Patronato del Parque Zoológico para que se mejorase el trato de los animales, inspeccionando después en qué se había invertido su dinero.

—En la mesilla de tu alcoba te he dejado doscientos dólares para tus gastos, querida —dijo después, mirándola inquisitivamente—. Como he sido yo la que te he llamado...

—No me hacen falta, tía. He traído dinero suficiente. Y fui yo la que...

—Ya lo sé, ya lo sé. No sabes todavía comprender mis bromas, tonta. Pero no te vendrán mal, ¿eh? Para el pasaje de vuelta en el avión. ¿Qué vas a hacer esta tarde? Yo no salgo contigo, te lo advierto. «Bobby» está esperando mi jersey.

—Iré a ver a una amiga de Sally, que vive en Florida Avenue.

—Llévate el coche si quieres. Pagarás los desperfectos si lo tratas mal. Y no quiero que te lleve Daniel porque es un sinvergonzón que me roba con la gasolina y el aceite. Este mes me lleva gastado de más siete dólares. Cree que no sé llevarle la cuenta.

Era difícil llevar la conversación a tía Cordelia. Tenía rasgos que hacían de ella una especie de Bernad Shaw femenino, lleno de agudeza y extravagancia. Patricia, no obstante su terrible preocupación, encontró en ella un motivo de distracción y hasta de alegre esparcimiento.

Después de la comida, un banquete pantagruélico, con más de seis platos, de todos los cuales la anciana comió en abundancia, fue a echarse ésta a otra alcoba, en el extremo del ala sur del palacete.

Patricia sabía que en el cajón de la mesilla de la alcoba de su tía había siempre un revólver y balas. La vieja dama tenía el suficiente temor a que entrasen ladrones durante la noche, y el valor, al mismo tiempo, de disparar sin vacilaciones sobre el intruso que osase llegar hasta allí.

Entró en la alcoba y tiró del cajón. Allí estaba el arma, un «Colt» calibre 22, pavonado, con cachas de nácar en la culata. Muy limpio y cuidadosamente engrasado. Estaba ya cargado, pero Patricia, no obstante, cogió doce balas más. Lo guardó en su bolso y pasó después a su alcoba para arreglarse.

Eran las cuatro y media cuando miró su reloj de pulsera. Era la hora de ir a ver a Tony Franze.

Salió del jardín y fue andando por Connecticut Avenue, al lado de las verjas del Parque Zoológico hasta llegar a Calvert Street. En la confluencia de ambas vías tomó un «taxi».

—Déjeme en el doscientos setenta de Florida Avenue —dijo al conductor.

Partió el «taxi», siguiendo por Connecticut Avenue hasta el cruce con Florida Avenue, en el barrio de las embajadas y legaciones. Tomó después a la izquierda, ya en Florida Avenue, y fue a detenerse en las inmediaciones de Meridian Park, con su esfera armilar brillando al sol otoñal.

Se bajó del coche y fue andando lentamente hasta recorrer un cierto trecho. Ya el «taxi» se alejaba velozmente. Entonces, rápidamente, desanduvo el camino y buscó con la mirada la numeración de las calles. No estaba muy lejos del número 245.

Este número resultó ser un hotelito, apenas un pabelloncito, con un jardín diminuto, pero muy bien cuidado, delante, sin verja ni tapia. De la misma acera, amplia, de cemento, arrancaba la alfombra de césped. No tenía, sino dos pisos el edificio, y se subía al primero por una escalinata de diez escalones de mármol.

Ante la puerta ya, vio una ventana a cada lado. Tras los cristales de una, estaba el busto de un hombre de unos cuarenta años, de recortado bigote, que la estaba mirando con indudable descaro. Era un rostro... como ella se había figurado tendría aquel canalla de Franze. ¿Por qué los «malos», generalmente, tienen cara de ello? Esto se salía de lo que la ficción, en el «cine» y las novelas, se hacía para remachar psicológica e infantilmente la diferencia del Bien del Mal. Franze, si era aquel que estaba tras la ventana, y debía serlo indudablemente, tenía cara de cínico, con su gesto de «castigador» de mujeres, mostrando unos dientes muy blancos, una estereotipada sonrisa de suficiencia, y esas bolsas bajo los ojos que salen generalmente cuando los vicios dominan a la naturaleza. Rostro

delgado un poco hocicón, y labios sensuales, muy brillantes, como si la saliva manase de ellos constantemente.

Llamó al timbre, apartando con repulsión la mirada de aquella faz. Lo peor es que iba a tenerla más cerca aún. Que iba a estar sola con él...

Apretó contra el pecho el bolso, que pesaba más por el revólver que en él iba. Y la puerta se abrió lentamente. Una figura alta de hombre, envuelto en un batín azul con lunares blancos, de seda.

—¿Señora de Petz? —dijo él con voz suave, fingida, seguramente hecha a la medida para cuando hablaba con las mujeres. Y su mirada, en los ojos azules muy claros, la envolvió de pies a cabeza, fijándose sin disimulo alguno, lasciva, en el arrogante cuerpo de Patricia, que llevaba un traje sastre de lana gris, «Gales».

—Sí. ¿Es usted el señor Franze?

—A su disposición. Pase, pase. La esperaba con cierta ansiedad —la guió por el «hall», bien amueblado, muy pequeño, haciéndola pasar a un gabinete inmediato, interior. Más bien parecía aquélla, estancia la habitación de una damisela, a juzgar por la cantidad de «bibelots» sobre repisas y mesitas, cuadritos y la seda, salmón fuerte, que cubría las paredes.

Se sentaron. Él, en un sillón que apenas si le permitía estar como en cuclillas, encogiendo las largas piernas. Ella, en otro, más amplio, frente a él. La luz de un portátil, un jarrón japonés con la pantalla de pergamino, esparcía una claridad atenuada. Tomó de una mesita un estuche de plata y lo abrió, ofreciéndola cigarrillos.

—Gracias, no fumo ahora —contestó Patricia, que estaba muy pálida aunque sin nerviosismo. Le vio encender el suyo con estudiada afectación.

—Bien, señora. ¿Me permite que alabe el gusto de mi buen amigo Petz respecto a la elección de mujeres? —dijo él suavemente, sonriendo mientras su mirada procaz se fijaba en ella groseramente.

—No he venido a que me admire, señor Franze. Es algo más importante que todo eso lo que aquí me trae —contestó secamente ella.

—¿Le ocurre algo a su marido? Me extraña que le haya enviado aquí, si es que viene de su parte. Le dije que no me creara dificultades, dado mi cargo. ¿Qué es ello? —murmuró Franze, ahora más seco después de las palabras de Patricia.

—Ocurre que estas cosas que están pasando entre mi marido y usted han terminado para siempre, señor Franze —dijo ella en tono incisivo, elevando el tono de voz, que no temblaba, y sosteniendo con firmeza la mirada de creciente asombro de él.

—No entiendo bien. Usted sabe lo que hay entre su marido y yo, por supuesto —contestó Franze, pretendiendo sondear lo que Patricia supiese de aquel asunto—. ¿Qué es? Quiero creer que es la esposa de Petz, pero no me dijo él que viniese usted a verme. Y yo no la conozco...

—No está mal. Se ve que usted está acostumbrado a esas cosas de disimular, como hacen los espías y los contraespías. También los granujas...

—Por favor, señora —contestó Franze esbozando una sonrisa cínica, sin demostrar estar ofendido—, prefiero que me entregue una carta de presentación de Petz acreditándola como una estupenda embajadora. Algo que me convenza de que...

—¿Le servirá de dato bueno el que mencione un plano de cierto dispositivo de «radar» para cañones del diez y medio antiaéreos, de Tierra? ¿Un plano que le ha enviado a mi marido anteayer? ¿Un ferropusiano?

—¡O. K.! ¡Eso es otra cosa, diablo! —exclamó Franze riendo. Así ya podemos entendernos perfectamente. No sabía que usted era su secretaria o cosa así. Bien, bien. Estupenda secretaria... arrimó su sillón al de Patricia. Ésta palideció aún más, pero no hizo por retirarse—. Entonces, ¿qué es eso que dijo antes, de que estos asuntos se habían terminado para siempre? ¿Hay peligro en ello?

—Dígame, señor Franze —expuso Patricia sin contestar aún a las preguntas del agente de contraespionaje—, ¿a usted le ayuda alguien en su trabajo de... extraer datos y planos del Pentágono? Esto es muy importante me lo diga.

—No, no. Soy solo. Por ese lado no hay temor. Estas cosas hay que hacerlas uno solo. ¿Por qué? ¿Le han dicho a Petz que el peligro radica aquí?

—Gracias. Es usted solo... —murmuró sonriendo extrañamente Patricia—. Así es que si usted muere, por ejemplo, otro no le sustituye, claro.

—Eso es. Pero, bueno, aclaremos. ¿Le gustan a usted los misterios? Dígame de una vez qué es lo que ocurre. —Inquirió

Franze en tono impaciente.

—Se lo dije antes. Que estas canalladas se han acabado para siempre. Y que para lograrlo, he venido a... matarle. Si usted se ha hundido moralmente y no sabe lo que es la decencia, el honor y el patriotismo, mucho mejor es que muera —contestó Patricia con voz helada—. Eso, o escribir una declaración por la cual se acuse de traidor, canalla y todo lo demás, comprometiéndose a cesar en el asqueroso tráfico que lleva ahora. Elija...

Franze tragó saliva, palideciendo al ver en la mano derecha de Patricia un pequeño revólver, cuya negra boca del cañón le apuntaba exactamente a la cabeza. No esperaba nada de aquello, ciertamente. Tampoco era lo que se dice un hombre valeroso, ni audaz. Para él, un revólver, fuese en manos de una mujer o un hombre, era una cosa que le podía matar instantáneamente. Y la vida era lo que más adoraba él, precisamente cuando el dinero estaba entrando en sus bolsillos a manos llenas, para gozarla bien, a fondo.

—Pero, bueno... —pudo decir, yendo su mirada del arma a los ojos de Patricia—, esto no lo comprendo. Usted está contra su marido, contra, mí... Usted sabe que si me hundo yo, se hunde él. Yo declaro, sí, pero no voy a ser tan tonto que me acuse solo. Petz me hizo la proposición. Me lanzó a esto...

—Usted declara ser un canalla maldito y declara también que lo es mi marido —contestó Patricia, con lo que Franze se quedó como alelado, mirándola con la boca abierta. Patricia se había levantado y le dominaba, sin dejar de apuntarle con su «colt».

—Vamos, lo que es usted es una pobre mujer asustada por los peligros que pudiera correr su maridito si le pescasen, ¿no? Y viene a pedirme que seamos buenos chicos, o que sea yo el que lo haga todo, sin comprometer a Petz —sonrió él con suficiencia—. Ande, ande, siéntese, hermosa. No tema...

—¡Su declaración, su confesión, o le mato! —Silabeo Patricia con voz tan incisiva, tan sincera, que él calló, de nuevo asustado—. Mi marido es un granuja, pero por mucho que le ame no se librará de lo que se merece. Figúrese si voy a tener compasión de usted. ¡Levántese! ¡Le mato si intenta oponerse a lo que quiero! ¡Todo me da igual ya!

—En mi despacho... —murmuró Franze, levantando las manos,

tan lívido como Patricia, pero éste de terror. No sabía si Patricia era una loca, una mística, seguramente una desesperada, y, desde luego, su mirada revelaba que quería matar.

—Vaya delante de mí. Y esté seguro de que disparo sí hace algo raro —murmuró Patricia con su terrible voz de tranquilidad, tan firme y seca.

Pasó ante ella, procurando apartarse, los brazos en alto. Ella le siguió, apoyando el cañón del arma sobre su espalda. Un corto pasillo, cuya puerta abrió él, y penetraron en el despacho, pequeño, también interior. Encendió la luz él y fue a sentarse ante la mesa.

—En ese «bloc» de cuartillas. ¡No se le ocurra meter las manos en ningún cajón! Coja esa pluma y escriba.

Obedeció Franze, mirándola de reojo.

«Confieso que, valido de mi cargo de agente del Servicio de Contraespionaje Militar en el Pentágono —fue dictando Patricia lentamente. Y se detuvo para ver lo que él escribía. Cuando terminó, siguió: “he sustraído...”».

—Nada más que ese plano del «radar», que conste —dijo Franze en tono quejumbroso—. Y varios documentos sobre movilización naval y aérea.

«Un plano de dispositivo de “radar” para cañones antiaéreos del 10,5 de Tierra —siguió Patricia, impasible— y documentos acerca de movilización naval y aérea del Ejército de los Estados Unidos. Y que se los he vendido a... —vaciló, cerrando los ojos un instante — al inspector del

F. B. I.

Douglas Petz. Firmado».

—Esto no lo firmo yo —rugió Franze dejando la pluma en su soporte y cruzándose de brazos—. ¡Esto me cuesta el ser fusilado o llevado a la «silla»!

—Ese documento lo guardaré yo, Franze. Su conducta futura será la que determine si lo entrego o no a sus jefes. Si sigue traicionando, irá ante el pelotón. Si pide el retiro y vive honradamente, yo no haré nada contra usted —contestó fríamente Patricia—. ¡Firme, o le mato! ¡Le mato!

Franze la miró largamente, desconfiado.

—¿Hará igual con su marido? —preguntó con ansiedad.

—Igual. Por salvarle a él le salvo a usted, canalla maldito, traidor...

Sonrió él, y cogiendo la pluma de nuevo, firmó con mano segura.

—Apártese de la mesa. Deje el documento ahí. Vaya a aquel rincón —señaló Patricia el otro extremo del despacho.

—No tema, monada. Estoy conforme con todo, con todo —sonrió él cínicamente—. Ya decía yo que usted es una sentimental, romántica...

Patricia se dirigió a la mesa. Por un momento bajó el arma para coger con la mano izquierda el papel. Y Franze, que la espiaba, vio su ocasión.

Dio un salto de felino y cayó sobre ella, dándole un empujón con gran violencia.

—¡Pobrecita idiota! —gritó mientras la cogía la muñeca que empuñaba el «colt» y se la retorció con ambas manos—. ¡Suelte el juguete, monada, suelte! ¡A mí con ñoñeces de regeneración, teniéndola conmigo! ¡Vamos, suelte, y hablemos! ¡Preciosa, está ahora estupenda!

Patricia se revolvió con enorme energía, apretados los labios, corriendo su brava sangre irlandesa por las venas como si fuese fuego. Sentía un tremendo dolor en la muñeca que Franze le retorció salvajemente, pero no pensaba soltar el arma.

Le dio un cabezazo terrible en la nariz, sobre los ojos. Y el arma que empuñaba, tan pronto le apuntaba a él como a ella.

Sonó un disparo. Imposible saber si fue él el que apretó el gatillo, o ella. Pero la bala salió. Y dio en el pecho de Franze, sobre la región del corazón.

Patricia le dejó caer al suelo. Aquel batín de seda azul, con lunares blancos que llevaba él, se teñía rápidamente de rojo por la parte del pecho. La mirada de Franze se extinguía. De su boca salía sangre. Se debatió violentamente, vidriosa ya la mirada, y quedó al fin espantosamente quieto, arrebujado sobre la gris alfombra, que también se estaba manchando de rojo.

Patricia salió del tremendo marasmo que la invadiera. Cogió el documento y lo guardó en su bolso, y el revólver. Fue a la puerta y apagó la luz. También apagó el portátil del gabinete.

Salió a la calle, cerrando la puerta con fuerza, pero quedamente. Bajó la escalinata. Miró a su alrededor. Transeúntes indiferentes, coches que pasaban... Nadie había oído el ruido del disparo. El hotelito de al lado estaba como unas quince o veinte yardas.

Se arregló disimuladamente el traje, un poco arrugado por la lucha. Y, andando, para tranquilizarse, fue hasta la mansión de tía Cordelia.



¡LO NUNCA VISTO POR 1.25 PESETAS!
EL F. B. I.
la organización de contraespionaje más famosa
del mundo, vive y emociona en
AVENTURAS DEL F. B. I.

VIII



IA Cordelia preguntó a su sobrina qué tal había pasado la tarde, y si había visto a aquella amiga de Sally. Quién era y si ella la conocía. Todo esto, sin dejar de tejer el jersey para el simio del Parque Zoológico.

Patricia hubo de inventar, con dificultad, una historia. Era cierto que debía ir a ver aquella amiga de su hermana, pero no lo había hecho aún, posponiéndolo a su entrevista con Franze. Iría a la mañana siguiente, si se encontraba con ánimos para ello.

Mientras su tía charlaba por los codos acerca de sus relaciones con las influyentes personalidades de la capital, ella trataba de tranquilizarse, ahuyentando el temor de que también Franze tuviese alguna agenda, como la de Douglas, donde constasen direcciones y datos referentes a aquellos negocios infames. Debió registrar, antes de abandonar el domicilio de aquel hombre, su mesa de despacho, sus papeles. Pero el temor a ser sorprendida por la criada, o lo que

fuese, con la que habló por teléfono, le hizo abandonar apresuradamente el hotelito. Suponía que no tardaría en descubrirse la muerte, el asesinato, de Franze. Tan pronto regresase aquella mujer. Tal vez hubiese ocurrido ya. Eran las ocho y media.

—Hija, estás como una esfinge —protestó tía Cordelia, cansada de hablar y observando que su sobrina no la hacía caso, recogida en sí misma, ausente totalmente—. ¿En qué piensas? Bueno, en ese panfilote de tu marido, seguro. Sí estáis juntos, regañáis. Si os separáis, la ausencia se os hace imposible. ¿Cuándo te vas? Porque a ese paso, no te sujeto aquí ni una semana.

—Pienso en Doug, sí, y también en Sally. No pueden estar juntos: como no medie yo tía, para evitar que mi hermana se lo coma —contestó Patricia intentando sonreír y «entrar» en la conversación con su tía.

—Que se case esa chica cuanto antes, y que os deje en paz. Pero ya te digo que no viene a vivir conmigo, ¿eh? Les daré unos cientos de dólares al mes, para que salgan de apuros, pero si viene, que sea de visita.

Patricia refirió a su tía lo que le había ocurrido a Wilde, el reportero del «Chicago News», asesinado por los «gángsters». Que dejaba tres hijos y la viuda esperaba otro más. Cómo en el periódico estaban haciendo una colecta y Sally había dejado su mensualidad para la viuda y los pequeños.

Tía Cordelia reveló entonces su buen corazón. Hasta lloró y todo, no sin soltar una terrible sarta de improperios contra aquellos salvajes «gángsters», ebria de furor irlandés. Y, finalmente, fue a un secreter y sacó de un cajón un abultado sobre. Mojándose los dedos, contó varios billetes grandes y se los tiró a Patricia sobre la falda.

—Lleva a esa pobre mujer esos cinco mil —dijo la anciana en tono regañón—. Y dile que todos los meses enviaré al periódico ese doscientos dólares... para ella, y mientras no se case, desde luego.

Patricia la besó con efusión, agradeciéndole aquel magnífico donativo.

Pasaron al comedor a las nueve y media, donde ya estaba servida la cena.

Y mediada ésta, una de las doncellas entró portando una bandeja de plata sobre la que había una tarjeta. La cogió la anciana y lanzó una exclamación de sorpresa y alegría.

—¡Sí es Ernest, el novio de Sally! ¡Que pase, que pase! ¡Norah, pon cubierto, un cubierto más! ¡Pronto! ¡Pasa, muchacho querido...!

El agente especial penetró, sonriente, en el comedor. Tía Cordelia se levantó ágilmente y le echó los brazos al cuello, gritando alegremente.

Patricia, pálida, sorprendida, conjeturó que la llegada de Ernest no tenía nada de normal. Como no fuese que Douglas le hubiese enviado a la capital federal tan pronto el joven le expusiese sus deseos de abandonar Chicago... Muy rápido había sido todo, entonces.

—He dejado mi maleta en el Hotel Vernon, tía —dijo Ernest, sentándose a la mesa, aunque no para cenar, pues ya lo había hecho. Veo que está usted bien de salud— y miró, sonriendo maliciosamente a Patricia.

—Pues... llegar Patricia y sentirme mejor, todo ha sido uno —repuso la anciana sin cortarse—. Digamos que lo que deseaba, más que nada, era tener conmigo a esta bendita de Dios. ¡Ah! Norah, Norah, telefona ahora mismo al Vernon que traigan aquí la maleta de míster Crowe. ¿Eres tonto, o qué? Irte a un hotel de mala muerte, estando yo aquí... Bueno, ¿a qué has venido, así tan de repente y sin avisar? ¿Te han trasladado a Washington ya?

—Todavía, no. Ha sido por otro asunto —y Ernest volvió a mirar con cierto azoramiento a Patricia, que se estremeció. Ernest era peligroso, porque era muy inteligente, astuto, reflexivo. Siempre temió ella, desde que había descubierto los manejos de su marido, que Ernest acabase por enterarse también, y entonces estallaría aquel artefacto espantoso.

Tía Cordelia, inteligente también, no pregunto nada más a Ernest por el motivo de llegada. Comprendió que el joven no quería hablar delante de la servidumbre. Eran siempre tan misteriosos y reservados los del

F. B. I.

Cuando pasaron los tres al gabinete de la anciana, ésta se sentó al lado de Ernest. Patricia se iba sintiendo paulatinamente más inquieta. Ernest estaba muy preocupado. No había más que verle el rostro, ahora más serio de lo acostumbrado. ¿A qué habría venido a Washington tan repentinamente?

—Bueno, sobrino, cuenta, cuenta... si es que puedes —inquirió tía Cordelia, muy intrigada—. ¿Alguna conspiración para asesinar a Truman? ¿Va a haber guerra?

—No, no. Es algo de espionaje —murmuró Ernest sonriendo—. Creo que he descubierto que en el Pentágono hay granujas que sacan planos importantes y los venden. Ayer noche, casi a las diez —se volvió hacia Patricia—, estando yo solo en la División, llamaron por teléfono. Preguntaron por el inspector de guardia. Le dije al hombre que llamaba que no estaba, y que me diese el recado, que era lo mismo. Se trataba de un delineante que vive en Cabrini Street. Me dijo que necesitaba hablar conmigo sobre algo que creía muy importante. Fui a su casa inmediatamente...

—Te cloroformizaron y has estado secuestrado... —interrumpió tía Cordelia con los ojos muy abiertos, llena de emoción.

—No. Pero el delineante, un tal Shepley, me dijo algo muy interesante. Una hermosa mujer había estado allí por la tarde para que sacase una copia y después un ferropirusiato de cierto plano referente a un dispositivo de «radar» para cañones antiaéreos. El hombre cumplió el encargo que le dio la hermosa mujer, que exigió hiciese ciertas modificaciones en el plano, desvirtuando totalmente el original. Vio, asimismo, que en la parte posterior del ferropirusiato que ella llevó para ser copiado, había un pequeño sello en tinta del Estado Mayor de Tierra, en el Pentágono. La mujer no se había fijado, por lo visto, en eso, porque dijo que era para una patente, algo sin mucha importancia, aunque la urgía el trabajo. Shepley me entregó, asimismo, un ferropirusiato que había logrado sacar, además del que la mujer le pidió, mientras ella esperaba.

—¿Y has pescado ya a ese maldito sinvergüenza? ¿Alguno que está en el Pentágono? —volvió a interrumpir tía Cordelia. Patricia, las manos sobre el regazo, muy tranquila aparentemente, contemplaba fijamente a Ernest, que fumaba nerviosamente. ¿Vendría a detenerla a ella? ¿Habría sacado que era ella, por la descripción que le diera el delineante?

—No. Shepley me dijo cómo era la mujer que fue a darle aquel trabajo, pero esto no basta. Por otra parte, lo interesante era saber quién del Pentágono estaba traicionando. Regresé a la División y hablé con el Estado Mayor, aquí, pidiéndoles me llamasen inmediatamente para un asunto urgente. Esto es lo que han hecho,

y aquí estoy. Estoy citado a las doce de esta noche, cuando esté de regreso míster Dañe, inspector jefe en el Estado Mayor, que ha ido a Nueva York.

—¿No ha dicho nada a Doug? —preguntó Patricia con voz tranquila.

—No. Quiero decirle, Patricia, que de haberlo hecho las cosas hubieran ido mucho más despacio. No se moleste por esto que digo, se lo ruego —murmuró Ernest en tono confuso—. Su marido tiene una forma especial de ver las cosas... Comprendo que he hecho mal, desde luego. Tal vez en el Estado Mayor me chillen por no haber dado cuenta, reglamentariamente, de este asunto a mi jefe, y que él hubiese tomado las medidas oportunas. Es una falta de disciplina. Pero... —Se encogió de hombros con desaliento.

—Ya te digo siempre, Patricia —saltó tía Cordelia en tono desdeñoso—, que tu marido es un burro filósofo, una nulidad. Mira cómo Ernest me da la razón. Has hecho bien, hijo. La seguridad nacional no puede estar a merced de que un... calzonazos quiera ocuparse de cumplir con su deber. Pesca a esos espías y llévate la gloria que te corresponde. ¡Ya era hora que en la familia entrase un hombre de veras, aunque la lástima es que no seas irlandés!

Patricia bajó la cabeza, confusa. Por muy pocas horas se había adelantado a Ernest. Y de qué manera... Pero allí estaba el joven, un sabueso magnífico del

F. B. I.,

husmeando, tratando de descubrir qué mujer había ido con el plano secreto al delineante, otro hombre astuto también. Iba a ocurrir que encontrarían muerto a Franze, misteriosamente, pero prestamente sacaría Ernest la consecuencia de que él fue el que cogió el plano. Precisamente porque había sido asesinado. Quizá, no... Quizá pensasen que fue muerto por defender honradamente su puesto de contraespía. Dependía del registro que hiciesen en casa de Franze. Si llevase notas y direcciones... De todas formas, muerto aquel canalla, el

F. B. I.

se iba a lanzar tras la mujer que estuvo en casa del delineante. ¿Qué podía hacer ella contra aquellas inteligencias experimentadas, con medios formidables de lucha, de investigación? Bien sabía ella cómo era el Federal Bureau of Investigation, por los infinitos

detalles que le diera Douglas.

Tía Cordelia hizo una pregunta más a Ernest, que hizo que ella prestase atención, haciendo un tremendo esfuerzo.

—¿Y por qué esa maldita mujer. —Patricia se estremeció al oír esto— quiso alterar el plano hasta hacerlo indescifrable, inútil?

—No lo sé —repuso Ernest, encogiéndose de hombros—. No sé tampoco por qué quiso sacar la copia, teniendo el original. Los espías son muy extraños, tía. Muchas veces venden por buenos datos falsos, según como se los paguen. Sirven a varias potencias un mismo dato o plano, alterado o no. Cuando la detengamos se aclarará todo.

—¿Podréis detenerla con tan escasos datos como te dio ese delineante? Hay bastantes mujeres hermosas, rubias, morenas, platino. Con teñirse el pelo después...

Sonrió Ernest con aire de suficiencia.

—No tengo ninguna duda que la echaremos el guante. Y muy pronto. Ya sabe Patricia cómo trabajamos, ¿verdad? Ella dejó una colilla de cigarrillo en casa del delineante. Con manchas de rojo... y otras cosas que, analizadas bien, son muy expresivas para nosotros.

—Ya sé que por esos datos podéis averiguar su estatura, si tiene mal genio o no, si es coqueta o la gusta Clark Gable o Nils Aster —dijo riendo tía Cordelia—. No quisiera meterme con vosotros, la verdad.

Ernest se levantó.

—Voy al

F. B. I.

Faltan tres cuartos de hora. Hablaré con mis camaradas que están en el Pentágono hasta que me reciba míster Dane. Procuraré, Patricia —se volvió a ella, dándole un golpecito amistoso en una mano— no causar el menor daño a su marido. No sé si él me perdonará lo que he hecho.

—¡Estaría bueno! ¡Le sacas las castañas del fuego y encima se va a poner tonto! —gritó tía Cordelia en tono arisco—. Lo que debes hacer es casarte inmediatamente con Sally y venir aquí. Mira, como no vais a encontrar piso tan fácilmente, pues... os venís aquí. Yo creo que entre tú y yo domesticaremos a Sally.

Se marchó Ernest. Y tía Cordelia lanzó un suspiro profundo.

—Si yo hubiera encontrado un muchacho como Ernest cuando

era joven... —dijo en tono apenado—. Es estupendo de guapo, de listo y bien educado. ¿No te gusta, Patricia? Hija, parece que estás en el limbo. Ya comprendo que te molestará el tener un marido como el que tienes, pero a ver si de una vez vale para algo, ¡demonios! Bueno, me voy a la cama. Dios ayude a ese chico en su noble empeño.

Patricia fue a su alcoba. Se sentó en la cama, apoyados los codos en los muslos y apretándose la cabeza con ambas manos. Un mundo de inquietudes, sobresaltos y temores asaltaba su cerebro. Se había echado encima nada menos que al

F. B. I.,

cuando estaba luchando precisamente por él, por su prestigio. Iba a ser descubierta, sin duda alguna, y acusada implacablemente de espía, de cualquiera sabía cuántas cosas más. Ernest averiguaría todo, porque no era él sólo el que iba a investigar, sino el

F. B. I.

Se acostó, pero el sueño no acudió en su auxilio para hacerla olvidar la angustiada situación en que se encontraba y que iba agravándose por momentos. Mientras ella estaba inactiva, acostada, Ernest trabajaba para averiguar quién robaba los planos del Pentágono, quién era aquella hermosa mujer que fue con uno de ellos al delineante, y sacaría como consecuencia fatal las derivaciones que eran de prever: la culpabilidad de Douglas, la de Adamowsky y hasta la de aquella mujer, Rachel.

Oyó dar la una de la madrugada en el reloj de la chimenea, con suave campanada. Las dos, las tres. Sentada en la cama, a oscuras, su mente parecía como una catarata de ideas y temores angustiosos. Comprendía ahora la espantosa ansiedad del criminal que presiente va a ser descubierto y atrapado, pese a todas cuantas precauciones tomó para cometer su delito y ocultarlo.

A cerca de las cuatro, oyó en el pasillo la tos de fumador de Ernest y cómo pisaba quedamente sobre el «*parquet*». Ya había regresado...

Se lanzó de la cama se puso apresuradamente una bata. Abrió la puerta de la alcoba y asomó la cabeza.

—Ernest... Ernest... —dijo quedamente. Y los pasos del joven, que volvían.

—Hola, Patricia —dijo él en tono cariñoso, quitándose la

trinchera—. ¿No se encuentra bien?

—Estaba un poco preocupada por su tardanza. No puedo dormir. ¿Ha trabajado mucho? —dijo ella sonriendo.

—Bastante. Nos hemos encontrado con ciertas sorpresas... —contestó Ernest gravemente, encendiendo un cigarrillo.

—¿Malas? ¿Sabes ya quién es el que roba esos planos?

—Nos hemos encontrado con que han asesinado a un tal Franze, agente de contraespionaje militar en el Pentágono. Fuimos a su casa, llamados por la criada, que a su regreso de un recado que la envió Franze se encontró a éste muerto.

—¿Suicidio? —inquirió Patricia con voz débil.

—Asesinato. Tenía una de las muñecas arañadas profundamente. Después, registramos la casa. Era el mismo Franze el que robaba los planos. Ya mis camaradas del F. B. I.

comenzaban a sospechar un poco de él. Se daba demasiado buena vida, ya comprende. Quiso estrechar su amistad con el depositario de los planos secretos, y éste se lo dijo a mis compañeros.

—¿Han encontrado en el registro datos de interés? ¿Tenía cómplices?

—Hemos de averiguar a quién corresponden ciertas iniciales que hemos visto en algunos papeles, y que debe ser uno de los cómplices. No es de creer que él sólo hiciese todo ese trabajo. ¡Ah!, y la mujer hermosa que estuvo con el delineante Shepley debe estar ahora aquí, en Washington. Vino a ver a Franze.

—¿Sí? —pudo preguntar Patricia con dificultad.

—Habló con la criada de Franze esta mañana, y después telefoneó al Pentágono, preguntando por él. Dijo ser una señora que había llegado de Los Ángeles, y que eso bastaba.

—Buscarán entonces qué mujeres han llegado aquí procedentes de Los Ángeles en tren, coche o avión, ¿no? Por los hoteles...

Ernest sonrió.

—No se escapará, se lo aseguro. Están examinando en Balística el proyectil de revólver del calibre veintidós que causó la muerte a Franze. Analizan también otras cosas, examinan los arañazos producidos por uñas femeninas. Esa mujer ha sido la que asesinó a Franze. Solamente queda ese pequeño lío de por qué hizo que el delineante alterase el plano, convirtiéndolo en algo inútil.

—Buen trabajo, Ernest. Vaya a acostarse, querido. Estará derrengado. He pensado marcharme mañana a Chicago. Si quiere algo... Tía Cordelia está bien y creo que debo ir al lado de Doug. ¿Estará muchos días aquí?

—Depende. No lo creo. Mis camaradas seguirán la investigación. Si acaso, yo trabajaré este asunto en Chicago, donde estuvo esa mujer misteriosa. Buenas noches, Patricia.

—Buenas noches, Ernest.

Volvió a la cama, helada, aunque sin sentir frío. Eran los nervios, destrozados, rebeldes. La tremenda sensación de que todo se iba a hundir sin tardanza, pese a la astucia que creía había empleado. Sabían cómo era aquella mujer que fue al delineante. Conocían su voz, el carmín de sus labios, el rojo de sus uñas, Si el delineante la veía en la calle, la señalaría con el dedo y sería detenida. Franze había dejado datos que acusarían a Doug. Y ella iba a aparecer como cómplice, encubridora.

El cansancio la venció hacia las seis, durmiendo tres horas más. Tía Cordelia se quedó muy asombrada cuando la dijo que regresaba a Chicago en el avión de las once y treinta.

—Ésta sí que es buena... —dijo, en tono gruñón, abandonando su labor de tejer el jersey para el mono del parque zoológico—. ¿Quieres decirme, entonces, a qué has venido? ¿Te he molestado en algo, preciosidad?

—Por Dios, tía... Regreso porque estoy en vilo pensando cómo se llevarán Doug y Sally. Quizá fui rencorosa con Doug cuando regañé con él y le dije que venía a tu lado hasta que él me llamase. Con esto, ahora, de que Ernest no le ha dicho nada del asunto, mi marido debe estar entregado al diablo...

—Dichoso Doug, hija... Él no valdrá para nada útil, pero lo que es quehacer y preocupaciones ya da, te lo aseguro. Bueno, pues vete enhoramala cuando quieras. Me has sacado doscientos dólares bonitamente y...

—No los necesito, tía. Te los devolveré —murmuró dulcemente Patricia.

—¡Majadera! Cuando sabrás comprender que hablo en broma.

Y a las once y treinta, Patricia, despedida por su llorosa tía, partía en el avión hacia Chicago, dejando a Ernest entregado a un trabajo febril de investigación para saber quién era aquella mujer

del plano que asesinó a Franze.

A las tres, penetraba en su casa, abriendo la puerta con su llavín. Fue al gabinete y halló a Sally leyendo un periódico, dando la espalda a Doug, que leía otro mientras fumaba tranquilamente una pipa.

—¡Pero ya estás de vuelta! —exclamó la hermana, con asombro—. Eso quiere decir que la vieja chiflada no tenía nada, claro...

—Hola, querida —murmuró Douglas, besándola desganadamente—. Debiste haberte quedado unos días más.

Patricia dio unas cuantas explicaciones breves. Tía Cordelia estaba bien, aunque, deprimida, y por eso la llamó.

Y pasó al comedor, donde comió poco.

—¿Y Ernest? ¿Le has visto? —inquirió Sally, sentada a su lado, ante la mesa.

—Bien. Trabajando mucho en ese asunto. Tía Cordelia se empeñó en que se alojase en su casa. Quiere que os caséis enseguida. Viviréis con ella, si tú sabes dominar tus nervios. Os ayudará en vuestros gastos. Está estupenda la pobre vieja al despacho de su marido, abrió el cajón de las armas y sacó el «Smith & Wesson» y unas cuantas balas.

—Voy a un recado, Pearl —dijo a la criada—. Tenga cuidado con los recados por teléfono.

En la acera de la calle, miró en un papelito que sacó del bolso. «South Halsted, 55». Calculó que dicho número estaría por Monroe Street, hacia el Norte, y decidió ir andando. Lo que hacía falta es que le encontrase en su casa.

A paso reposado, deteniéndose a veces ante un escaparate interesante, llegó ante el número 55 de la calle South Halsted. Contempló el edificio desde la acera de enfrente. La calle era importante, muy concurrida por estar cercana al vertiginoso Loop. Buenos edificios, modernos, altos. Y el 55 lo era de departamentos.

En el portal había, en una especie de tablón, tras un cristal, una lista de los habitantes del edificio, por pisos. Miró y leyó:

«Dave Adamowsky. Piso 5.^o, núm. 18».

Subió a pie la escalera, de mármol y dorados. No quiso tomar el ascensor por no estar frente al muchacho de servicio en él.

Llamó ante una puerta en la que había el número 18 en números rojos sobre fondo azul pálido.

Abrió un hombre alto, fuerte, grueso, que estaba en pijama. Tenía negra pelambarrera, revuelta, por estar quizá durmiendo cuando ella llamó. Sus negros ojos tenían una extraña mirada, cargada de dureza y salvajismo. Facciones esclavas, pétreas, de pómulos salientes y mentón pequeño.

—¿Señor Adamowsky? —preguntó Patricia con voz queda.

—Yo, señora. Y usted es la señora de mi compadre Petz —repuso él, retirándose para que ella pasase—. Lo digo, porque hay un retrato de usted en un gabinete. Pase, mujer, pase... Tenía ganas de conocerla más a lo vivo —rió groseramente.

—Vengo a hablar con usted reservadamente. Por Dios, ¿está usted solo? —dijo Patricia, en tono de ansiedad.

—Sí, solo. Venga a mi gabinete. Estaba durmiendo, pero, vaya, merece la pena que me haya despertado.

La guió por un corto pasillo. Estaba bien amueblado el piso. Pero más se podía advertir el precio de muebles, cortinajes y adornos, que el gusto y la selección, porque cada mueble era de un estilo y los colores abigarrados.

—Siéntese. Va a tomar una copa de champán legítimo, del francés, para que se la pase el susto —dijo Adamowsky, mientras abría un mueble vitrina y sacaba una botella, ya abierta, y dos copas de cristal tallado.

—Gracias, no bebo ahora —dijo Patricia secamente—. ¿Quiere mirar lo que tengo en la mano, señor Adamowsky?

Se volvió el polacoamericano y palideció.

Patricia le estaba apuntando con el revólver.

IX



ANZÓ el hombre un estruendoso suspiro, como si el pánico, oprimiéndole férreamente el estómago y el pecho, le hiciese salir el aire a tremenda presión. Con la botella de champán en una mano y las dos copas en la otra, miró estúpidamente a Patricia, que en pie, al otro lado de una mesita, le contemplaba a su vez con aterradora frialdad, entornados los párpados, prietas las mandíbulas.

—Bueno, pero... —murmuró Adamowsky, sin moverse, pestañeando vertiginosamente—. ¿Usted no viene de parte de su marido? ¿Acaso?...

—Vengo de mi parte, a matarle si no hace lo que le diga. Deje eso y siéntese en aquella silla —señaló al otro lado de la estancia, con la mesita en medio.

Dave sonrió. Creía habérselas con una mujer aterrada, que quizá

descubrió lo que su marido estaba haciendo y pretendía, en un acto desesperado de esposa buena, amante, un poco tonta, según le dijera Petz, librarle de un peligro que creía mortal. Nada que significase mucho peligro, si sabía trastearla como era debido. Y no dudó de que esto lo haría fácilmente.

—Ya estoy sentado, hermosa —dijo en tono socarrón, apoyando ambas manos sobre los muslos—. Pero deje el arma, haga el favor. Para hablar amistosamente no hace falta eso. Dígame qué la ocurre y ya verá cómo lo solucionamos volando.

—Mejor para usted, entonces —replicó ella, sin dejar de apuntarle con el «Smith & Wesson»—.

Coja papel y pluma...

—¿Para qué? ¿Vamos a dialogar por escrito? Mire, no se ponga dramática...

—¡Coja papel y pluma o le mato! —gritó Patricia, levantando el arma y apuntando a la cabeza de Adamowsky—. ¡Vengo a matarle si no me obedece!

Dave se estremeció. Aquella señora miraba como una loca o como una mujer resuelta a hacer lo que decía. ¿Habrían pescado a Petz y ahora ella, vengativa, había ido realmente a matarle?

Se levantó, mirando de reojo a Patricia, y sacó del mismo mueble una caja con papel y sobres y una estilográfica. Lo dejó sobre la mesita, sin dejar de espiar el revólver de Patricia, que le seguía en todos sus movimientos.

—Siéntese y escriba lo que le voy a dictar.

—Primero me dice qué es. Ya veré si lo escribo o no —rezongó Adamowsky, dejando la pluma sobre la mesa con ademán resuelto.

—¡Le mato, canalla maldito, si me desobedece! —gritó Patricia, muy pálida—. ¿No comprende que ya todo me da igual, pero que antes de morir me lo llevo por delante?

Se inclinó y apoyó la boca del cañón del arma sobre el cráneo del «boss», que se estremeció, cogiendo la pluma apresuradamente. Sí, aquella mujer estaba loca, desesperada. Si con escribir se le pasaba, o había medio de quitárselo...

—«Confieso ser el asesino...» —fue dictando Patricia, lentamente, sin dejar de apoyar el revólver sobre el cráneo de Dave. Éste, sin levantar la cabeza, le miró con inmenso odio. Pero escribió

lentamente.

—... del periodista Wilde. Confieso ser culpable de dedicarme al contrabando de drogas...

Sudaba la frente de Adamowsky, tragando saliva ruidosamente. ¡Qué mujer aquélla, que lo sabía todo, tal vez! Si se daba por contenta con hacerle escribir...

Siguió escribiendo.

—... formando un «gang», teniendo mi depósito... ¿Dónde está, canalla? —preguntó Patricia, con voz inflexible.

—En varios sitios. En Nueva York, South Street, trescientos cuarenta y cinco. En Nueva Orleans, Cladercy Street, ciento noventa y seis —repuso él rápidamente.

—Escríballo. ¿Está? «Confieso que mi lugarteniente es Kreml. ¿Dónde vive?».

—Aquí, conmigo. No tardará en venir y entonces —sonrió él, ferozmente.

—Escriba. «Confieso que el inspector Douglas Petz, del F. B. I.

—¡Mi madre! —exclamó Adamowsky, con infinito asombro, levantando la mirada—. ¡Ahora sí que es verdad que está loca! —Y escribió rápidamente, casi con alegría.

—... es mi colaborador en estos delitos, apoyándome con la ausencia de toda vigilancia sobre mí y mis actividades, teniendo también su parte de culpa al instigarme al asesinato del periodista Wilde». ¿Está?

Adamowsky escribía, resoplando, cada vez más aterrado. Aquella mujer lo sabía todo. ¿Se lo habría dicho su marido? ¿Por qué quería ella que él le acusase de aquella manera? ¿Habría huido Petz?

—«Confieso —siguió tranquilamente Patricia— que el inspector Petz me ha hecho entrega de datos sobre movilización de los Ejércitos americanos y un plano de empleo de “radar” para piezas antiaéreas, robadas de los archivos del Pentágono. Que este plano y datos los he entregado, a mi vez, a... —dijo Patricia, interrumpiendo el dictado. ¿A quién se lo ha entregado usted?».

—Al agregado cultural francés del Consulado, en Chicago. Flavart... —contestó Dave, con voz temblona. Todo lo sabía aquella maldita boba. Sí, boba... El bobo era Petz, al creerla tal cosa.

—Escríballo. ¿Está? «Confieso haber entregado a Petz, por su mediación y venta de datos y plano, la cantidad de...»

—Cuarenta mil dólares —escribió el polacoamericano con rabia—. ¡Maldito cerdo! Ha sido él el que me ha denunciado, ¿verdad? ¡Pues sepa que tiene una amiga, que le engaña a usted con otra! Se llama Rachel. ¡Y también es mi amiga! —Lanzó una carcajada siniestra.

—Escriba, escriba —murmuró Patricia serenamente—. Y no ponga lo de Rachel. Firme después.

Adamowsky terminó y firmó. Patricia cogió el documento con la mano izquierda, sin dejar de apuntar con el revólver a la cabeza del polacoamericano.

Dave, como Franze el día anterior, creyó que aquel instante era el que podía aprovechar para intentar recuperar aquel papel, que le condenaba a muerte, no le importaba la suerte que pudiese correr Petz ni su «gang», sino la suya propia. Una mujer era siempre una mujer, aun con un revólver en la mano. Había notado, mientras escribía, cómo le temblaba el pulso a Patricia, oprimiendo el arma. Era natural. Solamente la desesperación impulsaba a una mujer a hacer aquello. Carecía de serenidad, de valor, de temple. Escribió lo que le mandó porque igual le daba. Se lo quitaría después... y la liquidaría.

Dicho y hecho. Cuando se incorporó, lentamente, todavía tenía el revólver casi pegado a su frente. ¡Qué tontería, en vez de retirarse ella y dominarle desde más lejos!

Dio un terrible manotazo a la mano de Patricia, mientras con una pierna empujaba la mesita para echarse encima de ella...

Pero el manotazo no hizo sino contraer la diestra de Patricia, apretando el dedo índice sobre el suave gatillo del

«Smith & Wesson».

Y sonó el disparo sordamente, en la pequeña habitación, con la puerta cerrada.

La bala penetró en el oído izquierdo de Adamowsky, que lanzó un grito ahogado de dolor. Brotó la sangre, mientras caía como fulminado, destrozado el cerebro. La mesita, destrozada por el peso del hombre, rodó con gran ruido, así como la silla donde se había sentado.

Patricia, lívida de horror, se echó para atrás, apretando contra

su pecho el arma, de la que salía una levísima espiral de humo.

Estaba muerto. Sus ojos, vidriosos. La lividez de su rostro eslavo...

Salió del piso apresuradamente, cerrando la puerta silenciosamente. Bajó la escalera, apoyándose en la barandilla de mármol helado. Nadie se asomaba a la escalera. No habían oído el disparo.

En la calle, todo tranquilo, normal. Anduvo lentamente, apretando el bolso contra el pecho, casi cerrados los ojos. Otra muerte más...

Entró en un «Child», en el que había pocas personas. Pidió una taza de café muy cargado y una copa de «*whisky*» a la camarera. Otra muerte más... Pero dos muertos que eran unos bandidos, que más pronto o más tarde hubieran muerto a manos de la justicia. Ella se adelantó, aunque no quiso hacerlo. Ambos habían creído que podrían dominarla, quitarle sus confesiones, y lucharon torpemente, porque dispararon el arma contra ellos mismos. Si no hubiese llevado las armas... Si no las hubiese llevado, ella habría muerto sin lugar a dudas. Ellos no entendían otro lenguaje que el de la violencia.

«Ahora —siguió sus pensamientos alucinantes, mientras bebía el café y el “*whisky*”, que le reanimaban— estaba solo Doug. Ni Franze ni Adamowsky podían acusarle. Ya no podían arrastrarle en su caída. Tal vez quedase aquel Kreml y seguramente Rachel, si lo sabían. Había que darse prisa, mucha prisa...»

Pagó y salió del establecimiento con paso más firme. Estaba en West Jackson Street, al lado del canal con el cruce del río Chicago. Se sentó en un banco, contemplando abstraídamente los puentes de las calles que cruzaban la corriente sucia de agua. No quería ir a su casa mientras no estuviese más tranquila, en condiciones de ser observada por Pearl, por Sally y su marido. Debía de seguir lívida, con los ojos muy abiertos por la espantosa emoción. Había matado a dos hombres, y en qué forma...

Anohecía, y seguía sentada en el banco, sola, viendo desfilar a su lado a los transeúntes. La neblina bajaba del río lentamente, haciendo difusas las siluetas de los rascacielos por el Loop. Sintió frío y se levantó, marchando como a la deriva por las calles.

Vio, en Congress Street, cerca ya de su casa, los grandes

escaparates profusamente iluminados de los Almacenes Palmer. Por las enormes puertas salía y entraba el público en oleadas. Quizá un saldo de ciertos artículos.

Penetró en una de las inmensas naves. Fue directamente a las cabinas telefónicas y se encerró, sacando un níquel del bolso. Marcó el número de «Confidences» de la Policía Metropolitana: Wa bash 2-4747.

La voz bronca, ya conocida de ella, la hizo estremecer.

—Escuche, señor. Soy la misma que les ha hecho alguna confidencia respecto al alijo de drogas, el asesinato del periodista Wilde —murmuró Patricia con voz débil.

—¡Oh, sí, sí! Pero venga, señora, venga a State Street, por favor —contestó la voz en tono muy amistoso, insinuante—. No debe temer nada de nadie.

—Gracias. Escuche ahora: vayan enseguida al número cincuenta y cinco de Halsted Sout. Vive allí, tome nota, Dave Adamowsky, un polacoamericano. ¿Me oye?

—Sí, siga, pero...

—Lo encontrarán muerto...

—Pero ¡qué diablos...! —rugió la voz del policía, con gran asombro.

—Calle y escuche. Está muerto. Este hombre era el «boss» que tenía el «gang» que se dedicaba a lo de las drogas. También vendía planos y otros datos secretos del Pentágono...

—¡Dios! ¿Quién es usted, señora? Es imprescindible que venga...

—Si no me deja terminar, me retiro. Detengan inmediatamente a un tal Flavart, agregado cultural en el Consulado francés aquí. Es el que recibía los datos secretos de Adamowsky. Es un espía. Detengan también a un tal Kreml. K-r-e-m-l —deletreó ella—. Es el segundo de Adamowsky. Y a una mujer que se llama Rachel, amiga de Adamowsky. Buenas noches.

—¡No se retire, no se retire, señora! ¡Veng...!

Colgó Patricia el aparato y salió de la cabina apresuradamente. Entre los concurrentes, que se movían en masas compactas, salió a la calle.

Ya había cumplido otro deber. Lástima era que no pudo darlo en el

F. B. I.,

pero esto no era posible mientras Douglas estuviese al frente de la División. Era tanto como advertirle que el suelo sobre el que se asentaba se estaba hundiendo y en breve se lo tragaría.

Había que darse prisa, mucha prisa. Douglas no tardaría en saber la muerte de Franze, un rudo golpe para él. También sabría enseguida que Adamowsky había sido también muerto. Esto le llenaría de terror y seguramente que su reacción iría encaminada a averiguar lo que el

F. B. I.,

en Washington, y la Metropolitana de Chicago, habían averiguado respecto a que él fuese responsable, cómplice y tan criminal como los muertos aquellos. Tal vez supiese también que Kreml y Rachel habían sido detenidos. Sí estaban vivos, el terror de Douglas aumentaría en razón directa de lo que aquel «gángster» supiese de él. Y por lo que hacía a Rachel, seguramente que ella sabría muchas cosas, puesto que fue amiga de Adamowsky y de Douglas y lo seguro fue que ambos la hicieron su confidente. Habla que darse mucha prisa...

Llegó a su casa. Abrió la puerta con su llavín. Todas las luces estaban apagadas. Encendió la del «*hall*» y miró la hora en su reloj de pulsera. Las ocho menos diez. No habían llegado aún Douglas ni Sally.

Se dejó caer en un butacón del gabinete, esperando el regreso de su marido. ¿Cómo llegaría? ¿Sabiendo ya que sus cómplices habían muerto y que él corría un gravísimo peligro? ¿Sería tan insensato que pensase que puesto que habían muerto sus compinches él ya nada tenía que temer, por aquello de que los muertos no hablan?

Se levantó presurosamente y fue al despacho de su marido, llevando en la mano el llavín de la mesa. Abrió el cajón donde guardaba Douglas el dinero infamante. Sí, estaban allí los billetes todavía. Miró en el cajón de las armas. Faltaba la pistola de grueso calibre, automática, de reglamento, que usaba él. Tal vez la llevaba encima. ¿Para qué? El casi nunca «salía» con sus hombres en operaciones peligrosas. Era el inspector jefe de la División, un hombre más que nada burócrata, que impartía órdenes desde su despacho. Y que si salía, era cuando ya todo había terminado, para dictaminar y dirigir el expediente que se incoase. ¿Para qué entonces se había llevado su pistola?

Cerró el cajón y regresó lentamente al gabinete, pensando por qué se había llevado su pistola. ¿Cuándo se la llevó? ¿Después de comer? ¿La llevaba desde el día anterior, en que ella se marchó a Washington? ¿Temía ya algo? ¿La llevaba desde que se marchó Ernest, temeroso de que el agente especial averiguase algo sobre el espionaje en la capital federal? Doug, lanzado ya en la senda criminal, podía usarla para cualquier cosa menos para salvaguardar la justicia, la ley. Si disparaba, era para cometer un nuevo crimen.

Casi dio un brinco sobre el sillón al sentir que se abría la puerta del piso, cerrándose después violentamente. Era Douglas. Todos sus movimientos eran bruscos, pesados, violentos. Si cerraba una puerta, era dando un portazo. Si caminaba por el piso, rechinaban sus zapatos y crujía el «*parquet*».

Sus pasos pesados, rechinantes.

—Hola —dijo cuándo se asomó al gabinete, mirándola con perfecta tranquilidad—. ¿Estás sola?

—Sí. ¿Vienes de la División? —preguntó ella levantándose. El rostro de Doug se mostraba impasible, como siempre. Sus ojos, azules oscuros, de mirada fría, inexpresiva, tampoco ahora decían nada.

—No. Del club.

Mentira. Seguramente, de estar con Rachel. Entonces, aún no la habían detenido. Tal vez tampoco a Kreml. Ella había dejado pasar algunas horas, sentada en aquel banco, a orillas del canal, hasta que telefoneó a la Metropolitana. Los estarían buscando, desde luego.

—¿Quieres que pasemos a tu despacho, Doug? —sugirió ella en tono de voz natural, aunque su rostro, tan hermoso, tan lleno de dulzura, se puso pálido—. Quisiera hablarte, ahora que estamos solos.

—¿Hablarme? ¿Andas mal de dinero? —contestó él fríamente. Bueno, ven.

Entraron los dos en la estancia. Ella cerró la puerta. Douglas se sentó ante su mesa, arreglando maquinalmente los papeles que había sobre ella, colocando bien el soporte con la estilográfica, el cenicero. Patricia se sentó ante él, en una silla, colocando sus brazos sobre la mesa. Le miró fijamente, extrañamente. Su pecho se agitaba, como si la costase mucho trabajo respirar.

—Doug... —dijo con voz ronca, contenida, desfalleciente—.

Doug... lo sé todo. Todo...

Douglas, las manos sobre el vientre, la contempló fijamente, muy abiertos los ojos, asombrado.

—¿Qué sabes todo? —murmuró con voz extrañada, lenta, pretendiendo hacerla tranquila—. Y ¿qué es lo que sabes?

—Todo. Ya te lo he dicho: todo. ¿No quieres ahorrarme la vergüenza de tener que irlo detallando? Sé que eres un canalla —la voz de Patricia se hizo repentinamente dura, sibilante, entrecortada, mientras su mirada se tornaba acerada, dilatadas las pupilas. Parecía mascar las palabras por entre los delgados labios, que apenas si se abrían—, un verdadero canalla. Un asesino, o al menos un inductor al asesinato... Un traidor al

F. B. I.,

a todo lo que hay de bueno en un hombre honrado, en un funcionario del Gobierno... ¿Ves cómo lo sé todo?

Douglas, lívido, no movió un músculo de su rostro macizo. Su mirada seguía siendo impasible. En su tardo cerebro entraban con dificultad las ideas. Tenía que rumiarlas, tamizarlas, hacerlas comprensibles, ver su alcance verdadero y assimilarlas.

Sé que por tu mediación se han entregado planos del Pentágono, secretos, y datos especiales a Flavart, ese francés del Consulado. Tú has recibido por esas traiciones dinero, dinero... Lo que siempre has querido, maldito. Dinero, aunque fuese manchado de sangre... Te había llegado la ocasión de hacer fortuna, «fuese como fuese», y la aprovechaste, ¿verdad? Matando o haciendo matar al pobre Wilde. Asociándote con ese canalla, aunque no tanto como tú, de Franze, y con el «gángster» Adamowsky... Y rebajándote a tener amistad íntima con una mujerzuela... ¿Ves cómo todo lo sé? Y sé lo que no sabes tú quizá. ¡Que estás perdido, Doug!

Douglas tenía el rostro ceniciento. También su amplio pecho respiraba dificultosamente. En el lado izquierdo, el bulto, bajo la americana, de la pistola de grueso calibre, se destacaba más al ritmo acelerado de la emoción que le sacudía angustiosamente. Su mirada iba adquiriendo una extraña fijeza, clavada en el rostro, contraído por la ira, de Patricia.

—¿Cómo sabes... todo eso, Patricia? —preguntó con aterradora calma Douglas—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Yo lo he averiguado. Solamente yo lo sé hasta este momento.

Dentro de poco, de horas, quizá de minutos, muchos lo sabrán. Estás perdido, y no mereces compasión de nadie, de nadie. No eres un ofuscado, ni un joven deslumbrado, ambicioso, inexperto, instrumento de otros malvados. No eres sino un canalla, un hipócrita de siempre, que has estado esperando fríamente, cachazudamente, tu momento propicio para lograr lo que deseabas. Tu bondad era cálculo, engaño. Has sabido perfectamente lo que hacías, y no has retrocedido un paso cuando una dificultad, un aviso de Dios, te impedía el paso. Lo arrollaste, dejando a un lado la conciencia, y has matado o hecho matar cuando viste en peligro tus maquinaciones. ¡Eres un canalla, un asesino, un traidor! ¡Te lo puedo decir ahora, que ya no te amo! Hasta hace unas horas luché por ti, porque te amaba con toda mi alma, como sabes te he amado siempre. ¡He matado por salvarte, Doug, aunque no quería hacerlo! ¡He matado a Franze, a Adamowsky! Y después de hacerlo... es cuando he visto que a quién hay que matar es a ti...

—¿Has matado a Franze... a Adamowsky? —gritó casi jubilosamente Douglas, tembloroso de emoción—. ¿Por mí? ¿Por salvarme? ¿Nadie más que tú lo sabe, Patricia?

Patricia vio cómo la mano diestra de su marido iba, disimuladamente, a entrar en el lado izquierdo de su pecho, bajo la solapa de la americana. Buscaba la culata de la pistola...

—¡Nadie sino yo, sí! —gritó ella, exaltada, sin temor—. Y sí eres hombre, si un resto de honor te queda, tu deber es ir a la División y entregarte ¡Estás perdido, Doug! ¡Ni esa pistola, ni cien más, te librarían de lo que te mereces! ¡Sé un hombre y pierde con dignidad, no acribillado a balazos, como un «gángster»! ¡Vamos a la División, Doug! ¡No tienes escape...!

—Si nadie sino tú lo sabe... —sonrió siniestramente Douglas, levantándose lentamente del sillón, puesta la mano dentro del pecho. Es como si nadie lo supiera. Tú no me vas a denunciar. Y antes de que lo hagas...

—¡No saldrás de aquí solo, Doug! ¡Ya sé matar! No, no tengo armas —levantó las manos, abiertas—. ¡Pero no saldrás de aquí solo! ¡Vamos a la División!

Douglas, con impresionante tranquilidad, salió de detrás de la mesa. Sonreía con una frialdad criminal, absolutamente seguro de que Patricia no sería un obstáculo para escapar, huir. Ella sola lo

sabía todo. Pues entonces, no había obstáculo. Un crimen más, y a cambio, la libertad, la huida...

Patricia se le fue encima impetuosamente cuando esgrimió él la gran pistola pavonada. No le dio tiempo a apuntarla con ella. Le echó los brazos al cuello, frenética de odio y valor.

—¡No escaparás, Doug!... ¡Has de pagar tus crímenes en la silla! ¡Puedo decirlo ahora, que no te amo! ¡Qué alegría odiarte para saber cuál es mi deber! ¡No escaparás!

Le arrinconó contra la pared, gritando de rabia cuando él la golpeaba con terrible fuerza con la mano izquierda. Luchaban ambos por la posesión de la pistola, que tenían cogida sus manos diestras. Douglas, hercúleo, la iba dominando con su peso, con sus fuerzas, que lentamente, todo era lento en él, iba desarrollando. Ella, ágil, nerviosa, hirviendo su sangre irlandesa, recibía los terribles impactos sin cejar por la posesión de la pistola. Se enroscaba a él, caía al suelo y sin soltarlo, se erguía, suelta la hermosa cabellera, roto el vestido, convertida en una furia indomable.

—¡Maldita, si no es con la pistola, te mataré a golpes! —rugió él apretándola ferozmente con la pared y volteándola con rabia inaudita—. ¡Si nadie sino tú lo sabe, vas a callar para siempre! ¡Para siempre...!

—¡Te llevaré a la División! ¡Muerto o vivo, pero te llevo, cobarde, cobarde! ¡No puedes conmigo, cobarde! ¡No pue...!

Sonó el ruido seco, fuerte, de un disparo. Y ambos, como petrificados, inmóviles, se miraron con los ojos abiertos espantosamente. No sabían quién de ellos había oprimido el gatillo del arma. Ni quién estaba herido...

Patricia se apartó de él, cayendo al suelo, rendida, casi privada del conocimiento, destrozada a golpes. Miró a Douglas, que, arrimado a la pared, parecía frotarse la cabeza contra el muro, vacilante. Sus manos, lentamente, como siempre, fueron a oprimir el vientre. Cayó la pistola al suelo...

Las manos de Douglas estaban rojas de sangre. Se iba escurriendo lentamente, como siempre que se movía, hacia el suelo. Dobló las rodillas. Sus ojos pugnaban por estar abiertos, pero una fuerza extraña los cerraba de nuevo, lentamente.

Se derrumbó repentinamente lanzando un ronco grito. Se dobló,

retorciéndose, gimiendo ya débilmente. Y después quedó inmóvil, con aquella misma y aterradora inmovilidad en que quedaron Franze y Adamowsky. Vidriados los ojos, sin vida, quieto el pecho, el vientre sangriento. Muerto.

Se levantó ella, fija su espantada mirada en Douglas. ¡Fatalidad! ¡La tercera fatalidad! Ella debió de morir las tres veces, de ser esto posible, en sus tres luchas contra hombres superiores en fuerza, en peso, en astucia, que querían matarla. Ella no quiso matarlos, sino reducirlos, rehuyéndolos, sabiéndose más débil, y los mató...

Salió dando trompicones y fue a su alcoba. Se miró al espejo del armario. El vestido era un guiñapo. Su rostro tenía tumefacciones. Su cuerpo era un puro cardenal, tundido por los puños tremendos de Douglas.

Fue al cuarto de baño y se lavó, dándose unas cremas sobre el rostro. Maquillaje después, rojo en los labios. Perfume...

Se vistió después apresuradamente. Cogió el sobre del plano y metió en su bolso las confesiones de Franze y Adamowsky. Y después de mirar durante un segundo el cadáver de su marido, salió del piso, bajando la escalera con paso firme.

—A City Hall. División del

F. B. I.

—dijo al conductor del «taxi», que tomó a las pocas yardas que recorrió andando.

Randolph Street hervía de coches, de gentío. Ante la puerta del gran edificio de piedra gris, muchos coches oficiales, agentes de la Metropolitana, hombres vestidos de paisano que entraban y salían apresuradamente.

Tomó el ascensor hasta el segundo piso. Al salir, vio a Ernest Crowe. Él también la vio y se separó de un hombre con el que hablaba.

—Hola, Patricia —dijo, mientras la contemplaba fijamente. El hombre que estaba con él antes hizo un gesto extraño, abriendo mucho los ojos. Patricia le miró y sonrió.

—Buenas noches, señor Shepley. ¿Sabía, Ernest, que este señor es delineante? Le di trabajo —dijo ella en tono firme—. ¿Cuándo ha regresado, querido?

—Hace muy poco, unas horas. Y... Patricia —la voz del joven se hizo trémula, angustiada, refregándose las manos azoradamente—

tenía que... hablarle pronto. Ahora iba a ir a su casa, pero...

—No hará falta, verdaderamente. Suponiendo que me buscaría, he venido —contestó suavemente Patricia, envolviéndole en una mirada de comprensión—. ¿Lo sabe ya... todo, Ernest?

—Sí... —murmuró el joven, mirándola con dolor—. Creo que todo. Míster Shepley la vio a usted hace dos, o tres horas, la siguió hasta su casa y luego vino a decirme que usted... Yo estoy aterrado, Patricia —la cogió las manos entre las suyas, muy pálido, apretándoselas fuertemente—. ¿Por qué hizo todo eso? Nuestro deber, ahora... —Casi sollozaba Ernest.

—A eso he venido. A que cumplan con su deber, Ernest. ¿Está en su despacho el inspector Mack? Quiero verle. Venga conmigo, querido —la voz de Patricia seguía siendo tranquila, resignada, muy dulce.

Llegaron a un despacho, cuya puerta empujó el atribulado Ernest. El inspector Mack se levantó rápidamente, contemplándola con asombro.

—Inspector Mack —dijo Patricia, en pie, ante la mesa—. Creo que ya sabe a lo que vengo. Sí, maté a Franze. Después he matado a Adamowsky.

—Siéntese, señora Petz. Voy a llamar a su marido. No tengo más remedio y me causa verdadero pesar tener que hacerlo. Es nuestro jefe...

—No vendrá. No puede venir, inspector Mack. Es que... —Se llevó una mano a la boca, reprimiendo los sollozos— también le he matado... No quise hacerlo con ninguno de ellos, pero la fatalidad lo hizo así. ¿Quiere ver ese sobre? Y estos papeles también... Después, me pongo en sus manos.

Mack y Ernest, muy pálidos, contemplaban con estupefacción a Patricia, que, sentada, baja la mirada, parecía ya una reo sentada en el banquillo de los acusados ante el Tribunal. Después, ambos hombres, Ernest por encima del hombro de su jefe, comenzaron a leer las confesiones de Franze y después la de Adamowsky. Varias veces apartaron sus miradas para mirar a Patricia, que seguía en la misma postura, al parecer meditando sobre el cataclismo que había caído sobre ella. Examinaron también el ferropusiano del plano secreto del Pentágono.

—Esto es espantoso, señora Petz —dijo, al fin, Mack,

conmovidamente—. Los mató a los tres...

—No sé si los maté yo, al apretar el gatillo del arma, o se mataron ellos, en el forcejeo. No quise matarlos. Quise, sí, salvar a mi marido. Hasta hace una hora, quise salvarle, pero mis pensamientos me llevaron a la conclusión de que tenía que dejarle de amar, y siendo así, proceder contra él con más rigor aún que contra Franze y Adamowsky. Tenga la bondad de preguntar en el Bureau de Confidencias si una desconocidas no les avisó del alijo de la playa de Glencoe. Del asesinato de Wilde, dónde se encontraba; de la muerte de Adamowsky, para que detuviesen a Flavart, el agregado al Consulado francés aquí. Quise salvar a Douglas, pero mi deber era destruir sus maquinaciones, impedirles seguir haciendo el mal. Obtuve esas confesiones a viva fuerza. Y ellos quisieron después quitármelas, y luché... lo que no había luchado mi marido. Ahora he matado a Douglas porque no se quería entregar, reconocer sus culpas y aceptar el castigo. Luché con él, para traerlo, y una bala se escapó de su pistola, matándole. Tal vez la fatalidad. Tal vez Dios...

El inspector Burns, de la Metropolitana, confirmó lo dicho por Patricia al ser llamado por Mack. Ella había hecho un gran bien a la Ley y a la Justicia. Lo que no hizo el inspector Petz.

Al sudoeste de Irlanda, en la costa atlántica, batidos los acantilados de basalto por las olas, siempre furiosas, y por los vientos desmelenados, que rugían al estrellarse sobre la hosca costa, a una distancia como de tres millas del más cercano pueblo, Fintreee, había una casita de un solo piso, casi al borde del acantilado, sobre una gran pradera en la que pastaban varios blancos carneros de grandes y retorcidas astas.

Patricia, sentada a la puerta, tomaba el sol, un sol pálido, que apenas si prestaba un leve calor. Cosía, y de vez en vez levantaba la cabeza para fijar su mirada en la lejanía del mar plumizo, erizada su superficie por barreras de espumas que llegaban a tierra ruidosamente para estrellarse contra las grandes rocas negras, chorreantes. Otras barreras se formaban a lo lejos, y detrás otras y otras. Muy lejos, a miles de millas de distancia, al otro lado del Océano, había otras playas y costas, que ella había dejado para sentirse sola, en silencio, entregada a sus pensamientos, en espera de que Dios la llamase ante su Tribunal.

Los domingos, cuando desde Fintree sonaba la campana de la iglesia, llamando a los fieles, desperdigados en la llanura, los montes y las quebradas, ella se ponía en marcha y caminaba aprisa, seguida de sus corderos, que quedaban ante la puerta. Una docena de campesinos, mujeres y hombres, rezaban con ella.

Levantaba la mirada a lo alto y siempre de sus labios salta la misma frase angustiada:

—Señor, Señor No quise matarlos. Tú lo sabes bien, Señor. Si los hombres me encontraron inocente, también necesito tu perdón cuando me llames.

Cuando salía silenciosamente, su rostro recibía el duro mugidor viento del Oeste, del otro lado del Océano, como si fuese la voz de América, potente, de gigante, llamándola con incansable insistencia.

FIN

FRANK Mc FAIR

El autor de la inolvidable **PALESTINA**, **JAN-GREI** y otras de tan gran éxito, nos ofrece ahora su más interesante producción

¡MIRAD A LAS SOMBRAS!

Esas sombras que bullen como larvas humanas en los **slooms** de las grandes ciudades
Sombras que matan, mueren y aúllan
rabiosamente.

¡MIRAD A LAS SOMBRAS!

está enjuiciada por la crítica como una de las mejores obras salidas de su fecunda y sugestiva pluma.

Madre:

¿Quieres entretener y enseñar a tu hijo?

Adquiere

Aventuras del F. B. I.

COLECCION DE CUADERNOS INFANTILES

5 DESEYAS

